

## A PROPÓSITO DE «LA LLAMADA APOSTÓLICA»

Domingo Melero Ruiz (\*)

### SUMARIO

#### Introducción

#### I. Historia editorial de este capítulo

1. Algunos avatares editoriales en Francia y sus consecuencias en España. 2. Dos razones de suprimir Légaut este capítulo y tres razones nuestras de publicarlo:

- A. Un pasado colectivo lejano pero aún vigente en la Iglesia. B. Un pasado personal lejano pero aún importante.
- C. La unidad de los tomos I y II, de 1970-1971.

#### II. Elementos biográficos subyacentes en este capítulo

1. Los cuatro elementos biográficos menos relevantes. 2. Los cuatro elementos más relevantes:

- A. Conflicto entre vocación religiosa y científica en el marco del conflicto de entonces entre religión y modernidad. B. M. Portal, la «delicada emancipación» y el proyecto de un grupo. – *Un inciso*: posible error de un lector de 1971-1972.
- C. Los años de Les Granges. D. El declive de los años 30.

3. Reflexiones sobre el declive de los años 30.

- A. Idea de conjunto. B. El final del grupo reducido y la marcha de J. Perret:

- 1. Los hechos y su ausencia en los primeros libros. 2. Mención de estos hechos en los libros posteriores. 3. Un error tipográfico.

- C. El declive del grupo amplio y la crisis de M. Légaut:

- 1. El grupo amplio. 2. Un juicio crítico pero abierto. 3. Elementos de este juicio crítico pero abierto:

---

(\*) Este ensayo es una revisión, hecha entre 2018-2022, de un texto inicial publicado en los *Cuadernos de la Diáspora* n° 16, 2004, pp. 167-234. – Este texto actual puede verse en la web de D. MELERO: [https://sumadepoquedades.com/paginas/ensayos\\_legaut/III\\_estudios.html](https://sumadepoquedades.com/paginas/ensayos_legaut/III_estudios.html). – El texto de «La llamada apostólica» de M. LÉGAUT pueden verse en: [https://www.marcellegaut.org/paginas//t\\_legaut.html](https://www.marcellegaut.org/paginas//t_legaut.html)

1/ El trabajo manual y la vida comunitaria. 2/ Escribir y publicar. 3/ El mundo de los afectos, el amor humano y el seguimiento.

4. Fragmentos sobre el mundo de los afectos, el amor humano y el seguimiento de Jesús.

### III. Final

1. «Segundo nacimiento». 2. Algunas observaciones sobre el capítulo precedente: «Haced esto en mi memoria». 3.- Algunas observaciones sobre el capítulo siguiente: «La obra espiritual».

**Anexo** sobre las secularizaciones

**Abreviaturas de las obras de M. Légaut**, según su fecha de publicación:

– **TF**, *Trabajo de la fe* (1962). – **IIPAC**, tomo II, *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (1970) [en castellano, la 1ª parte es **RPPC** (*Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*) y la 2ª es *Crear en la Iglesia del futuro* **CIF** (2013; ver más abajo en francés, *Croire à l'Église de l'avenir* (**CEA**), edición revisada en 1985, que citamos por su 2ª ed. española). – **HBH**, tomo I, *El hombre en busca de su humanidad* (1971; en francés, **HRH**) – Los tomos I y II debían haber formado: **ECH**, *El cumplimiento humano*, manuscrito original (en francés: **AH**, *L'accomplissement humain*). – **L-V 1 y 2** (1972 y 1977), Légaut-Varillon: *Debate sobre la fe y Dos cristianos en camino*. – **EML**, *Entrevista a M. Légaut* (1974; en francés, **QR** *Questions à...*, *Réponses de... ML*) – **VE** (1975; *Vivre pour être*: reedición de los cap. 1-5 de HBH, revisada por M. L.) – **MECP** (1975; *Mutation de l'Église et conversion personnelle* [menos uno, todos sus capítulos, incluido «Llegar a ser discípulo», están traducidos en los *Cuadernos de la Diáspora*]. – **PPC**, *Patience et passion d'un croyant* (1976, 1990, 2000; sus tres partes están traducidas en los *Cuadernos*] – **IE**, *Interiorité et engagement* (1977; cuyas tres partes, «Interioridad y compromiso», «La plegaria» y «La Cena», están traducidas en los *Cuadernos*]. – **PdH**, *Plegarias de hombre* (2012, en francés: **Pd'H**, *Prières d'homme*, 1974, 1978, 1984). – **DS**, *Llegar a ser uno mismo y buscar el sentido de la propia vida* (1980; *Devenir soi*) – **MC**, *Meditación de un cristiano del siglo XX* (1983). – **CIF / CEA** (1985; ver más arriba, 1970) – **HFE** *Un hombre de fe y su Iglesia* (1988). – **VSM** *Vida espiritual y modernidad. Conversaciones últimas con Th. De Scott* (1992) – **M. Légaut L'Oeuvre spirituelle** (**OS**, Th. DE SCOTT, 1984).

– En las notas, indicamos primero la referencia española y luego la francesa. Los textos de Légaut cuya traducción indicamos en nota que están en los *Cuadernos de la Diáspora* también están en la web de la Asociación: [https://www.marcellegaut.org/paginas/t\\_legaut.html](https://www.marcellegaut.org/paginas/t_legaut.html)

## INTRODUCCIÓN

1. Siempre hemos pensado que había que publicar en los *Cuadernos* este capítulo de «La llamada apostólica» que, como comentaremos enseguida, ha terminado por ser un capítulo “cenicienta”. Sin embargo, hasta ahora (2004), no lo habíamos hecho por dos razones: porque Légaut mismo había intervenido en las decisiones editoriales que lo habían dejado de lado y porque dudábamos de si su contenido tendría interés para un número suficiente de lectores. Al final, ha prevalecido nuestro objetivo como Asociación: ofrecer todo Légaut, junto con nuestra convicción de que este texto todavía es útil por dos razones. Primero, porque la intelección de este capítulo permite un acceso discreto, en oblicuo pero a fondo a una de las etapas decisivas de la vida de Légaut (los años 20 y 30); etapa cuya comprensión permite comprender mejor la siguiente: los años 40 y 50 en *Les Granges*. Y segundo, porque contiene una crítica y una reflexión importantes.

La crítica no es tanto del modelo religioso o sacerdotal en sí, pues siempre puede haber quienes encuentren en él su camino, sino del *predominio* de este modelo a la hora de concretar el seguimiento. La razón es que dicho predominio conlleva que el cristianismo laico sea un cristianismo de segunda: una diferencia (entre gente de primera y de segunda) que también se da en otras tradiciones y sociedades, religiosas o ideológicas, y que supone una idea a examinar.

La reflexión es, por tanto, sobre la idea que ha posibilitado este predominio. Según Légaut, retomar todo desde la base en la vida espiritual cristiana comporta dos cosas. Primero, un cambio en la idea de Dios y del hombre que se conciben como elementos contrapuestos y relacionados de una forma inversamente proporcional: negar uno para afirmar el otro, o viceversa <sup>(1)</sup>. Y, segundo, un cambio en la forma

de concebir el don total del discipulado: dicho don es ante todo laico, en el sentido de que es algo personal y que atañe a todos pues tal es el sentido del bautismo común, cuya llamada se concreta en una misión singular y no en ajustarse a una ley sobreañadida o en limitarse a unos deberes de estado. Por eso Légaut, al abordar el tema de «la llamada apostólica», propone una reflexión desde la base, de la vida espiritual cristiana, cuyo núcleo es el seguimiento o el discipulado que, para él, es lo esencial en el cristianismo, para todo cristiano.

2. En la primera parte de nuestro trabajo, explicaremos la historia editorial de este capítulo “cenicienta” y las dos razones que tuvo Légaut para suprimirlo, y junto a ellas solaparemos nuestras tres razones para publicarlo. En la segunda parte de este trabajo, estudiaremos los elementos biográficos (de la juventud y de la primera etapa adulta de Légaut) que, a nuestro modo de ver, están detrás de este capítulo “cenicienta”. Terminaremos nuestro ensayo indicando algunas afinidades entre este capítulo y sus contiguos: así subrayaremos la unidad que Légaut dio al final de su obra. En un Anexo, hablaremos de las secularizaciones en la obra de Légaut.

3. Tan solo un aviso antes de terminar esta introducción: como el núcleo de este escrito es su segunda parte, que busca comprender la vida de Légaut y profundizar en un elemento capital de su obra, el lector hará bien, si anda falto de tiempo, en leer directamente esta parte al menos. Con todo, adelantemos antes una reflexión: es probable que el lector conozca la vida de Légaut a grandes rasgos y que esto le parezca un inconveniente para leer este estudio, esta presentación. Pero no debe desanimarse porque, aparte de que lo importante es, ante todo, la lectura del capítulo, puede que los fragmentos que citemos y comentemos, sobre todo en dicha segunda parte (más alguno en las notas), le interesen y le despierten la curiosidad. Por otra

---

(<sup>1</sup>) Ver, en este *Cuaderno*, pp. 43-5; IIPAC, pp. 349-51; CIF 2013, pp. 195-197.

parte, no hay que olvidar que nunca nadie termina de conocer bien a nadie, ni siquiera tras leer una biografía casi exhaustiva, y máxime si uno no ha reflexionado antes sobre su propia vida suficientemente, que es lo esencial.

## I

### HISTORIA EDITORIAL DE ESTE CAPÍTULO

#### *1. Algunos avatares editoriales en Francia y su repercusión en España*

«La llamada apostólica» es el capítulo once, de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (en adelante, IIPAC), tomo II de la obra capital de Légaut, «El cumplimiento humano» (ECH), que nunca se editó con este título, tal como hubiera querido su autor. Para comprender la postergación de «La llamada apostólica», explicaremos algunos avatares editoriales de este único manuscrito de ECH.

En 1970, por razones de precaución económica, el editor decidió separar el tomo II y publicarlo primero. Légaut aceptó la medida y asumió el riesgo de que, si las ventas no iban bien, se quedase sin publicar el tomo I, es decir, *L'homme à la recherche de son humanité* (en adelante, por su título castellano: HBH; en francés, HRH o tomo I). La editorial Aubier, para aprovechar el tirón del postconcilio, decidió publicar primero la parte dedicada al cristianismo. Afortunadamente el éxito sucedió y el tomo I se editó al año siguiente. Ahora bien, en este primer ataque de precaución, Aubier calculó en parte bien, porque creyó que se vendería más el tomo II, pero en parte mal porque se equivocó al temer que no se vendería el tomo I, que se vendió igual de bien y que todavía se vende ahora, con independencia del empujón del tomo II, que ahora se vende peor.

Esta primera precaución editorial supuso una prueba para el autor pero, sobre todo, supuso una *fractura* en la unidad de una obra que había procurado tenerla. Este capítulo once de IIPAC («La llamada apostólica») hubiera sido el número veinticuatro de los veinticinco que hubieran formado «El cumplimiento humano»: posición penúltima que, aunque dato externo, resalta su relevancia.

En España repercutió lo sucedido en Francia: ambos tomos se editaron por separado pese a aparecer el mismo año: 1972. La versión, apresurada, era insatisfactoria. Por eso, años después, decidimos hacer una nueva versión y no sólo de HBH y de IIPAC sino de TF <sup>(2)</sup>. ¿Por qué, entonces, no traducimos entero IIPAC? La respuesta es que, cuando llegó el turno de editarlo en 1999 (conforme a nuestra lentitud de dromedarios de múltiples caravanas), habían pasado más cosas con los libros de Légaut en Francia, y ellas repercutieron en España.

En 1985, la casa Aubier tuvo una nueva idea aunque siempre bajo el signo de la prudencia. Igual que en 1970 relegó el tomo I y editó primero el tomo II dedicado al cristianismo, en 1985, no se animó a reeditar este tomo entero y propuso a Légaut una reedición parcial que comportaba cuatro cosas: (a) dejar de lado los siete primeros capítulos (sobre Jesús y el origen del cristianismo); (b) reeditar sólo la parte final, dedicada a los temas eclesiales (relación entre religiones y cristianismo, entre autoridad y llamada, entre obediencia y fidelidad; renovación de la Cena y obra espiritual); (c) escribir Légaut un prefacio, extenso y libre, sobre el segundo postconcilio, la restauración y la involución de

---

<sup>(2)</sup> *Trabajo de la fe* (TF) se había publicado en castellano en 1975 bajo el título de *Búsqueda, fracaso y plenitud*, pero nosotros lo volvimos a traducir y editar con su título original, en 1996. HRH lo habíamos editado dos años antes en colaboración con *Iglesia Viva*, con el título de *El hombre en busca de su humanidad* (HBH). Agotada la primera edición, sacamos una segunda en 2001, con una traducción más afinada.

aquellos años 80; y (d), suprimir un capítulo y medio (es decir unas sesenta páginas), probablemente para hacer hueco al nuevo Prefacio. Légaut aceptó y fue él quien decidió suprimir «La llamada apostólica» y la sección I<sup>a</sup> del capítulo sobre la Cena <sup>(3)</sup>. El resultado fue un nuevo título, *Croire à l'Église de l'avenir* (CEA).

De este modo, Aubier publicaba un “nuevo Légaut” y reforzaba los libros que aún estaban en el mercado <sup>(4)</sup>. Por otra parte, el nuevo libro era de una extensión editorial correcta: no pasaba de doscientas páginas y no era una mera reimpresión: primero, porque el Prefacio daba actualidad al conjunto, que podía interesar aún a nuevos lectores, y, segundo, porque el autor había revisado todo el texto <sup>(5)</sup>. Así, Légaut seguiría siendo leído y aportaría alguna de sus ideas a la situación del momento.

Sin embargo, esta reedición, con la supresión que implicaba, agravó la fractura consumada al separar el tomo I y el tomo II. Se difuminó aún más la unidad de la obra y desapareció la interacción entre determinados capítulos, tal como luego indicaremos. El camino del hombre (HBH) fue cada vez más por su lado. La reflexión sobre lo sucedido entre Jesús y sus discípulos y sobre lo acaecido después quedó aparcada. Y la parte eclesial final quedó separada del itinerario del hombre y de la exposición de Légaut sobre el comienzo del cristianismo. De este modo, la parte eclesial final quedó tan sólo dirigida a los interesados en este tipo de “asuntos internos”; cosa que, al comienzo, no era así. En

---

<sup>(3)</sup> Légaut suprimió la sección primera del capítulo anterior, «Haced esto en mi memoria», que, sin embargo, también sigue siendo útil aún porque contiene una crítica y una reflexión sobre la interpretación sacrificial de la misa que esperamos retomar (Ver: *Creer en la Iglesia del futuro*, Madrid, AML, 2013 (CIF 2013), p. 128-151; en francés: IIPAC, p. 291-312).

<sup>(4)</sup> Sobre todo, *El hombre en busca de su humanidad* (HBH) y *Llegar a ser uno mismo* (DS), más *Plegarias de hombre* (Pd'h), de 1978 y 1984.

<sup>(5)</sup> Veremos un ejemplo importante de sus revisiones en la nota 122.

1970, Légaut había escrito su “introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo” pensando en cualquier persona que estuviera interesada en el sentido de su propia vida y en cómo los humanos han vivido esta cuestión en el seno de una de las grandes tradiciones: el cristianismo, sin necesidad de que dicha persona perteneciera específicamente a dicha tradición.

La prueba de que *Creer en la Iglesia del futuro* (en adelante, CIF) apareció como un “nuevo” título fue que, en 1988, la editorial española que optó a su edición no cayó en la cuenta, hasta que se lo dijimos, de que había optado por un libro compuesto por cuatro capítulos ya publicados, aunque ahora revisados. La editorial francesa no se lo avisó y ellos tampoco lo dijeron <sup>(6)</sup>.

Pues bien, esta reedición de 1985 y su traducción en 1988 fueron la causa de que, en 1999, cuando le llegó a nuestra caravana el tiempo de publicar IIPAC (cuya traducción llevaba años preparada), no lo hiciéramos y tan sólo publicásemos los siete primeros capítulos, sobre Jesús, los primeros siglos del cristianismo y otros dos temas: Dios y el universo, y la plegaria; cosa que hicimos con otro título *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo* (en adelante, RPPC).

Así fue como este capítulo 11 de IIPAC (y 24 de ECH) quedó perdido para los lectores en castellano hasta ahora, que le ha tocado el turno de editarlo y presentarlo en los *Cuadernos*, si bien también quedó perdido para los lectores franceses que leyeron *Croire à l'Église de l'avenir* (CEA) pero ya no leyeron (o relejeron) el final de IIPAC. En nuestro caso, los lectores

---

<sup>(6)</sup> Puestos en contacto con la editorial (Sal Terrae, de los jesuitas), tradujimos desinteresadamente el libro (CIF, 1988; traducción de CEA, 1985) con el fin de cuidar que la versión no agravase, como en los 70, la dificultad que de por sí tiene leer a Légaut. Por aquellos años, otro amigo nuestro, Francisco Cuervo-Arango, tradujo, también desinteresadamente, *Meditación de un cristiano del siglo XX* en otra editorial española también confesional (Sígueme). Luego vino una nueva edición de CIF, por la AML, en 2013, que es la que citamos.

actuales de los *Cuadernos* juzgarán. Por nuestra parte, en lo que sigue, romperemos alguna lanza a favor de este capítulo “cenicienta”, y lo haremos, como ya hemos dicho, llamando la atención sobre su trasfondo biográfico y sobre alguna de las tesis de Légaut en él.

## *2. Las dos razones de suprimir M. Légaut este capítulo y nuestras tres razones de publicarlo*

¿Por qué suprimió Légaut este capítulo y por qué nosotros lo publicamos ahora? La supresión debió de ser porque Légaut debió de pensar que desde 1970 habían transcurrido quince años y la situación había cambiado. En 1985, había falta de vocaciones y las formas de reclutamiento y de formación de religiosos y sacerdotes se habían actualizado algo. De modo que, caso de publicar el capítulo, había que revisarlo y él no tenía tiempo. Además, había que aligerar el nuevo libro (CIF; CEA) para que cupiese el Prefacio.

Con todo, esto no significaba que Légaut no valorara el capítulo en sí, tal como él mismo nos aseguró. En cualquier caso, nuestra suposición de que Légaut pensaba que este capítulo necesitaba una revisión se basa en dos razones que, vistas desde otro ángulo, son justo las que nos llevan a nosotros a editarlo. Por eso vamos a exponerlas y, además, añadiremos una tercera razón.

### *A. Un pasado colectivo lejano pero aún vigente en la Iglesia*

1. Lo primero que debió de llevar a Légaut a eliminar este capítulo fue que trataba mucho de seminarios y de noviciados: un tema más bien del pasado, que no era atractivo a la hora de pensar en un libro que ya desde su título apuntaba al futuro (*Creer en la Iglesia del futuro*, CIF). En IIPAC, Légaut había querido proponer una intelección del pasado del cristianismo antes de hablar de su porvenir, pero CIF iba a ser distinto.

Además, en veinte años (de 1965 a 1985), la situación del catolicismo había cambiado y el tema de la «llamada apostólica» tenía que tratarse de otra forma. Ya no era tan verdad como veinte años antes, o como cuando la juventud de Légaut, que «las vías sacerdotales o monásticas fuesen las primeras en presentarse al joven cristiano que quería responder plenamente a la llamada de Dios». Aunque no había una visión nueva sobre la llamada, no parecía urgente proponerla pese a que las vocaciones habían disminuido. Y tampoco parecía urgente insistir en lo evidente: que «los métodos de formación practicados en el seminario y en el noviciado no correspondían a las necesidades y a los medios de las generaciones modernas». Por otra parte, además de la crisis y de la disminución de las vocaciones, Légaut, para actualizar su texto, ¿no hubiera tenido que abordar el hecho de las secularizaciones que se dieron sobre todo a partir de mediados los años 60 (7)?

Y por último –puestos a revisar el capítulo–, en los encabezamientos de las Secciones intermedias se repiten lo suficiente algunos términos indefinidos («son raros», «son muchos», «son poco numerosos», «son pocos» o «a menudo») como para que esto llevara a Légaut a incorporar aquí, de forma aplicada al caso, la «delicada emancipación» de la que ya había hablado en el capítulo 11 del tomo I (8).

Y en cuanto a los dos putos que acabamos de indicar, digamos lo siguiente. Obsérvese que el uso de indefinidos por

---

(7) Aunque Légaut no aborda el tema de las secularizaciones en este capítulo, lo menciona al hablar de las "queiebras" de la vocación. Légaut debió de notar este hueco en su texto porque abordó el tema en otros textos posteriores. Al final de este trabajo, en un Anexo, hablaremos de las secularizaciones en la obra de Légaut. Pero notemos que Légaut hubiera podido insertar sus ideas sobre las secularizaciones en este capítulo penúltimo, por ejemplo al lado de los apartados sobre «la crisis de vocaciones» y sus causas, y sobre «la regresión indudable del reclutamiento».

(8) Ver la "delicada emancipación" en: HBH, pp. 265-70; HRH, pp. 225-30.

parte de Légaut es porque éste evita las afirmaciones ideológicas o de doctrina tales como, por ejemplo, sería decir: "el celibato es..." o el "celibato no es...". Una vez más este recurso indica que el discurso de Légaut es de itinerario, es decir, empírico, de experiencia, fruto del recuerdo y de sus observaciones y por esos sus conclusiones son como ésta: "pocos de los muchos que hay lo son de veras". Y por otra parte, la "delicada emancipación" por la que unos pocos llegan a ser de veras es, además, la vía de pasar de los indefinidos a los determinados, que son los que Légaut emplea cuando habla de "descubrir el propio camino" ("todos los que..." o "sólo los que...", por ejemplo). De hecho, esta «delicada emancipación» se menciona indirectamente cuando Légaut habla de «delicada ascensión»:

Cuanto más rico es un hombre en posibilidades humanas, tanto más *delicada* es su *ascensión* espiritual al tiempo que también puede ser tanto más fecunda. Si no se deja arrastrar por las corrientes sociales, políticas u otras de su época, esta ascensión se dará de todas formas, pero a través de qué pruebas, después de qué deslizos, tras cuántos atolladeros, bajo qué formas más singulares y atormentadas si no la facilita, más que guiarla, la presencia atenta y discreta de algunos predecesores que ya hayan recorrido una buena parte de su propio camino con una fidelidad suficiente. ¡Dichoso aquél que, porque sabe reconocerlo, encuentra a tiempo un espiritual de su misma familia de espíritu para abrirse, desde el comienzo de su vida religiosa, a la libertad creadora! <sup>(9)</sup>.

2. Exponer la «delicada emancipación» que conduce a la fidelidad (que va más allá de la perseverancia y que se descubre gracias al encuentro en profundidad con un discípulo que es quien libera el don total) hubiera sido un buen complemento de dos de los encabezamientos finales del capítulo que presentamos: "Un cambio esencial de los seminarios, por importante que sea, es insuficiente"; "Sólo un renacimiento místico que no sea una copia del pasado

---

<sup>(9)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 32; IIPAC, p. 339.

permitirá al cristianismo realizar su necesaria mutación" (10). Eran demasiados cambios.

Sin embargo, los mismos argumentos que debieron de llevar a Légaut a decidir suprimir este capítulo, ¿no son acaso los nuestros para decidir recuperarlo? Porque este capítulo, ¿no continúa siendo útil aún por su descripción, su crítica y su reflexión, pese a sus imperfecciones? Si miramos el siglo XX con perspectiva, diremos que, de la misma manera que Loisy, a comienzos de siglo, tuvo en mente una "reforma del régimen intelectual" del catolicismo (reforma que aún está por concienciar y asimilar de verdad (11)), Légaut, avanzado el siglo, tuvo en mente, en este texto y en otros, la reforma del régimen de la vida espiritual en el cristianismo y en el catolicismo; algo que aún está por concienciar y asimilar.

3. Tres consideraciones (sobre el hilo argumental del capítulo; sobre las cuestiones que toca y que aún son actuales; y sobre algunos elementos del texto que son útiles para comprender mejor la obra de Légaut) nos ayudarán a ver más clara la importancia de este capítulo.

#### 1. *El hilo argumental*

En un capítulo largo como éste, hay que fijarse en el argumento para no perderse. La primera sección es la premisa mayor: siempre surgen discípulos porque la «llamada apostólica» no cesa de darse. Para Légaut, se trata de una afirmación de fe: la acción del recuerdo de Jesús *es*; la llamada brota siempre en el interior de algunos en cada generación. La contemporaneidad de algunos seres con el Maestro del Evangelio acontece en todo tiempo, de modo que las fuerzas de la muerte no pueden con la vitalidad de la semilla de esta tradición.

(10) Ver, en este *Cuaderno*, pp. 64-66; IIPAC, pp. 367-370; CIF 2013, pp. 216-18.

(11) Ver: Rosanna CIAPPA, "La réforme du régime intellectuel de l'Église catholique" en: Alfred LOISY, *La crise de la foi dans le temps présent*, Turnhout, Belgium, Brepols, 2010 (Texte inédit publié par François Laplanche (+). Estudios de: Cl. Langlois, R. Ciappa, F. Laplanche, Chr. Theobald).

Para Légaut, Jesús no es el legislador o el fundador sino el sembrador que siembra ligero, de paso, dejando al otro libre, es decir, responsable de sus talentos <sup>(12)</sup>.

La segunda premisa es constatar que, pese a que el llamamiento se da, muchos no siguen los caminos adecuados para concretarlo o se extravían en ellos. De modo que «raros son» los que se encuentran a sí mismos tanto dentro de los caminos tradicionales como fuera: a la larga, es más fácil, dentro o fuera, limitarse a la simple moralidad de obedecer y de perseverar más que buscar tenazmente el camino de la fidelidad. Tal es el tema de las siguientes secciones.

Al final, puesto que el llamamiento sigue vivo y puesto que no se agota en las formas de plasmarse, la conclusión de Légaut es que cualquier arreglo es insuficiente «a falta de una renovación fundamental de la vida espiritual» porque «hay que renovar todo el apostolado cristiano» y hay «que retomar todo de nuevo desde la base». Y esto está en los tres últimos apartados, tras afirmar que la renovación de la Cena es el centro de la misión de la iglesia <sup>(13)</sup>.

---

<sup>(12)</sup> En DS (2013), p. 85; DS fr, 88, Légaut habla de esta transmisión como de una «auténtica revelación en acto». Esta afirmación de Légaut se corresponde con lo que Pablo dice al final del cap. 3 de la IIª a los Corintios. Ver: RPPC, p. 172; IIPAC, 142. También, en este *Cuaderno* 16, p. 13, ver el § 7 del «Testimonio sobre M. Portal» (1952). Este párrafo puede leerse en nuestras «Reflexiones sobre la fe» de 2005, donde hablamos de la experiencia de “ver” un discípulo de Jesús y citamos algún § más del testimonio de Légaut. En francés: *M. L. et ses “camarades”*, Éd. X. Huot y ACML, 2017, vol I, p. 204-6.

<sup>(13)</sup> Por su parte, la sección Iª del siguiente capítulo (“La obra espiritual”) desarrolla, en el fondo, esta misma idea de que “hay que retomar todo desde la base” (Ver CIF, p. 168; CIF 2013, p. 223; IIPAC, 374). Esta idea incluye no rehuir ningún elemento de la condición humana, incluido lo que Légaut denomina los “instintos fundamentales”. Légaut concibió la tarea de retomar todo desde la base en continuidad con los reformadores del siglo XVI y XVII, cuya historia leyó en Bremond y escuchó a Portal, quien conocía aquella época como si fuera la suya.

## 2. Cuestiones que no son sólo del pasado

Tanto la “pereza” de Légaut en revisar estos temas como la nuestra de volver a leer sobre ellos nos pueden ocultar dos cosas. Primero, que estos temas todavía no se comprenden como los expone Légaut. Y, segundo, que proceden de un pasado aún predominante, cuyo conocimiento es más útil que el estudio del Antiguo Testamento o incluso que el del Nuevo, según decía Légaut. La razón es que los temas que se abordan en este capítulo se interponen entre las Escrituras y nosotros. Al leer en los Evangelios los pasajes que tienen que ver con la llamada, estamos mediatizados por las formas de concretar el don total que son herencia del monaquismo y de Trento, por no hablar de otras influencias oriundas de otras fuentes, como el platonismo, el pesimismo y el ascetismo de tipo oriental <sup>(14)</sup>.

Este capítulo penúltimo versa, pues, sobre el predominio de la forma monástica o tridentina de concretar el seguimiento, las bienaventuranzas y los consejos durante los últimos siglos. Légaut critica su predominio y su fundamento. En la línea de M. Portal, propone el ejercicio de *distinguir* elementos. Tal es el umbral cuyo paso lleva a que prevalezca lo

---

<sup>(14)</sup> Sobre la importancia que Légaut daba al estudio del pasado que todavía influye en nuestro presente, ver el *Cuaderno de la Diáspora* (CdD o *CdDiáspora*) 15, p. 94-99. Dos estudios interesantes sobre este pasado son el de René TAVENEAU sobre "El catolicismo postridentino" (en *Las Religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes II*, vol. 8 de la *Historia de las religiones*, dirigida por H.-Ch. Puech, Madrid-México, 1987, p. 1-110) y el de Jean DELUMEAU, *El catolicismo de Lutero a Voltaire* (Barcelona, 1973). Son aleccionadoras las páginas de Delumeau acerca del estado deplorable del clero (sacerdotes y órdenes religiosas) antes de Trento; acerca de la reforma del mismo que Trento impulsó (siglos XVI y XVII); y sobre cómo varía la interpretación del decrecimiento del papel del clero en la actualidad según se juzgue la sucesión de etapas en el catolicismo: una más que discutible leyenda sobre la Edad Media cristiana condiciona un juicio tan discutible como el de la descristianización actual. Juzgar que esta descristianización se da depende de la idea que se tenga de la situación anterior; y en esto los historiadores tienen mucho que decir (ver el Anexo sobre las secularizaciones).

personal y a que cada uno modele su vía y su sentido. Y si Légaut propone este ejercicio es porque se sitúa en el origen: la llamada al «don total» que él sintió y que se le reavivó junto a M. Portal pero que al final plasmó de otra forma que la habitual pues Portal no deseaba la “entrada en religión” de los jóvenes de la Normal sino la entrada en uno mismo de cada uno de ellos. Hacer caso a Portal en esto fue lo que *separó* realmente a Légaut, lo que lo marcó y lo llevó más lejos de lo que él podía imaginar:

Dejadme, pues, para poner fin a esta evocación religiosa del pasado, que os diga, que os vuelva a decir más bien, su significación esencial. ¡Cuán preciosa es la gracia de haber encontrado, de haber decidido seguir y de haber seguido realmente a un verdadero discípulo de Jesucristo! No hay gracia más exigente. Es *separante*, más de lo que os podría decir, pero es también la alegría de las profundidades. Nutre todas las tenacidades. Da fuerza a todas las decisiones. Y, cuando llega a ser fundamental, puede, rompiendo con el tiempo y con el espacio, suprimiendo veinte siglos más opacos que luminosos, hacer que Jesucristo esté más presente que cualquier viviente. <sup>(15)</sup>

Légaut plantea, pues, en este capítulo, cuestiones que no son sólo del pasado sino del presente. No es cosa del pasado que las vocaciones conduzcan a un «fracaso relativo», disimulado por una mediocridad extendida donde, con frecuencia, la función acaba prevaleciendo sobre lo personal de la misión. Tampoco es cosa del pasado que los votos y los con-

---

<sup>(15)</sup> Lo importante es la separación existencial que conlleva el don total, que no es, en definitiva, sino un modo de soledad. Es lo que expresa el término «separante» en este fragmento final del «Testimonio sobre M. Portal» (1952). Ver en este *Cuaderno*, p. 17 (y ver la referencia francesa en Nota 12). — Otra cosa es la separación práctica, de servicios, que Légaut propone al final de este capítulo penúltimo. — Sobre la distinción entre la llamada al don total y sus formas habituales de concretarlo, ver la diferencia entre "anunciación", "vocación", "función" y "misión" en diferentes puntos de este capítulo: entre discipulado y cualquier concreción del mismo, en la sección I<sup>a</sup>; y entre "función sacerdotal" y "carisma apostólico", en la sección V<sup>a</sup>.

sejos sistematicen y hagan de las Bienaventuranzas una “Ley” sobreañadida que suele hacer más ascetas que discípulos, y una “Letra” que cumplir más que un aire, un espíritu o un estilo que sólo uno reconoce y, por lo regular, *a posteriori*. Y tampoco es cosa del pasado que la perpetuidad de los votos se iguale a la fidelidad conyugal o paterna, de las que es distinta pues una cosa es el compromiso ante el grupo y otra la promesa a uno mismo y al otro. Como tampoco lo es justificar el celibato por una disponibilidad y una eficacia que Légaut somete a examen por lo que ésta tienen de ideológico. Ni tampoco lo es, en fin, que todo esto refleje, en parte, tendencias que también se dan en la sociedad civil, donde siempre las vanguardias y las élites se separan del resto. Porque no está claro que todo esto sea sólo cosa del catolicismo y de la vía sacerdotal y religiosa en él, y no de otras sociedades. Tal como Légaut recuerda, se dan diferencias parecidas en otras iglesias cristianas y en muchas religiones y sociedades; y también en una sociedad como la nuestra, teóricamente no organizada religiosamente pero sí expuesta, en la práctica, a que el carisma y el poder se sacralicen y se atribuyan a unos grupos determinados de “clérigos”, “mandarines”, “bonzos”, “sacerdotes”, etc. En este sentido, Légaut hace la siguiente observación:

Estos métodos [de los seminarios] no es que estén completamente sistematizados y endurecidos por la rutina y por la mediocridad pues, por el contrario, cada vez más se intenta su adaptación, y a veces incluso de forma inteligente. Sin embargo, dicha adaptación sólo se logra de un modo imperfecto. La razón es que no se les llega a liberar de la *mentalidad sacralizada* de un cristianismo de autoridad. <sup>(16)</sup>

Ahora bien, ¿no habría que añadir que esta «mentalidad sacralizada» es común a toda religión e influye en la sacralización de lo profano en una sociedad como la nuestra?

---

<sup>(16)</sup> En este *Cuaderno*, p. 32; IIPAC, 339.

### 3. *Este capítulo y el resto de la obra de Légaut*

La tercera consideración a favor de este capítulo es que contiene dos elementos que no están en otras páginas de Légaut: 1) alguna interpretación valiosa de algunos fragmentos del evangelio y 2) una perspectiva central en su obra que en otros textos aparece de otra manera.

En cuanto a los Evangelios, aparte de la alusión y el comentario de Légaut sobre la figura del sembrador y sobre las Bienaventuranzas <sup>(17)</sup>, hay alguna otra observación suya, hecha de paso, sobre los «talentos» y sobre las «maldiciones evangélicas» <sup>(18)</sup>. Y a esto habría que añadir su análisis sobre los votos que, en el fondo, es una glosa de la exhortación de Jesús a no jurar ni prometer ni usar el nombre de Dios en vano <sup>(19)</sup>. Y en cuanto al pensamiento de Légaut, este capítulo incluye una crítica de la concepción separada e incluso rival y hostil entre Dios y el hombre. Sin duda se trata de una concepción que otros también detectan y critican pero que Légaut presenta vinculada con la forma habitual de entender los votos como renuncia, lo cual no es tan frecuente porque la mayoría que tratan de estos temas pertenecen al mundo clerical y no caen en la cuenta de lo que esto los condiciona.

4. Por otra parte, esta concepción separada de Dios, unida a la forma habitual de entender los votos tiene que ver, además, con tres perspectivas de la obra de Légaut.

---

<sup>(17)</sup> Ver, sobre las Bienaventuranzas, RPPC (IIPAC) cap. V y TF, cap. VII. Sobre la pobreza y Légaut, ver dos textos en el *Cuaderno* 1, que son previos a HBH (HRH) cap. I pues son de 1962 y 1963. Ver ambos textos en francés en los *Topos des Granges* de esos años, éd. de X. HUOT y ACML.

<sup>(18)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, pp. 31 y 56; IIPAC, pp. 338 y 361; CIF 2013, pp. 182, 208.

<sup>(19)</sup> «Pero yo os digo que *no juréis en absoluto*: ni por el cielo, pues es trono de Dios; ni por la tierra, pues es escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del "Gran Rey"; ni jures tampoco por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo cabello. Que sea tu lenguaje "sí" por sí, y "no" por no, pues *lo que de esto excede proviene del maligno*» (Mt, 5, 33-37).

A. En primer lugar, tiene que ver con su distinción entre dos tipos de sacrificios. Aquellos que se presentan «a partir de consideraciones teóricas» e ideológicas son muy diferentes de aquellos que surgen a partir de las exigencias interiores captadas en el plano de la existencia <sup>(20)</sup>. Las renunciaciones militantes son distintas de las que la vida nos depara.

B. En segundo lugar, la concepción de Dios contraria a la concepción separada lleva a Légaut a afirmar que es adecuado atribuir a Dios «los estados elevados que conocen los hombres en sus horas más luminosas, cuando crean» <sup>(21)</sup>, es decir, por ejemplo, en el amor humano y en la relación de paternidad y filiación. Esta atribución es importante porque tiene que ver con lo mejor de la intuición de que hay analogía entre Dios y el hombre si bien analogía no es igualdad sino una última actitud afirmativa (hay Dios en nosotros) que es válida tras la vía negativa según la cual, la no semejanza es mayor que la semejanza, lo cual se compagina bien con lo «ígnoto» del propio camino y lo «impensable» de Dios <sup>(22)</sup>.

C. Y en tercer lugar, la idea de que hay una relación directamente proporcional entre Dios y el hombre, así como entre Jesús y sus seguidores, y que esta relación es anterior a la posible clasificación de dichos seguidores en diferentes grupos, es, en definitiva, la fuente de que el discurso de Légaut sea fundamentalmente laico. Si Légaut habla a todos es porque, para él, lo laico es lo personal y se dirige al singular; porque, para él,

---

<sup>(20)</sup> Ver DS (2013), pp. 110-13; DSfi, 111-13, e *Interioridad y compromiso*, pp. 39 y 55 (IE, pp. 30 y 41).

<sup>(21)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 45; IIPAC, 351; CIF 2013, 197.

<sup>(22)</sup> Este empleo de la analogía es independiente de la prevención de Légaut hacia el tomismo, sobre todo por haber sido oficialmente impuesto a finales de siglo XIX. Légaut, dada su relación con el círculo de M. Portal, Edouard Le Roy (que era discípulo de Bergson), el P. Laberthonnière y Teilhard, por ejemplo, no simpatizaba con el tomismo, sobre todo por cómo éste había sido impuesto y por el modo antimoderno como se solía interpretar, salvo honrosas excepciones.

tiene sentido el último lugar, lo cual ayuda a descubrir lo que hay de discípulo y de maestro en cada persona de fe <sup>(22bis)</sup>.

**B. Un pasado personal lejano pero aún importante**

1. Légaut quizá tuvo una segunda razón para descartar este capítulo. Quizá lo eliminó porque reflejaba cuestiones particulares suyas y de un tiempo ya pasado (sus años 20 y 30). Légaut necesitó revisar su forma de haber sido “apóstol”; cosa que cambió cuando su «segundo comienzo» (*deuxième départ*) y su segunda misión, no ideológica sino de presencia, en la que se adentró a raíz de su matrimonio y de su marcha a Les Granges. «Toda mi vida antes de los 40 era una vida de apostolado», dirá Légaut con 90 años. De ahí su marcha, su segundo comienzo y los años de barbecho hasta comenzar a escribir desde sí mismo. Tal fue la «segunda opción» de la que habló en HBH <sup>(23)</sup>. Quizá por todo esto «La llamada apostólica» le pareció más del pasado todavía. Sobre todo al releer el capítulo a sus ochenta y tantos años. Quizá Légaut se inclinó entonces, de nuevo, por dejar de lado lo más biográfico y clásicamente católico y por no darle importancia y eliminarlo un poco como había hecho, veinte años antes, al componer *Trabajo de la fe* en 1962 y descartar su «Testimonio sobre Monsieur Portal» pese a haberlo escrito por las mismas fechas que la «Confesión de un intelectual» y que «El testimonio del adulto», que pasaron a ser capítulos de TF.

Esta segunda razón de eliminar Légaut este capítulo puede parecer un poco forzada pero sirve para llamar la atención sobre las cuestiones biográficas que están detrás. Nuestra

---

<sup>(22bis)</sup> Ver CIF 2013, p. 100 (IIPAC, p. 267).

<sup>(23)</sup> Sobre los 40 años de apostolado, ver: *M. L. au Paysoursel, 8-9 septembre 1990*, Cahier éd. X. Huot, p. 20. – Sobre la «segunda opción», ver: HBH, cap. VI, pp. 146-7; HRH, p. 122. – Hablaremos del “segundo comienzo” de Légaut al final de este estudio.

idea, en definitiva, es que, probablemente, este capítulo y el último, unidos, son los dos más biográficos del tomo II y que dicha base biográfica hace imprescindible la lectura de ambos juntos. Ella es la que nos permite profundizar en el cambio de los años 40: abandono de una forma de “ser apóstol” confesional y adopción de otra forma de serlo en tanto que discípulo, no tanto como creyente de creencias cuanto como hombre de fe y de presencia, de puro ser y estar ahí. Tal es el segundo y decisivo motivo de publicar este capítulo.

2. No obstante, lo biográfico de este capítulo puede quedar velado y no verse por dos razones: por la voluntad de discreción de Légaut y por su referencia a tres tiempos distintos del pasado. En cuanto a lo primero, conviene recordar que, si no están claros los elementos biográficos de detrás de este capítulo, ello es por la voluntad de discreción y de abstracción de Légaut. Anunciada en el prólogo de HBH, esta voluntad vale también para IIPAC y para este capítulo. Y en cuanto a lo segundo, hay que tener en cuenta, al leer a Légaut, la dificultad de compaginar la reflexión de un solo tema y el recuerdo de una vida en zigzag, con etapas un tanto desconcertantes. El recuerdo de elementos biográficos que abarcan un período de sesenta años pudo hacer que no le fuese fácil combinar sin peligro de mezcla, al escribir sobre un tema (en este caso, el don total, las formas de concretarlo y los tiempos de formación), elementos del catolicismo de tres generaciones: el de principios de siglo, que fue el tiempo de su infancia y adolescencia; el de entreguerras, que fue el de su juventud; y el catolicismo de la segunda postguerra, que fue el de su primera vida adulta. Así, en este capítulo, se dan elementos del catolicismo del período de antes de la Iª Guerra, elementos del que va desde su ingreso en la Escuela Normal Superior con diecinueve años hasta su movilización con treinta y nueve, junto con otros propios del catolicismo de los años 50 y 60, que es cuando Légaut conciencia el tiempo pasado junto a M. Portal y lee, además, sobre el modernismo.

*C. La unidad de los tomos I y II de ECH (1970-1971)*

Hubo dos asociaciones entre capítulos que se perdieron a causa de la supresión de «La llamada apostólica». Primero, este capítulo formaba un díptico junto con el siguiente: «La obra espiritual», pero la posibilidad de “ver” este díptico se perdió con la supresión. Al recuperar el capítulo, podemos comprobar que, desde el punto de vista del catolicismo, ambos capítulos juntos exponen el cambio o el paso de una acción apostólica de tipo doctrinal e ideológico, al menos en gran parte, a una obra espiritual más de testimonio y de presencia entre iguales. Desde el punto de vista biográfico, ambos capítulos hacen referencia al tránsito que va del período de juventud al siguiente: los años de Les Granges.

Por eso, en segundo lugar, cabe afirmar que, si tuviésemos que asociar este díptico final de IIPAC con algún capítulo del tomo I (HBH), escogeríamos, por un lado, el de «Solidaridad sociológica y comunión humana», pero, sobre todo, los capítulos sobre el amor humano y sobre la filiación y la paternidad, que son los que aportan un acercamiento indirecto a la vida familiar de los Légaut en Les Granges y por eso complementan los dos últimos de IIPAC sobre los cambios en la acción.

Estas dos asociaciones indican, en definitiva, que Légaut terminó su obra mayor (ECH) con dos capítulos con referencias a dos etapas fundamentales de su vida (los años 20 y 30, y los años 40 y 50) y que, además, ambos hablan de la acción y de la actividad de Légaut en dichas épocas mientras que los primeros de HBH los completan porque hablan del lado privado de la vida del autor.

En conjunto, la estructura de ECH aparece entonces en su forma, digamos, circular, unitaria, hesicástica y de volver a empezar <sup>(24)</sup>. Al acabar el libro, podemos ver mejor la unidad

---

<sup>(24)</sup> Empleamos el adjetivo "hesicástico" en recuerdo del último capítulo de *Paradiso* de José Lezama Lima. El personaje principal de la novela, José

del mismo y podemos volverlo a empezar. Esto es lo que se perdió con la supresión del capítulo penúltimo en CIF y es lo que recuperamos al editarlo. Ahora podemos valorar la búsqueda de unidad de Légaut, la circularidad de la estructura de su obra mayor. Porque, ¿adónde llevan los dos capítulos finales de IIPAC? ¿Cuál es su salida? ¿Qué hubiera podido escribir Légaut tras ellos? O, visto desde el ángulo del lector, ¿por dónde podríamos continuar leyendo a Légaut, al acabar de leer la «obra de su vida», como él la calificaba?

Hay cuatro respuestas a esta pregunta: La primera es que los dos capítulos finales, por razón de sus elementos biográficos, tienen cierta afinidad con los dos primeros de TF (es decir, «La vida de fe» y la «Confesión de un intelectual», por este orden). De manera que, al acabar ECH, podemos releer TF, fruto del comienzo de la etapa de escritura de Légaut que empieza en 1950, tras el itinerario al que remiten «La llamada apostólica» y «La obra espiritual» y tras un barbecho de un par de décadas. La segunda respuesta es que, tras los dos capítulos finales de IIPAC (con páginas sobre la acción de simple presencia <sup>(25)</sup>), es bueno releer HBH. Desde el final de IIPAC, comprendemos mejor que Légaut escribiese HBH sin atributos confesionales, es decir, desde una fe que en otro escrito hemos denominada «adámica» <sup>(26)</sup>.

---

Cemí, al final de la misma encuentra por fin a Oppiano Licario, el hombre que, por haber sido testigo de la muerte de su padre y de su tío, está esperándolo para darle las claves de su existencia. Tras el encuentro, Cemí puede, por fin, contar con orden y con una respiración acompasada, exenta del ansia del asma que padecía y que simbolizaba su desconcierto. (Ver citado un fragmento de esta novela en el *CdDíaspóra* 9, p. 147-151).

<sup>(25)</sup> Ver «La obra espiritual», sec. III, CIF 2013, pp. 236-48 (IIPAC, 384 y ss).

<sup>(26)</sup> Sobre la “ocultación” de lo cristiano en HBH, recuérdese que, en su «Introducción», Légaut afirma ser cristiano de hecho pero para decir luego que su libro se dirige a todo hombre adulto que haya reflexionado, sin necesidad de ser cristiano como él. Sobre la “fe adámica”, ver nuestro trabajo de 2005, «Reflexiones sobre la fe. El caso Légaut», *CdDíaspóra* 17 y [https://sumadepoquedades.com/paginas/ensayos\\_legaut/Textos\\_pdf/03\\_2005\\_CD17\\_Reflexiones\\_sobre\\_la\\_fe.pdf](https://sumadepoquedades.com/paginas/ensayos_legaut/Textos_pdf/03_2005_CD17_Reflexiones_sobre_la_fe.pdf)

La tercera vía de continuar leyendo a Légaut son sus libros posteriores escritos en colaboración con algunos entrevistados y colaboradores donde, frente a la discreción y abstracción anteriores, el objetivo de dichos libros es, al menos en gran parte, dar a conocer la vida del autor <sup>(27)</sup>. En ellos, por ejemplo, es donde Légaut nombra por primera vez a M. Portal, cuando habla de su influencia y de su papel como padre espiritual <sup>(28)</sup>. Y por último, una cuarta vía de continuar leyendo a Légaut puede ser abordar *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, de 1975 (en adelante, MECP), donde Légaut reúne algunos artículos que completan lo expuesto sobre el cristianismo y el catolicismo en IIPAC <sup>(29)</sup>.

---

<sup>(27)</sup> Entre éstos destaca *Patience et passion d'un croyant*, de 1976 (en adelante, PPC), que se reeditó en 1990 y en 2000. Un libro parecido anterior fue *Questions à... réponses de M. Légaut* (QR), de 1974; en castellano: *Entrevista a M. L.*, CdD 27, 2015 (en adelante: EML). A estos dos podemos añadir el estudio de Th. De Scott, M.L., *L'oeuvre spirituelle*, de 1984, cuya redacción Légaut siguió muy de cerca.

<sup>(28)</sup> De nuevo remitimos al texto de 1952 sobre M. Portal, publicado en este mismo *Cuaderno* (ver referencias en Nota 12) y que debería sumarse a los otros artículos de Légaut sobre su mentor, que son de 1976 (a los cincuenta años de su muerte) y que publicamos en el *CdDiaspora* 10 (1999).

<sup>(29)</sup> Los escritos reunidos en MECP son de tres tipos. Unos son desarrollos posteriores a ECH, en que Légaut atiende a la situación de la Iglesia. Otros son una síntesis, como por ejemplo: "*Devenir disciple*" (hay traducción en el *CdDiaspora* 2). Y otros son respuestas suyas a las objeciones de algún eclesiástico que enjuició negativamente su obra a partir de la doctrina habitual, por ejemplo sobre la fe. De este tipo son los debates entre Légaut y el P. Varillon publicados en 1972 y 1978: *Débat sur la foi y Deux chrétiens en chemin* (ver, en castellano: *Légaut-Varillon, I y II*, Madrid, AML, 2007).

## II

### ELEMENTOS BIOGRÁFICOS SUBYACENTES EN «LA LLAMADA APOSTÓLICA»

Veamos ahora de los elementos de la vida de Légaut que a nuestro juicio están detrás del capítulo de «La llamada apostólica» pero centrándonos en los más relevantes. Por eso, para abreviar, enumeremos antes los que no desarrollaremos.

#### *1. Los cuatro elementos menos relevantes*

1. Descartamos la alusión de Légaut a las actuales «condiciones de escolarización de la juventud». La enseñanza, con su exigencia y su amplitud, absorbe y, en este sentido, puede distraer de la vida interior. Por eso él incorporó este punto en su proyecto pedagógico del comienzo de Les Granges. Él mismo conoció esta “distracción” en los años de preparación del ingreso en la ENS, aparte de que vio que el estudio absorbía también a muchos compañeros. Durante bastante tiempo, Légaut tuvo la impresión de que su esfuerzo en los estudios había enfriado su vida espiritual y esto, a pesar de que dichos estudios fueron la puerta hacia su propio camino, que hubiera sido distinto sin el descubrimiento de la ciencia.

Légaut, como era frecuente entonces, había tenido las primeras intuiciones de su vocación a los once años, cuando su comunión, y enseguida imaginó su vida en una forma religiosa. Apoyado por su madre, quiso ingresar en un seminario a los quince años pero su padre, sabiamente, le puso como condición acabar antes el bachillerato y los estudios universitarios de matemáticas. Esta demora ocasionó que luego siguiera la vocación científica y que surgiera en él, después, una gran estima por la integridad y el rigor intelectual.

2. Descartamos, en segundo lugar, las referencias a las organizaciones juveniles y su tendencia a dejar de lado una formación espiritual que tenga una base intelectual suficiente. La tendencia era dedicarse cuanto antes a la acción social y política, cuyo peso ideológico y cuya “urgencia” eran difíciles de dominar. Posteriormente, Légaut interpretó el activismo frecuente en los años 60 (los años en que él escribió ECH), como una repetición de lo sucedido en los años veinte con los «Equipos sociales» de Robert Garric, con el movimiento de *Le Sillon* (el Surco), con los laicos y sacerdotes partidarios de la «Acción francesa», con la «acción católica», y con los “sacerdotes demócratas” de comienzos del siglo XX, que luego recordó a raíz de la experiencia de los “curas obreros”.

3. Descartamos, en tercer lugar, los conflictos extremos que, según Légaut, puede comportar la obediencia, sobre todo «en las épocas en que el hombre hace un escrutinio de sus creencias a la luz de su conciencia y en nombre mismo de su fe»; algo que fue minoritario a comienzos de siglo pero que fue frecuente después. Al mencionar este elemento, Légaut debió de pensar en las situaciones límite que muchos vivieron durante la crisis modernista y la represión antimodernista en que hubo quienes se rebelaron, quienes se sometieron de una forma que lesionó su honestidad (moral e intelectual) y quienes, en cambio, entraron en un exilio interior y en una pasión silenciosa. Tal fue el caso de M. Portal, del P. Laberthonnière y del P. Teilhard de Chardin, entre otros muchos estudiosos que, gracias a la amistad con el primero, se relacionaron con los jóvenes de la Normal<sup>(30)</sup>.

4. Y descartamos también los elementos biográficos relacionados con la pobreza; cuestión importante, sin embargo, para Légaut y su grupo en los años 30, primero, porque

---

<sup>(30)</sup> Ver una selección de textos sobre el modernismo en el *CdDiaspora* 18, de 2006. — Pío X instauró el juramento contra el modernismo en 1910

comenzaron a incorporar el trabajo manual en sus veranos de vida en común y, segundo, por su conciencia de su condición privilegiada de ser *normaliens* y funcionarios <sup>(31)</sup>.

## 2. Los cuatro elementos biográficos más relevantes

### A. Conflicto entre vocación religiosa y científica en el contexto del conflicto de entonces entre religión y ciencia

---

(Ver: *Denzinger*, 1963, pp. 516-518, n° 2145-47). Era «una ratificación de sus condenas» contra la herejía del modernismo: la última de todas, suma difusa de las anteriores. Todos los que accedían al diaconado y al sacerdocio tenían que pronunciarlo. — «En toda la Iglesia católica sólo *cuarenta sacerdotes* rehusaron prestar el juramento antimodernista. Sin embargo, Alemania fue la excepción: la medida provocó allí grandes protestas en nombre de la libertad científica, y los profesores de Universidad fueron dispensados de prestar juramento a petición del episcopado» (Roger AUBERT, *Nueva Historia de la Iglesia*, vol V, 1984, p. 200). Uno de los que rechazaron el juramento fue, por ejemplo, el abate Baudin, asiduo comensal en el Seminario de M. Portal, colaborador suyo en las relaciones con anglicanos y ortodoxos, profesor de filosofía y de psicología en el Colegio Stanislas y en el Instituto católico, especialista en Newman, corresponsal de William James y de Husserl. Baudin había descubierto en el seminario del Cherche-Midi a lord Halifax y a la ortodoxia, hizo varios trabajos para Portal y fue asiduo conferenciante del grupo Tala. Al negarse a prestar el juramento antimodernista, tuvo que dimitir de sus puestos de enseñanza (Régis LADOUS, *M. Portal et les siens (1855-1926)*, París, 1985, p. 164). — El juramento no se suprimió hasta 1967, cuando Pablo VI lo reemplazó «por una fórmula reducida, en lo esencial, al símbolo niceno-constantinopolitano». Su supresión coincidió con la del Santo Oficio (Étienne FOUILLOUX: *Une Église en quête de liberté (La pensée catholique française entre modernisme et Vatican II, 1914-1962)*, París, 1998, p. 36).

<sup>(31)</sup> Légaut renovó el tema de la pobreza cuando lo situó en el plano de la existencia, distinto del plano ascético de los votos y del ideológico o de compromiso por sensibilidad social. El significado de la pobreza en el plano existencial llevó a Légaut al concepto de «carencia de ser», que es, para él, la otra cara de la «fe en sí mismo», tal como expuso en el capítulo primero de HBH y antes en algunos “topos” de los años sesenta (ver dos estos “topos” en el *CdDiáspora* 1, pp. 13-46).

1. El primer elemento biográfico relevante está detrás de los cuatro apartados iniciales de la sección II<sup>a</sup> <sup>(32)</sup>. Se trata de una especie de tensión entre dos llamadas. El tema de la sección es «descubrir el verdadero camino de uno» y por eso choca el juicio que ya enuncia el primer epígrafe: “Raros son los que descubren su verdadero camino”. No es la conclusión pesimista de un intelectual sino el juicio retrospectivo de no haberlo tenido fácil, ni él ni quienes tuvieron que decidir como él, a la hora de plasmar el «don total».

La dificultad consistía en que, «cuando un joven cristiano [...] quiere responder plenamente a lo que Dios espera de él [...], normalmente piensa [...] en el sacerdocio o en la consagración monástica». Esta normalidad fue lo que no fue una facilidad pese a las apariencias («nada más favorable puede imaginar»). Sentir la llamada al «don total», pensar casi automáticamente en la forma tradicional de concretarla fue una dificultad frente a la llamada de los estudios.

Légaut se liberó de la dificultad de esta normalidad gracias a M. Portal. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes católicos de la época, en su opinión, ni siquiera captaban que la facilidad de lo normal era una dificultad. Prueba de ello es que todavía esto puede sorprender hoy. Y una segunda prueba es que Légaut, pese a M. Portal, necesitó de un largo proceso para tener esto realmente claro.

Liberarse del peso ideológico de la doctrina de la “perfección” y del modelo establecido le llevó su tiempo y fue fruto del trabajo de su fe. Concienciar la dificultad de la facilidad de lo convencional, es decir, creer-pensar que se conoce cómo concretar el don total pues basta adoptar el modelo común, fue fruto de su fidelidad de los años 30 y 40 <sup>(33)</sup>.

---

<sup>(32)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, pp. 27-32; IIPAC, pp. 334-9; CIF 2013, pp. 179-84.

<sup>(33)</sup> La visibilidad de lo convencional todavía puede representar una dificultad para los seglares que conciencian una llamada. Las Instituciones y las organizaciones religiosas, por el hecho de que les falta gente, invitan a los laicos a colaborar en ellas pero, en la mayoría de los casos, no cambian su

2. Légaut comenzó a concienciar una especie de conflicto entre dos llamadas al tener noticia del conflicto (no en sí sino entre el catolicismo y la sociedad de entonces) entre la vía sacerdotal y la científica sobre todo cuando ésta llega a ser un «auténtico imperativo de carácter religioso»<sup>(34)</sup>. Esto surgió en él cuando, a partir de sus estudios, hizo suya una de las aspiraciones de su época: la honestidad intelectual que la ciencia da por supuesta. En el caso de Légaut, esta dificultad fue, además, un conflicto entre la llamada de la ciencia y la del sacerdocio: cada vez que se planteaba el sacerdocio<sup>(34bis)</sup>, Légaut sentía un cierto rechazo por razón de querer contribuir a la renovación del cristianismo e intuir que esta renovación vendría de los laicos (y notemos que intuía esto antes de que se le presentasen los interrogantes provenientes del mundo de los afectos).

Por su parte, M. Portal ayudó a los jóvenes de la ENS a ver, en este conflicto entre razón y fe, y entre ciencia y religión, un falso problema cuya consistencia histórica sólo se debía a una acumulación de prejuicios y de acciones y reacciones erróneas, provenientes de un lado y de otro. En el contexto del primer tercio del siglo XX, M. Portal aconsejó a Légaut seguir el camino de la ciencia y continuar como laico. Así evitaría los atolladeros con que hubiera topado, probablemente, en caso de ser sacerdote. Légaut, tanto por el contexto conflictivo de la época como por su carácter entero, hubiera terminado o por dejar la religión y seguir a la ciencia o por dejar la ciencia y seguir la religión. Esto, en el primer caso, hubiera sido seguir al “cientismo” de la época más que a la ciencia y, en el segundo, hubiera sido seguir a un ídolo eclesiástico más que a Dios. En ambos casos hubiera sido tomar el camino de la ideología; opinión que implica señalar

---

forma de concebir su forma de ser. En este sentido, la cita de "Haced esto en memoria mía" que transcribimos en el penúltimo apartado de este estudio es oportuna: ver nota 110 y CIF 2013, p. 161; IIPAC, pp. 320-321.

<sup>(34)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 29; IIPAC, p. 337; CIF 2013, p. 181.

<sup>(34bis)</sup> Ver más adelante la nota 49.

lo cerrado de la doctrina eclesiástica de entonces, que tenía todos los visos de ser como una ideología <sup>(35)</sup>. Légaut hubiera caído en la trágica confusión, llena de consecuencias, de quienes, en el primero caso, «abandonan toda profundización personal» no sin antes o después desacreditar esta posibilidad, o, en el segundo caso, en la confusión (no menos trágica) de quienes ven «los talentos que han descubierto en sí» (léase deseo de conocer) como «tentaciones» en lugar de verlos como «peldaños de su ascensión espiritual» <sup>(36)</sup>. Como puede verse, ya apunta aquí la necesidad de cambiar la concepción de Dios: no un Dios separado y hostil al hombre sino uno interior al camino de éste; no un Dios en relación inversamente proporcional con lo humano sino en una relación directamente proporcional. Poco a poco, este cambio se convirtió en una de las claves de Légaut <sup>(37)</sup>.

---

<sup>(35)</sup> En cuanto a lo cerrado de la postura oficial católica, véase una nota anterior acerca del *modernismo*. La ciencia (en física, astronomía, biología y también arqueología, historia y filología) había llegado a adquisiciones y certezas que la jerarquía católica y los teólogos veían como una ingerencia. Pero es que antes, cuando la ciencia aún no se había constituido en una vía de conocimiento autónoma, la teología había podido opinar y juzgar, sin apenas objeción, sobre temas que no eran de su competencia. Las adquisiciones de la historia natural (evolución de las especies, antigüedad del universo y del hombre) así como de la historia cultural (redacciones diversas de las Escrituras, formación de los dogmas y cambios en las costumbres) cuestionaban la inmovilidad anterior. Légaut comentó, en una ocasión, su sorpresa al enterarse, a los veinte años, que había cuatro evangelios y que tres eran *sinópticos*. Otros *normaliens* comentaron lo que les inquietaba el abate Breuil, invitado por Portal, que les hablaba de que hubo varios adanes; o el abate Gaudefroy, geólogo, que les hablaba de la antigüedad de la Tierra. Légaut recordó, en alguna ocasión, que uno de los temas polémicos en el tiempo del modernismo era, todavía, si Moisés había escrito o no el *Pentateuco* (autoría ya cuestionada por Richard Simon en el siglo XVII), o si la Creación había sido conforme a los primeros capítulos del *Génesis*.

<sup>(36)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 31; IIPAC, p. 338; CIF 2013, p. 182.

<sup>(37)</sup> Hemos desarrollado este cambio entre una relación inversa y una relación directa en otros ensayos. El primero de ellos, ya revisado es: «Sobre algunas dificultades en la comunicación», *CdDíaspóra* 30, 2018, pp. 223 y ss., sobre todo, pp. 230-41 ver también este texto en: <https://sumadepo->

*B. M. Portal, la «delicada emancipación» y el proyecto de un grupo*

1. El encuentro con M. Portal es el segundo de los cuatro elementos biográficos relevantes que subyacen en este capítulo y que tuvo dos efectos: uno liberador y otro de compromiso <sup>(38)</sup>. Importa subrayar que liberar es un efecto fundamental de la paternidad espiritual tal como la vivió y luego la expuso Légaut. La paternidad en el plano espiritual se ajusta a la paternidad en el plano biológico y humano: los *liberi*, los hijos, son los libres porque conocen su origen y porque éste los reconoce. Este reconocimiento mutuo es lo que les hace ser a ambos. Recuérdese el sentimiento de bienaventuranza que, por dos veces, hizo exclamar a Légaut justo en este capítulo:

*¡Dichoso* aquél que, porque sabe reconocerlo, encuentra a tiempo un espiritual de su misma familia de espíritu para abrirse, desde el comienzo de su vida religiosa, a la libertad creadora!

*¡Dichoso* el joven, rico en promesas, que encuentra a tiempo el discípulo de Jesús que, por su paternidad espiritual, le abre y le orienta hacia sí mismo, le muestra su propio camino y lo anima a entrar en él sin temor a la soledad ni a las largas demoras que lo separan del descubrimiento de su misión! <sup>(39)</sup>

---

quedades.com/paginas/e\_varios/t\_literario/sobre-algunas-dificultades-en-la-comunicacion.pdf). — Un comentario de Légaut sobre Abraham resume este cambio (*CdDiáspora* 12, pp. 50-53; PPC (1990), pp. 45-8). Este cambio en la idea de Dios tiene que ver con la distinción entre fidelidad y obediencia y entre fe y creencia. Un análisis sobre «Las dos opciones» (cap. VI de HBH) ayuda a comprender este cambio. Este análisis nos explica, además, la razón por la que Légaut, de joven, sintonizó enormemente con Teilhard (al que M. Portal invitó a hablar al grupo y al que los *normaliens* consideraron un modelo de síntesis entre ser científico y ser creyente) pero que luego él criticó (ver un texto suyo sobre Teilhard en el *CdDiáspora* 5).

<sup>(38)</sup> Sobre M. Portal, ver el "testimonio" de Légaut en 1952, en este *Cuaderno*, p. 11 y ss. (ver referencia completa en Nota 8), y ver, además, el *CdDiáspora* 10, p. 25-47 y un estudio en el *CdDiáspora* 15, p. 147-169; D. Melero, «M. Portal y el Manifiesto de 1905».

<sup>(39)</sup> Primera cita: en este *Cuaderno*, p. 32; IIPAC, p. 339; CIF 2013, p. 184. Segunda cita: p. 63 de este *Cuaderno*; IIPAC, p. 366; CIF 2013, p. 214.

M. Portal liberó en ellos el don total, que dejó de tener que concretarse necesariamente en ser religioso o sacerdote. La paternidad espiritual de M. Portal estuvo a la altura de la difícil misión de “desatar”. Normalmente se entiende el atar y el desatar del evangelio en un sentido moral de perdonar o de condenar siendo así que juzgar no es lo más evangélico. La misión de la paternidad espiritual no es moral sino de otro orden; es transmitir el «no temáis» evangélico: otra forma de nombrar la «fe en sí mismo». La misión de Portal fue ser «fermento» de aquellos jóvenes y animarlos a cortar el cordón umbilical y partir. Éste fue el camino por el que aquellos chicos, al mismo tiempo que fueron libres, quedaron sujetos, atados, a la larga: nunca dejaron ni olvidaron ni a M. Portal ni a aquello a lo que él había entregado su vida <sup>(40)</sup>.

He aquí la delicada emancipación, la vigorosa independencia, la paulatina sustitución, la maravillosa inseguridad y el sufrimiento dominado en los que M. Portal los introdujo. Para iniciarlos en estos cinco sintagmas <sup>(41)</sup>, era fundamental, primero, que Portal distinguiese e incluso separase la vocación de su concreción y, segundo, que tuviese el sentido de la «desaparición necesaria» (*«il était prêtre avec le plus extrême effacement»*). Portal no hacía sombra y por eso ayudaba al otro a sentirse «enviado» y a abrazar lo más sutil y más vivo: «ser sólo uno mismo modesta y valientemente, tal como exige el cristianismo de llamada» <sup>(42)</sup>. M. Portal quería ver a sus jóvenes no tanto «entrando en religión», tal como se decía antaño, cuanto «entrando en su propia vía».

¡Qué distancia respecto de lo que, por el contrario, haría falta hacer: ayudar a cada uno, con flexibilidad, paciencia y fe, a

---

<sup>(40)</sup> La anécdota que cuenta Légaut acerca de sí mismo sin decirlo ilustra y sintetiza el sentido de quedar "atado" de por vida: "Testimonio sobre M. Portal" (1952), en este *Cuaderno*, p. 13; ver Nota 15.

<sup>(41)</sup> Ver las referencias en la nota 112

<sup>(42)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 54; IIPAC, p. 359; CIF 2013, p. 206.

encontrarse a sí mismo, y, para ello, favorecer las iniciativas que exige la propia fidelidad, por particulares que sean; tolerar los titubeos que fatalmente acompañan a toda búsqueda; y, en definitiva, tener fe en la eficacia de la acción de Dios sobre una persona bien dispuesta y generosa!

... Los profesores y directores de conciencia más celosos y escrupulosos no pueden remplazar a los auténticos espirituales que no han huido ante las exigencias intelectuales de su tiempo, que las han cargado sobre sí pesadamente antes de responder a ellas como mejor han podido y sin demasiadas ilusiones. Sólo unos maestros así podrían responder a las íntimas aspiraciones de sus discípulos y dirigidos, sin decepcionarles ni tranquilizarles en falso. Sólo ellos podrían *liberar* a estos principiantes, ayudarlos a comprometerse en su camino particular y convertirlos en seres capaces de realizar una actividad creadora, la única que es realmente apostólica. Pero por lo general, de forma sistemática, a estos seres superiores, se los mantiene aparte. <sup>(43)</sup>

Sobre M. Portal y lo que Légaut creyó recibir de él habría mucho que decir <sup>(44)</sup>. Recordemos un párrafo de Légaut acerca del clima de falta de libertad de la que él los liberó:

... en esta época, un jansenismo latente volvía sospechosa, como fruto del espíritu propio y del orgullo, toda investigación libre. Se tenía una concepción demasiado “monástica” de la *obediencia*, en la que se le atribuía a ésta un valor absoluto. Esta concepción voluntarista dispensaba de las investigaciones y, por tanto, asimismo de los tanteos que piden comprensión, inteligencia de lo que se manda o enseña. De este modo, se le impedía a uno ser él mismo con honestidad de espíritu. Al creyente se le edificaba; no se le educaba en la libertad, o al menos hacia ella. La fidelidad, rebajada de esta forma al plano de la disciplina, hacía que el cristiano fuese un ser sumiso y el “pueblo de Dios” un rebaño.

---

<sup>(43)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, pp. 33-4; IIPAC, pp. 340-1. Ver, además, en D. MELERO, “M. Portal y el Manifiesto de 1905”, *CdDiáspora* 15, pp. 158-159, cómo M. Portal ya aconsejó a Mme Gallice en 1907, un año antes de su destitución como rector del Seminario, no ingresar en las Hijas de la Caridad.

<sup>(44)</sup> Ver un escrito posterior nuestro: «Reflexiones sobre la fe. El caso Légaut», *CdDiáspora* 17, 2005, pp. 127-37. Ver una versión posterior de este estudio en nuestra web: <https://sumadepoquedades.com>.

Por otra parte, el dolorismo volvía meritorios, a los ojos de muchos, los sufrimientos debidos a sus reacciones vitales: esas sordas resistencias de unos seres llamados por todas sus fibras y por Dios mismo a la libertad en la verdad... <sup>(45)</sup>

M. Portal los liberó, pues, de la necesidad de abrazar la vía monástica o sacerdotal a su edad y por motivos que con frecuencia eran insuficientes y engañosos. Uno de estos motivos era el prestigio social que entonces aún tenía la carrera eclesiástica dado el influjo de la Iglesia y el predominio del clero. En 1927, a propósito de la ordenación de un condiscípulo, Légaut escribía a su compañero Antoine Martel:

Si hubiese entrado como él en el seminario, me ordenaría sacerdote el próximo año. Esta idea me turba a mi pesar. Y sería para mí ocasión de un inmenso reproche si no pudiese tener la seguridad en verdad de que, durante todos estos años, estuve en el sitio que Dios me había asignado para colaborar en el desarrollo, en el círculo de la Normal, de un ideal científico y cristiano que tanto puede ayudar a la Iglesia. En el fondo de mí, no me siento lo suficientemente humilde como para “contentarme”, sin una reacción íntima, por el *pequeño y último lugar del laico*. Ya ves mi debilidad. Para mí, la dignidad con la que se rodea el sacerdocio es más una tentación que una ayuda para comprender la confianza con que Dios honra a los sacerdotes. Si tuviésemos una verdadera visión de las cosas sobrenaturales, ¡cuánto más mezquino parecería aún lo que te digo! <sup>(46)</sup>

Pero hay otros motivos engañosos: como la generosidad ante una necesidad siempre urgente, al menos aparentemente. Una vez que Légaut le planteó a M. Portal que quería ser sacerdote, éste le contestó que «sobre todo no hay que ser sacerdote porque faltan sacerdotes» <sup>(47)</sup>. Y otra vez, de forma

---

<sup>(45)</sup> «La vida», *CdDiaspora*, 25, 2013, p. 30; PPC (1990), p. 36-37.

<sup>(46)</sup> Carta del 30 de junio de 1927, citada en OS 1984, p. 60. Recuérdese que Légaut, por otra parte, reconocía ser sensible a la distinción de ser universitario (TF, p. 24; TF (1989) fr, p. 10).

<sup>(47)</sup> M. Portal criticaba así el uso de un slogan de las campañas vocacionales

más personal, le dijo: «no debes emplearte a fondo en las cosas religiosas por mi causa»<sup>(48)</sup>. Con todo, M. Portal, a pesar de su idea de que permaneciesen laicos, respetaba las ideas de cada uno e incluso las secundaba, pues esperaba que fueran ellos mismos quienes reaccionasen y las superasen.

... durante un tiempo, pensé en hacerme monje. M. Portal pensaba en la abadía de Hautecombe para mí. Pero, cada vez que se planteaba la cuestión, yo reaccionaba en contra. Tenía la intuición de que no tenía que separarme del medio científico.<sup>(49)</sup>

2. Sin embargo, pese a esta intuición y tras haber descartado hacerse monje, Légaut quiso consolidar un grupo seglar de corte monástico, con compromiso de celibato y rezo de las horas canónicas. Aquello no era del gusto ni del estilo de M. Portal pero las órdenes contemplativas, que habían marchado en 1905, cuando la separación de Iglesia y Estado, comenzaban a regresar y tenían su atractivo. Esto influyó en que Légaut tardase en dejar de concebir el compromiso de su vida de una forma medio monástica que le impedía ir más a fondo en su llamada a “retomar todo desde la base”.

Sin embargo, en este retraso, quizá influyó también que el proyecto de M. Portal era, en cierto modo, comenzar una pequeña orden, aunque fuera con el espíritu del Manifiesto que redactaron el P. Laberthonnière y él en 1905<sup>(50)</sup>. «Vuestra idea de agrupar a los trabajadores intelectuales en *una especie de orden religiosa*, en unos retiros, me parece exce-

---

el "día del seminario" ,y de paso, liberaba el versículo evangélico (“La mies es mucha y los obreros pocos...”). Sobre la penuria de sacerdotes usada como argumento para el reclutamiento, ver *Entrevista a ML*, p. 92; *QR*, p. 90.

<sup>(48)</sup> Ver: *Entrevista a ML*, p. 50; *QR*, p. 44.

<sup>(49)</sup> «La vida», *CdDiáspora*, 25, 2013, p. 56; PPC (1990), p. 63. Esta frase de Légaut confirma lo que dijimos antes del conflicto entre dos vocaciones: la religiosa y la científica. “*Dos vocaciones se confrontaban en mí*”, en: «La vida», *CdDiáspora*, 25, 2013, p. 20; PPC (1990), p. 27.

<sup>(50)</sup> Sobre este Manifiesto de 1905 y el espíritu abierto a la modernidad que subyace en él, ver nuestro trabajo citado en la nota 43.

lente», escribía a M. Portal, en 1921, uno de los invitados al proyecto. Porque M. Portal pensaba, desde 1908 por lo menos, en asociar algunos sacerdotes y algunos laicos en una especie de “orden” muy flexible que respondiera a la necesidad del momento de aunar una vida cristiana a fondo y una vida científica a fondo. Tal como anotaba J. Guitton en su diario en 1925: «los nuevos tiempos reclaman una orden nueva, como antaño los benedictinos o los jesuitas. Pero más el espíritu que la letra de esta orden». Sin embargo, entre 1908, 1921 y 1925, tal como anota Ladous: «nada concreto se organizó antes del regreso de M. Légaut a la Escuela Normal, en 1923»<sup>(51)</sup>.

1923 fue el año en que Légaut terminó su servicio militar pero si fue importante para él fue por dos cosas. Primero, porque conoció a la familia Chevalier en Grenoble y esto le sugirió eso que aún recordaba en 1976:

... mi estancia en Grenoble no sólo fue ocasión para mí de una apertura en el plano humano por los contactos entre camaradas durante el servicio militar. También conocí a Jacques Chevalier, decano de la Facultad de Letras por entonces. Chevalier era el católico del lugar, con una irradiación e influencia grandes entre los estudiantes en el plano religioso. Tuve también algunos breves contactos con su familia, que me plantearon una cuestión fundamental. Hasta ese momento, yo había pensado que mi camino sólo podía ser el del celibato en una vocación religiosa. Ahora, conocía una imagen de familia cristiana que no me había ofrecido ni mi propia familia, lo cual me planteaba, de una forma precisa, por primera vez, el concepto de familia cristiana al lado de la noción de vida religiosa, no como una alternativa sino como para, en cierto modo, profundizar en ésta.<sup>(52)</sup>

---

<sup>(51)</sup> Ver: Régis LADOUS, 1985, p. 352-3 (ver nota 30).

<sup>(52)</sup> Ver: «Historique du Groupe», p. 13-4 (copia recibida de René e Yvonne Masson). Párrafo citado también en: OS, 1984, p. 24-25. Ver otra versión en el *Cahier* 6, ed. X. Huot, p. 20 y ver, además, la edición de Dominique Lerch y ACML en 2020 y los *Boletines de la Diáspora* 6-10, Madrid, AML, 2021.

Y, segundo, porque entonces empezaron los tres años de intimidad con M. Portal, hasta la muerte de éste en 1926:

... Me hablaba a menudo de sí mismo tal como hace un anciano que está próximo a su fin y que se abre a un joven que espera que sea capaz de seguir y de prolongar su camino. Por desgracia, no pude conocerlo de forma íntima hasta después de mi vuelta del servicio militar: desde finales de 1923 hasta 1926. Digo por desgracia pero quizá fue así por suerte también, pues de este modo no pude apoyarme en él sino tan sólo escuchar la llamada que su vida supuso para mí. M. Portal no era alguien que te hace avanzar a base de preguntas... Me hablaba de su vida, de las dificultades con las que se encontró, de los hechos significativos que vivió... (...). En fin, me hablaba de sí mismo, y lo hacía del modo como uno habla a otro que da por sentado que lo comprende o, más bien, que lo podrá comprender más tarde. ¿Quién sabe? *Una palabra viva es fecunda eternamente. Llevada por el tiempo, visita una vez a uno, otra vez a otro y siempre sin detenerse nunca...* <sup>(53)</sup>

El hecho es que, en este contexto, M. Portal les presentó al P. Teilhard y ellos (Légaut y el grupo) lo consideraron un modelo de la síntesis posible entre vida religiosa y vida dedicada a la ciencia. Teilhard era un caso más entre otros abates admirables de aquellos tiempos, como Loisy, Breuil, Gaudefroy, Bremond y otros, que combinaron su sacerdocio con su dedicación científica.

El conjunto de estas influencias, más el apego al proyecto de M. Portal, puede ser que explique, al menos en parte, la lentitud con la que Légaut descubrió un camino auténticamente laico. Ahora bien, esta posible explicación justifica que abramos aquí un inciso y que hablemos de la extrañeza que el capítulo de «La llamada apostólica» pudo causar en un lector como nosotros en España que, en los primeros años 70, leyó el tomo I y II sin saber nada de la vida de Légaut igual como pudo suceder en otros como a él, en quienes, sin embargo, el texto resonó por él mismo.

---

<sup>(53)</sup> Ver: EML, pp. 49-50; QR, pp. 43-4.

*Un inciso: un posible error de un lector de 1971-2*

Faltan por presentar dos de los cuatro elementos relevantes que hemos dicho que subyacen en este capítulo. Pero como están más ocultos y son más indirectos, es bueno que, para descubrirlos, partamos del error al que Légaut pudo inducir a algunos lectores por no mencionar dichos elementos. Supongamos, por hipótesis, que un lector comienza a leer ECH sin conocer nada de la vida de Légaut. Entonces, este lector, tras leer el tomo I, lee el tomo II y llega al final del mismo y, por tanto, lee este capítulo de “La llamada apostólica”<sup>(54)</sup> y llega a la parte sobre seminarios y noviciados y continúa con lo que el texto dice sobre los votos, el celibato y la vida «separados del mundo» hasta encontrar, entre otros, este párrafo:

*No existe grupo joven más rico en esperanzas que el de los seminarios y noviciados. En ninguna parte puede encontrarse mayor densidad por metro cuadrado de almas generosas y capaces de un don total. Sin embargo, hay que confesar que lo que suele suceder es que estos bellos comienzos, estas excepcionales posibilidades acaben en un relativo fracaso con bastante rapidez. ¿Hay que atribuirlo entonces únicamente a la debilidad humana? ¿No hay que pensar, por el contrario, que este fracaso es consecuencia, más bien, de una formación religiosa que, pese a ser superior a la de las familias y parroquias, no alcanza suficientemente el fondo humano como para valorarlo verdaderamente de forma que sea él el que asuma las exigencias de una vida altamente espiritual?*<sup>(55)</sup>

Un párrafo así, ¿no es lógico que lleve a este lector que decimos, a pensar que Légaut debió de vivir y de conocer personalmente aquello de lo que habla y que, por tanto, fue seminarista o novicio en alguna etapa de su vida? Pero entonces surge otra pregunta. Como este lector ha leído

---

<sup>(54)</sup> Donde dicho lector lee, además, la sección Iª y la primera parte de la sección IIª, que no es claro que hagan referencia al conflicto entre la vía sacerdotal y la vía de la ciencia.

<sup>(55)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 35; IIPAC, p. 342; CIF 2013, p. 187.

antes los primeros capítulos de HBH y éstos le han hecho pensar que el autor habla de lo que conoce al hablar del amor humano y de la paternidad, y como este lector conoce la norma católica por la que un casado no puede ser sacerdote y viceversa, ¿no es lógico que conjeture que Légaut o bien fue primero una cosa y luego la otra o bien fue al revés y así como pudo escribir de ambas cosas con conocimiento de causa? Un lector imaginativo, ¿no tenía que conjeturar, en efecto, o que Légaut había sido seminarista o sacerdote y que luego se había secularizado y se había casado o bien que, al revés, después de haber enviudado, había ingresado en una orden o se había ordenado? La realidad sin embargo fue otra pues, tal como él mismo supo poco después, Légaut nunca había ingresado en un seminario ni en un noviciado, ni había sido ni sacerdote ni religioso y, en cambio, estaba casado y era padre de varios hijos.

Ahora bien, más allá de estas especulaciones y equivocaciones inducidas por la lectura, hay una tercera y última pregunta: ¿Cómo Légaut tuvo un conocimiento tan personal del medio sacerdotal y religioso? ¿De dónde le vino poder hablar como lo hizo dado que su obra dice ofrecer «un conocimiento real de la vida partiendo de la suya propia», tal como lo afirma en la «Introducción» de HBH, que vale también para IIPAC? Ciertamente, el conocimiento del mundo eclesiástico pudo venirle a Légaut de oídas <sup>(56)</sup>. Légaut hubiera podido opinar a partir de escuchar a M. Portal, que había sido profesor en varios seminarios y rector de uno de los de París entre 1901 y 1908, y también a partir de su trato con clérigos y religiosos que conocieron a los Tala y al «grupo Légaut», o también a partir de algunos compañeros que ingresaron en algu-

---

<sup>(56)</sup> Sin duda Légaut hubiera podido escribir sobre el tema de seminarios y de noviciados a partir de una empatía suficiente, fruto de lo escuchado a otros. Y nuestro hipotético lector lo hubiera aceptado porque, ¿no es así como proceden los creadores como Flaubert, que decía "Madame Bovary soy yo", o Bernanos al escribir el *Diario de un cura rural*?

na orden o se ordenaron sacerdotes. Sin embargo (“oh, sin embargo”, tal como decía Machado, para quien “sin embargo” era como el bordón de la guitarra del pensamiento), la experiencia que llevó a Légaut a comprender personalmente los límites del mundo eclesiástico y de los votos, sobre todo el compromiso del celibato, proviene, a nuestro modo de ver, de los dos elementos biográficos que aún tenemos que presentar y que Légaut no menciona en este capítulo penúltimo ni siquiera indirectamente de tan subyacentes como están. Y en este sentido, la discreción y la abstracción de su escritura es verdad que fueron excesivas, tal como lo han sugerido ya las conjeturas del lector hipotético que hemos expuesto en este inciso; conjeturas e inciso que era bueno plantear para pasar a los dos elementos que faltan y que expondremos en un orden cronológico inverso pues primero hablaremos de los años 40 en *Les Granges* y luego de la década de los 30.

### *C. Los años de Les Granges*

Nuestra idea es la siguiente: Sin la reflexión de Légaut sobre el amor y la paternidad escrita en los sesenta años, tras veinte años de vida en *Les Granges*, o, dicho de otro modo, sin lo que reflejan los tres primeros capítulos de HBH (y antes el cap. V de TF), Légaut no hubiera podido escribir como lo hizo este capítulo de «La llamada apostólica». Sólo tras haber vivido, pensado y escrito sobre el «amor imposible», lo frecuente del fracaso de la paternidad y lo «raro» de un amor y de una paternidad suficientemente fieles a lo suyo mejor, pudo emplear Légaut con autoridad los indefinidos de este capítulo penúltimo y decir: «son raros», «hay pocos», «son poco numerosos», «son muchos», etc. <sup>(57)</sup>. Sólo desde el

---

<sup>(57)</sup> Sobre el amor imposible, ver HBH, p. 22 y ss.; HRH, 18-19. Sobre lo frecuente del fracaso de la paternidad, ver HBH, p. 77-78; HRH, 64. Sobre el uso del indefinido "raro" en la vida espiritual en general, ver: *Llegar a ser uno mismo...*, DS (2013), p. 127; DS fi, 127.

conocimiento del «fracaso» y de las crisis del hombre ante los bienes humanos, el amor conyugal y la paternidad, donde sin embargo la naturaleza apoya nuestro camino al tiempo que nos hace sentir también sus límites, y sólo desde la conciencia sin autodefensas de la «carencia de ser», puede alguien comprender como lo hizo Légaut los límites y las crisis propios de la respuesta habitual a la llamada apostólica que un creyente suele concretar demasiado joven y que, si no es meramente ideológica al comienzo, poco a poco puede acabar siéndolo al final, al menos en la mayoría de los casos, y casi por completo, a no ser que la comunicación con un mayor o con una tradición viviente lo ayude y le haga mantener el recuerdo de Jesús. Sólo desde este trasfondo de experiencia pudo Légaut escribir un párrafo como el que sigue y que hemos escogido por recoger una “bienaventuranza” que es complementaria de las dos de antes <sup>(58)</sup>:

Quando la castidad sólo es la consecuencia de una doctrina, el ejercicio de un método o el resultado de una resolución, la disponibilidad que procura se llena únicamente de ocupaciones y desemboca en el vacío de una vida carente de auténticas comunicaciones, reducida a la inflación de relaciones superficiales, llenas de buena voluntad y de cordialidad pero cuyas maneras, por virtuosas que sean, son siempre un tanto artificiales y ficticias. Entre quienes dicen hacerse «todo a todos» de esta forma, ¿cuántos están verdaderamente entregados siquiera a algunos? ¡*Dichoso* pero cuán excepcional es el hombre que no necesita abrirse y apoyarse en el amor humano y en la paternidad para darse auténticamente, ni tampoco necesita descubrir el don a los demás a través del don del esposo y del padre a los suyos a través del modo, casi demasiado físico, por el que participa en sus destinos! <sup>(59)</sup>

Este fragmento es de 1971, pero en un escrito sobre «El fracaso en el plano de la existencia» que es de 1958, ya encon-

---

<sup>(58)</sup> Ver dos “dichosos” citados en los textos de la nota 39.

<sup>(59)</sup> Ver en este *Cuaderno*, pp. 51-2; IIPAC, p. 356; CIF 2013, p. 203.

tramos, por primera vez, unas páginas sobre el fracaso de una vida marcada por una vocación especial. Y no es casualidad que estas páginas estén después de otras sobre el fracaso en el amor humano y en la paternidad. El orden es significativo pues nos confirma que los años 40 y 50 de Légaut en *Les Granges* son el tercer elemento biográfico que subyace en este capítulo penúltimo de *IIPAC* porque es la base de experiencia personal desde donde él lo escribe <sup>(60)</sup>.

Una prueba de lo significativo de este orden es que Légaut siguió el mismo cuando escribió *HBH*. Aunque entonces trató en diferentes capítulos lo que antes trató sólo en uno, Légaut habla primero, en los capítulos 1-3 de *HBH*, de la «carencia de ser» ante los bienes humanos y en concreto en el amor humano y en la paternidad. Sólo luego trata, en los capítulos 6-10, de los límites del compromiso ideológico y de los sacrificios que éste impone. Y sólo después, en el capítulo 11, expone la diferencia entre faltas y pecado y entre perseverancia y fidelidad; distinción que establece en el contexto de la «delicada emancipación» que opera la paternidad espiritual que M. Portal le descubrió y desde la que él, ya mayor, miró hacia los fracasos y las carencias del «hombre» (es decir, de sí mismo), con una mirada afín a la de Jesús, es decir, una mirada capaz de “desatar”, esto es, de liberar y de perdonar a la vez de un modo que ha imprimido carácter a nuestra historia y a nuestra cultura <sup>(61)</sup>.

---

<sup>(60)</sup> Por orden, el cap. 5 de *TF* habla primero sobre el fracaso del amor humano y de la paternidad (pp. 99-104) y después sobre el fracaso de la vocación (pp. 104-108) (*TF* fr, 1989, pp. 96-102; pp. 102-7). En dichas páginas ya encontramos las ideas que Légaut expuso luego en este capítulo penúltimo que presentamos.

<sup>(61)</sup> Sobre el perdón y la figura de Jesús, ver, de Hannah ARENDT: *La Condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, 255-62 y *De la Historia a la Acción*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 106.

### D. *El declive de los años 30*

Conforme hemos dicho, el tiempo de Les Granges fue cuando Légaut, por fin, pudo escribir como lo hizo sobre los temas del comienzo de HBH, pero también fue el tiempo en que, indirectamente, escribió sobre su vida anterior a la Guerra al escribir, basándose en su propia experiencia, sobre el “reclutamiento” en el cristianismo, es decir, sobre los límites ideológicos del reclutamiento y sobre la necesidad de que la “llamada” se reciba y se concrete en otro clima que el de un “llamar a filas” militante. Sólo después de haber podido mirar limpiamente y sin autodefensas su propio camino y sus propias relaciones fundamentales de los años 20 y 30, pudo Légaut escribir como lo hizo sobre las formas eclesíásticas habituales de concretar «la llamada apostólica» <sup>(62)</sup>.

Decimos esto porque, para la intelección del capítulo penúltimo de IIPAC, debemos afirmar que, cuando Légaut reflexiona sobre «la llamada apostólica», el elemento de su pasado en el que piensa, en el que se basa, y no de oídas, es el período en el que él vivió deliberadamente célibe y laico, de cara a un ideal y a una misión. Pero hay que añadir, inmediatamente, que Légaut miró este elemento en y desde Les Granges. Légaut escribió el penúltimo capítulo porque ya había escrito (al menos potencialmente) el último (“la obra espiritual”) y porque los primeros de HBH, ya los había vivido. Recordemos el adagio: *primum vivere, deinde philosophare*. Quizá Légaut lo recordó cuando escogió titular «Vivir para ser» (*vivre pour être*) el librito que reunía, en edición aparte, los cinco primeros capítulos de HBH en 1974.

---

<sup>(62)</sup> El capítulo de TF sobre “El fracaso en el plano de la existencia”, de 1958, anuncia el desarrollo de los capítulos 1-5 de HBH, relacionados además, por ejemplo, con el capítulo 7: “La creencia ideológica”.

### ***3. Reflexiones sobre el declive de los años 30***

#### *1. Idea de conjunto*

1. Se trata de considerar este período de los años 20 y sobre todo de los años 30; un período que podemos dividir en dos tiempos: 1º, aquél en que Légaut, junto con unos pocos, comienza un grupo de tipo monástico y de estudio en París, primero en vida de Portal y luego sin él; 2º, el tiempo posterior que comienza cuando el último compañero se casa y él continúa solo como líder del grupo amplio. En este segundo tiempo, Légaut, además, comienza a escribir y a publicar. El primer tiempo son los años de intimidad y de entusiasmo primero con Portal y luego sin él: son los años entre 1923 y 1933. El segundo tiempo son los años del 33 al verano del 39, cuando todos tienen que incorporarse a filas.

Este cuarto elemento biográfico no es, pues, un hecho más o menos puntual como (sentir y concienciar una llamada) ni tampoco una sola relación (Légaut y M. Portal) sino un conjunto complejo y largo en el que intervienen más personas. Dentro de este período de dieciséis años, y para entender por dentro este capítulo penúltimo de IIPAC, el tiempo inicial y entusiasta es en cierto modo más sencillo, igual que lo es la generosidad, la necesidad de un ideal y el deseo de un don total. Es el tiempo que nos ayuda a reconocer la experiencia-base desde la que Légaut puede escribir el fragmento citado más arriba: «No existe grupo joven más rico en esperanzas, etcétera».

El tiempo siguiente es, sin embargo, más importante para comprender lo que, en este capítulo, hay de crítica de lo ideológico en la vocación y, por otra parte, de apertura a un estilo personal de vivir la llamada. Este segundo tiempo comienza cuando el grupo reducido se termina y el grupo amplio se extiende y amplía. Pero esto segundo, que en cierto modo es un éxito, desde otro punto de vista (basta recordar

la idea original de M. Portal-Légaut, por ejemplo), es el comienzo de un cierto declive <sup>(63)</sup>. No obstante, Légaut tardó en poder mirar este segundo tiempo sin autodefensas y en poder hablar de él sin desviaciones. La prueba es que aún le costaba hacerlo en 1952, tal como sugiere al final de su “testimonio” sobre M. Portal:

Hoy no puedo deciros más. Aunque dispusiese de más tiempo, aunque nuestro camarada Pons no me hubiese hecho prometer que os aportaría este "testimonio" —siguiendo su expresión— exento de toda autocrítica, ¿podría deciros hoy algo más? ¿Tendría el coraje, la inteligencia y la lucidez necesarias para ello? ¿Podría suscitar en vosotros el clima adecuado de fraterna apertura y de misericordiosa compasión que haría falta? Lo ignoro. Hay una manducación del pasado real, total, que sólo pueden hacerla los pocos que saben comulgar así con la presencia de Dios. Para el resto, una transfiguración fiel del pasado es suficiente. Es lo justo y razonable. <sup>(64)</sup>

2. Dentro del segundo tiempo de este periodo de dieciséis años, lo más importante para Légaut fueron, sobre todo, dos hechos que fueron dos decisiones. El primer hecho fue que Jacques Perret, su amigo y compañero durante años, le dijera, en 1933, que se casaba. Esto provocó que Légaut, alterado, le contestase que era el grupo el que le exigía continuar cuando, en el fondo, era él el que no quería que se distanciase. El segundo hecho fue, obviamente, su propia decisión después del armisticio: no regresar a la vida de antes, casarse y marchar a Les Granges junto con su esposa, algo que algunos interpretaron como un abandono del grupo cuando, a decir verdad, fue el único camino de recuperarlo luego si bien esto no estaba nada claro entonces para algunos.

---

<sup>(63)</sup> Así lo verá Légaut en una parte del "Testimonio" sobre Portal de 1952 (ver referencias en nota 12) y también en un homenaje a Jean Guiton: «Dans un siècle ou deux, quand un nouveau Bremond...», *Montalembert*, n° 4-5, París, 1963, pp. 320-22; en este *Cuaderno*, pp. 19-20.

<sup>(64)</sup> Ver nota anterior.

Entre la boda de Perret y dejar él el grupo transcurrieron (se dice pronto) siete años que fueron especialmente críticos para Légaut. Al cabo de este período, fue Légaut quien, a la vez, era, dentro de sí, Perret y él mismo. A nuestro entender, este debate interno podría ser la razón del largo tiempo que necesitó (a posteriori diríamos que «a oscuras y seguro», como el alma del poema de san Juan de la Cruz) para descubrir los límites de toda concreción ideológica del «don total» y para escoger seguir el camino entreverado y abierto de lo humano pero no fría y calculadamente sino a partir del reiterado rechazo (*refus*) de no querer volver a la vida de antes; rechazo que le vino de dentro y que se terminó de consolidar cuando, al no renovarle la licencia que le habían dado durante dos años, dejó la universidad y las matemáticas y decidió continuar sólo como campesino y pastor de montaña. Este proceso y su consiguiente debate interno, ¿no tenía algún parecido, aunque el tema fuera distinto, con el debate interno que años antes le llevó a escoger el camino de la ciencia y descartar el camino religioso que lo alejaba de la Universidad?

Tal es el trasfondo de este cuarto elemento (el declive del grupo amplio y la crisis personal durante los 30) que, desde el punto de vista de la obra de Légaut, es importante destacar. Conociendo todo esto podemos contrarrestar el hecho de que un capítulo de TF como la «Confesión de un intelectual» (tan interesante por otra parte) no diga nada de del lado católico de los vericuetos de la búsqueda y de la fidelidad de Légaut. Esta «Confesión» es de una gran discreción respecto de lo confesional y, en este sentido, pudo inducir al lector en un nuevo error. El lector, que se fía de un texto tan auténtico como esta «Confesión» cree que el «*retour à la terre*» de Légaut fue fruto de su crítica de la Universidad y fue como una reacción ante el descubrimiento de su «falta de carácter». Pero esto, aunque era verdad, no era toda la verdad. Faltaba el lado católico de la vida de Légaut de los años 30; faltaba la evolución del grupo y la evolución del propio Légaut en rela-

ción con el grupo, consigo mismo y el mundo de sus afecto y con profundizar en cuál era su «llamada». Pero entonces, para comprender estos tres últimos factores (relación con el grupo, consigo mismo y con su «llamada»), ¿no era acaso fundamental una intelección del conjunto del cristianismo en su versión católica de entonces (versión que institucional y teológicamente aún está vigente ahora) y no es esto lo que Légaut desarrolla, a finales de los años 60, en este capítulo penúltimo y en otros capítulos más de sus dos tomos?

Una prueba de este hueco de información en el caso de su «Confesión de un intelectual» es que el mismo Légaut, en 1962, en una «historia del grupo» que expuso a un grupo de amigos, ya se pregunta si no hubiera tenido que hablar antes, en lo ya publicado hasta entonces, que era bien poco, de la crisis del grupo y de cómo esto influyó en su evolución<sup>(65)</sup>. De nuevo nos encontramos aquí con algo que nos confirma lo que hace unas páginas expusimos en nuestro Inciso sobre las preguntas y conjeturas que el contraste entre los primeros capítulos de HBH y el penúltimo de IIPAC suscitaba en un lector que, por hipótesis, leía a Légaut sin conocer nada de su vida y contaba con que éste hablaba por experiencia propia.

## 2. *El final del grupo reducido y la marcha de Jacques Perret*

### 1) LOS HECHOS Y SU AUSENCIA EN LOS PRIMEROS LIBROS DE M. LÉGAUT

Pasados los breves años iniciales de antes y después de la muerte de M. Portal, años encendidos y llenos de vigor, de proyectos y de resultados, el grupo reducido de los que se habían comprometido como laicos, a llevar una vida célibe y casi monástica dedicada a la búsqueda espiritual y científica,

---

<sup>(65)</sup> Ver: "Historia del grupo", Topo de julio de 1962, en Lioux, copia recibida de René e Yvonne Masson en los años 80, p. 49. Ver nota 52.

y asimismo a la animación del grupo más amplio, fue disminuyendo hasta que se terminó. Este núcleo duro, lo habían formado, primero, siete “camaradas”, luego cuatro, de los cuales, uno se casó pronto, y otro, A. Martel, falleció de tuberculosis con treinta años. De manera que, al final, a partir de 1930, sólo quedaron dos, Légaut y Jacques Perret. Ambos formaron un tándem que se truncó tres años después, cuando, tras siete años de colaboración, éste último, cuatro años más joven, le comunicó a Légaut que se casaba. Éste es el hecho, en cuya complejidad podemos distinguir: 1) el proceso del grupo reducido como tal (un bello comienzo y un final distinto del previsto), 2) el proceso de los dos últimos miembros del mismo que, además de ser amigos, había formado «un “hogar” (*foyer*) de intensa espiritualidad»<sup>(66)</sup> hasta que llegó la separación por decisión de uno de ellos; y 3) la reacción dramática de Légaut y su interpretación posterior, fruto del recuerdo y de la perspectiva adquirida y madurada ya en Les Granges, tras los cambios de 1940.

Ahora bien, ¿dónde encontrar textos en los que Légaut cuente este hecho aunque sea indirectamente y donde exponga sus reflexiones al respecto? Es decir, ¿dónde habla Légaut de este grupo reducido de jóvenes, ferviente e ilusionado en torno a Portal, así como de la amistad entre ellos hasta que la vida y las decisiones los separaron, ya sea en *Trabajo de la fe*, de 1962, o en HBH e IIPAC, de 1970-71?

La respuesta es que, aun siendo TF y ECH sus obras centrales y maduras, en ninguna de sus páginas habla Légaut de esta situación como para tener la sensación, como lector, de que hemos pasado suficientemente por la anécdota antes de llegar a la categoría. Si buscamos en estos tres libros, compro-

---

<sup>(66)</sup> El recuerdo de este tándem mereció un elogio del filósofo y normalista Étienne Borne en 1992, en *Le Monde*, con ocasión de la muerte de Perret: «M. Légaut y J. Perret, dos maestros, “hogar” de intensa espiritualidad» (ver: *CdD* 23, 2011, pp. 65-68. É. Borne falleció al año siguiente, 1993.

baremos que, así como Légaut menciona en TF y más aún en los dos tomos de ECH el papel del «mayor» respecto del «joven» aun sin mencionar a M. Portal, en ninguno de ellos da un espacio parecido a una relación de igual a igual como la amistad. Légaut da un lugar a la amistad juvenil de quienes se diferencian de su sociedad respectiva y entonces se encuentran y se reconocen pero esto es algo que no es duradero pues pronto los caminos se bifurcan y la soledad vuelve a reinar. Mientras la paternidad y la filiación espirituales duran tras la ausencia del mayor, el recuerdo de la amistad vivida en la juventud no tiene el mismo vigor inspirador y quizá esto es porque dicha amistad aún tiene mucho de camaradería ideológica o en función de una acción.

Una razón de este silencio debió de ser el fracaso del grupo reducido y, sobre todo, del tándem de ellos dos. Otra razón (importante de cara a comprender el trasfondo de este capítulo penúltimo de IIPAC) es que Légaut, al escribirlo, Légaut debió de pensar en las carencias que motivaron que el grupo reducido no durase, que la marcha de Perret fuese notablemente dramática para él y, en definitiva, que él mismo, al cabo de unos años dejó el liderazgo del grupo junto con su vida de profesor y su estilo célibe, y se casó y se fue, con su mujer, a vivir a Les Granges, en busca de un segundo comienzo en la vida (*un deuxième départ*) que, para ser real, debía comportar un *dépassement* radical <sup>(67)</sup>, una casi deportación y un casi exilio; algo que Légaut tendrá luego la valentía

---

(67) Ver en D. MELERO, «Presentación» (TF, 1996, pp. 10-11), dos citas sobre el “*dépassement*”. La cita de Légaut está en: Thérèse DE SCOTT, *Devenir disciple de Jésus. Une lecture de l'œuvre de Légaut*, París, Duculot, 1988, pp. 13-14. La cita de Machado es de una carta a Unamuno, de 1913, desde Baeza. Tras hablarle un analfabetismo que ahora sabemos que era del 70 %, Machado continúa:

Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid. Yo desde aquí comprendo cuán a tono está con la realidad esa desgarrada y

de confesar que no hubiera sido capaz de decidir y realizar si no hubiera sido por el estallido de la guerra, que puso la vida de todos patas arriba, como se suele decir <sup>(68)</sup>.

Difícil era, en efecto, que un grupo juvenil como el suyo continuase mucho tiempo. Más frecuente es que grupos así tengan pronto un final difícil de digerir. Lo que se creía una amistad para toda la vida y una fraternidad duradera en la

---

soberbia composición de usted [se refiere al "Cristo de Palencia"] y comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos. A esos jóvenes, los llevaría yo a la Alpujarra y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona [Machado se refiere a las ayudas de la Junta para la Ampliación de Estudios]. Muchos seguramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso algunos encontrarían acentos más hondos y verdaderos. Yo no me atrevo a decir en público ciertas cosas, por miedo a que se me crea defensor de la barbarie nacional, pero temo también que se forme en España cierta superstición de la cultura que puede ser funesta. Me parece muy bien que se mande a los grandes centros de cultura a la juventud estudiosa, pero me parece muchísimo mejor la labor de usted cuando nos aconseja sacar con nuestras propias uñas algo de nuestras mismas entrañas. Esto, que no excluye lo otro, me parece lo esencial. Yo he vivido cuatro años en París y algo, aunque poco, he aprendido allí. En seis años rodando por poblaciones de quinto orden, he aprendido infinitamente más. No sé si esto es para todos, pero cada cual es hijo de su experiencia. Además, estoy convencido de que los hombres que van dejando huella en el alma nacional como usted y Costa en nuestra época, son aquellos que más desafinan en el concierto cortesano y los que no han buscado la cultura hecha, como el escobero del cuento de las escobas. Su voz parece ruda y extemporánea pero, al fin, comprendemos que estaban a tono con realidades más hondas y verdaderas. Si a Cervantes lo hubieran protegido los magnates de su tiempo, es posible que no hubiera pasado de autor de *La Galatea*. (A. MACHADO, *PPC*, Madrid, 1989, p. 11534-5)

<sup>(68)</sup> En TF, Légaut comenta que la Guerra y la pobreza fueron las circunstancias que le permitieron afrontar un cambio que, de lo contrario, le hubiera parecido imposible (TF, p. 27; TF fr (1989) p. 14). También en otro momento comenta Légaut que si no hubiera sido por la Guerra no hubiera podido dejar el grupo (2ª carta de Les Granges, § 11, en: *M. L. ou le rêve d'une communauté*, Cahier VII, éd. X. Huot, ACML, p. 50).

que todo se ponía en común, luego no perdura. Cada una marcha «por su propio camino adelante» no sin que se den disensiones y rupturas dolorosas, al menos en un primer momento. La razón es que la capacidad de saborear y de nutrirse del hecho de que cada uno ha continuado, a su modo, el camino del «don total» es un fruto que se descubre y se aprecia sólo al cabo de bastante tiempo. Sólo tras una demora considerable se consolidan la autonomía y la soledad de cada cual, sin las que no se puede dar una relación auténtica. La falta de una base humana suficiente en cada sujeto sólo permite una coincidencia ideológica o un recuerdo afectivo posterior. Sólo la profundidad personal, suficientemente madurada en cada uno, es la base de una amistad o duradera o reencontrada. Entre tanto, perdura la nostalgia unida a la idea de un grupo y de una camaradería que, como el amor naciente o la paternidad primera, hubiera tenido que sufrir una gran transformación para no agostarse y llegar a ser más allá de la mera memoria del puro pasado.

Tal es la razón de que podamos afirmar que, si en algún sitio de estos tres libros (TF, HBH e IIPAC) Légaut piensa e indirectamente alude al grupo nacido en torno a Portal y a su evolución posterior, este sitio es “La llamada apostólica”, capítulo en que relaciona los bellos comienzos y su deriva posterior tanto de él y del grupo de sus amigos en el contexto de la Normal como el de tantos en seminarios y en centros de formación parecidos.

Un dato indirecto a favor de esto es que, diez años después, en 1981 y en DS, Légaut sí que introdujo la «amistad espiritual» entre las relaciones fundamentales del hombre <sup>(69)</sup>. Esto es significativo pues indica el sentido del silencio anterior que hemos relacionado con la marcha de Perret, con la de los otros camaradas antes, con el declive del grupo amplio del que hablaremos en seguida y con su propia decisión de casarse.

---

<sup>(69)</sup> Ver DS (2013), pp. 79-81; DS fr, pp. 82-4.

Estos datos (sobre todo, mención en DS de la amistad espiritual y silencio antes) prueban que hasta los ochenta años, los escritos de Légaut provienen de una actividad constante de autoconocimiento y de apropiación, lo cual no impide que probablemente alguno de los lectores, en alguna de las sesiones de la La Magnanerie, donde Légaut leía sus borradores a sus amigos antes de su publicación, le señalase a Légaut la ausencia de este elemento y él entonces lo integrase a partir de sus recuerdos <sup>(70)</sup>. Con todo, si nos fijamos en el lugar en que Légaut sitúa la «amistad espiritual», veremos que es después de las relaciones familiares fundamentales y antes de la paternidad y filiación espirituales, y no sin indicar que es raro que esta amistad se dé, lo cual implica que Légaut recordaba todavía las complejidades de aquellos años suyos juveniles.

## 2) MENCIÓN DE ESTOS HECHOS EN LOS LIBROS POSTERIORES

Aunque Légaut no incorporó la «amistad espiritual» hasta DS (1980), el silencio sobre la crisis de los años 30 cesó después de la publicación, en 1970-71, de los tomos I y II. Una vez hubo logrado Légaut llegar a un público suficiente según la forma discreta y abstracta que él mismo había esco-

---

<sup>(70)</sup> Para Antonio Machado, la actividad de la rememoración de la que habla Légaut en el capítulo 4 de HBH es semejante a la labor de las abejas, que hacen, «con las amarguras viejas, / blanca cera y dulce miel» (LIX). En este sentido, es significativo, por ejemplo, el modo como Légaut recuerda al final de su vida, en octubre de 1990, el destino de un antiguo camarada opuesto a él en su trayectoria y en su actitud ideológica. Légaut salva a su excompañero pese a su error, por razón de su indudable entrega, sincera y total. Este compañero, Guérard des Lauriers, fue dominico y fue de los que, junto con el P. Garrigou-Lagrange, denunciaron la "nouvelle théologie" de algunos jesuitas y dominicos franceses de los años cuarenta y cincuenta, como un nuevo brote de modernismo. Después, este excompañero fue colaborador de Monseñor Lefevre y, al final, Légaut tenía noticia de que formaba parte de un grupo cismático e iluminado con sede en España, en el que le habían ordenado obispo... Ver: *M. Légaut. au Payoursel*, ed. de X. Huot - ACML, pp. 18 y 64.

gido, comprendió, sin embargo, que debía hablar algo más de su vida porque sus lectores y sus entrevistadores lo pedían. Por eso los libros-entrevista inmediatamente posteriores hablan de los hechos de su juventud y de su primera edad adulta <sup>(71)</sup>. En este sentido, podemos resaltar dos datos de los libros-entrevista. Primero, que Légaut aún no menciona la marcha de Perret aunque sí habla de M. Portal en EML, de 1974 <sup>(72)</sup>. De hecho, EML es el primer libro en el que Légaut nombra a M. Portal y habla de lo que éste significó para él y para el grupo. El segundo dato es que Légaut en PPC, en 1976, menciona por primera vez la marcha de J. Perret. No obstante, lo nombra sólo una vez y sólo con sus iniciales: “J. P.” <sup>(73)</sup>. Hay que entender esta parquedad: hablar poco de algo no significa que no sea de lo más importante en la vida de uno pues a veces es al revés. Hay un momento en que Légaut dice de la marcha de Perret: «Esta última partida fue para mí más dramática incluso que la muerte de Monsieur Portal». Esta afirmación aparece al final de estos dos párrafos:

Trabajé mucho al comienzo con J. P. Durante siete años colaboramos de la forma más íntima. Él me abrió al ámbito de lo literario, a mí, pobre científico. Es una de las personas más religiosas que he conocido. Yo le llevaba cuatro años. Él todavía estaba en la Escuela cuando empecé a enseñar. Cuando acabó, lo nombraron profesor en Montpellier. Ha terminado su carrera profesional en la Sorbona. Con el tiempo evolucionamos en direcciones diferentes.

---

<sup>(71)</sup> OS, 1984 fue un último libro en esta dirección biográfica. Escrito por Thérèse De Scott, el propio Légaut siguió muy de cerca su redacción, sobre todo de la primera mitad, más biográfica. Los libros de Légaut-Varillon fueron más unos debates en torno a las ideas que entrevistas.

<sup>(72)</sup> En EML, p. 61; QR, p. 54, Légaut sólo menciona a Perret indirectamente a raíz del libro de meditaciones que escribieron juntos, *Oraciones de un creyente*, en 1933.

<sup>(73)</sup> De nuevo la tensión entre la discreción y la indispensable comunicación de lo necesario para que todo quede suficientemente dicho y nadie pueda verse inducido a error por falta de datos, al menos cuando considere el conjunto.

De mis compañeros, Martel murió en 1930; otro nos había dejado antes. El tercero se casó. De tal modo que, del núcleo inicial, quedé yo solo, soltero por convicción religiosa, en la que se mezclaban, hay que confesarlo, fuertes prejuicios espontáneos contra el matrimonio, cultivados por otra parte con no menos fuerza en los medios eclesiásticos de la época. *Esta última partida fue para mí más dramática incluso que la muerte de Monsieur Portal.* (74)

La redacción de estos párrafos es peculiar. Hay un cierto desorden que impide captar que el «J. P.», con el que Légaut trabajó «durante siete años» en el primer párrafo, es el «tercer» compañero del que, en el segundo párrafo, dice que «se casó» y lo dejó «solo, soltero por convicción religiosa, etc.». Por otra parte, las frases breves y telegráficas, que sin duda son propias de una respuesta a una entrevista, también pueden reflejar el embarazo de hablar en público, por primera vez, de aquella ruptura. En todo caso, se comprende que le costase si así fue el caso, dado que la marcha de Perret fue para él más dramática que la muerte de Portal y más si sabía que el interesado iba a leer aquello.

Porque lo de Perret, ¿fue abandono o partida? El término "abandono" subraya el posible punto de vista subjetivo de Légaut si bien él no utilizó este término. "Partida" es más objetivo e incluye el hecho físico de que Perret marchó a vivir a Montpellier por razón de su puesto en la universidad. Como decimos, el reconocimiento de lo dramático de la marcha de Perret en PPC (1976) fue lo primero que dijo Légaut en público. Antes, ya había hablado del carácter dramático de esta partida. Fue en 1962, en una charla cuya transcripción ocupa cincuenta y nueve folios y que se conoce como la "Historia del grupo" (75). Légaut abordó estos temas en 1962 para que todo quedara claro frente a otras dos versiones de la

---

(74) Ver: PPC (1976), p. 40 y PPC (1990), p. 52 (ver *CdDiaspora* 25 (2013), p. 44).

(75) Ver: "Historia del grupo" (*Historique du groupe*), pp. 36-37 y ver también una carta de J. Perret a Pierre Renevier, de fecha 13 de octubre de 1933, en fotocopia recibida de X. Huot en 2012.

historia del grupo, hechas por dos antiguos camaradas, G. Soulages y G. Rosset. Légaut, en aquella ocasión, entre otras cosas, habló con una sinceridad admirable sobre su vida afectiva y sobre su situación ante el grupo durante los años 30. Su relato prueba que tenía ya claro entonces lo ocurrido entre Perret y él, y el significado de lo sucedido. Faltaba resolver cómo hablar de ello en un libro, es decir, en público, y respetar la privacidad del amigo. Esto es lo que intentó en 1976, al contar lo sucedido con iniciales. Légaut contó así la “anécdota” de suerte que el lector pudiera captar mejor lo que d’orianamente llamaríamos la “categoría”.

Ahora bien, dado el impacto de esta partida en la crisis de Légaut (crisis que luego él interpretó como saludable pues lo llevó, poco a poco, a ser capaz de romper amarras cuando llegó el momento y las fuerzas surgieron), podemos subrayar cinco detalles de estos dos párrafos. Primero, el elogio de J. P. por parte de Légaut: «es una de las personas más religiosas que he conocido». Segundo, la complementación entre ambos de cara a su tarea: «me abrió al ámbito de lo literario, a mí, pobre científico» <sup>(76)</sup>. Tercero, el distanciamiento posterior por razones que quizá ya apuntaban

---

<sup>(76)</sup> La importancia del papel de Perret junto a Légaut puede apreciarse por un dato concreto que, en una nota anterior, hemos mencionado de paso: fue coautor del primer libro firmado por Légaut (*Oraciones de un creyente*, de 1933). El libro surgió de una de las actividades nucleares del grupo a la que les había animado M. Portal (meditar juntos los Evangelios) porque fue efecto de la difusión de estas meditaciones. Luego Légaut publicó dos libros más que lo ayudaron a entrever la posibilidad de dedicarse a escribir más que al grupo (*La condition chrétienne*, de 1937, y *La communauté humaine*, de 1938). Cuando se publicó el tercero, el primero había llegado, en cinco años, a la edición vigesimosexta y el segundo, a la novena. Por su parte, J. Perret fue un intelectual prestigioso; profesor en la Sorbona y especialista conocido de Virgilio (ver su libro *Latín y cultura*, Brujas, DDB, sin fecha). Fuera de su especialidad se le conoce porque fue quien propuso, en 1955, en una carta al presidente de IBM de Francia, traducir "computer" por “ordenador” (*ordinateur*). La Wikipedia en inglés añade que Perret precisaba que esta palabra provenía del léxico filosófico-teológico.

entonces: «con el tiempo evolucionamos en direcciones diferentes» (77). Cuarto, que, supuesto que Perret había jugado un papel tan importante en el grupo y en su propia evolución, era inevitable que tuviese que mencionarlo y de ahí las iniciales que, por cierto, en la reedición de PPC en 1990, dieron pie a un pequeño error tipográfico que comentaremos en el siguiente apartado. Y quinto y último elemento: que lo que más nos puede interesar de esta crisis, en relación con “La llamada apostólica”, es que Légaut reconoce lo peculiar de su situación al final del segundo párrafo:

... soltero por convicción religiosa [en la que] se mezclaban, hay que confesarlo, fuertes prejuicios espontáneos contra el matrimo-

---

(77) Perret evolucionó, por su temperamento y su carácter, hacia posiciones menos radicales que Légaut y menos críticas o proféticas ante la Iglesia y la doctrina, tal como confirman dos cartas inéditas suyas que en otro momento publicaremos. Sin embargo, en lo que atañe al grupo, J. Perret continuó pensando en fundar, junto con su mujer, una comunidad en Montpellier (su lugar de destino) al estilo del piso que el grupo tenía en París. Así lo dice en una carta dirigida a Pierre Renevier el 13 de octubre de 1933, en vigilia de su boda, donde también habla de su relación con Légaut, que espera reconstruir (ver nota 75). En todo caso, Légaut y Perret aún colaboraban en los años 50 en la Parroquia Universitaria, presidida por Roger Pons, amigo de ambos pero sobre todo del segundo. Por eso podemos conjeturar que, aparte de sus diferencias psicológicas, su manera de evaluar el cristianismo, aunque podía ser ya incipientemente diferente en los años 50, resaltó más después del Concilio Vaticano II. En 1971 (es decir, por las mismas fechas de la publicación de HBH y de IIPAC), Perret participó, con algunos otros conocidos y antiguos del grupo, en el movimiento de intelectuales católicos franceses denominado "*Fidelité et ouverture*", cuyo primer congreso se celebró en Estrasburgo. En él participaron, por ejemplo, J. Guittou, G. Marcel, G. Soulages, H. De Lubac, J. Danielou, M. Nédoncelle, O. Cullman y Y. Congar. El objetivo era salir al paso de los excesos de algunas tendencias del primer postconcilio, sin duda debidas, al menos en parte, al corsé anterior, de tantos años, cosa que este grupo tendía a olvidar, así como a la excesiva prudencia de Roma al aplicar las directrices del Concilio. Un libro de 1972 (Ligugé, Mame), con el mismo título del Congreso, recoge las comunicaciones y las ponencias de éste.

nio, cultivados por otra parte con no menos fuerza en los medios eclesiásticos de la época.

Estos «medios eclesiásticos», ¿no son los que Légaut examina en «La llamada apostólica» pues en ellos predomina una concepción de Dios separado e incluso a veces hostil a lo humano, además de una forma ideológica de comprender la vida espiritual que podemos denominar “jansenismo”, junto con una comprensión legalista del monaquismo, los votos, los consejos e incluso las bienaventuranzas? De ser así, esto corroboraría, una vez más, que el trasfondo biográfico de este capítulo fueron los años 20 y 30 de la vida de Légaut.

### 3) UN ERROR TIPOGRÁFICO

Hemos dicho que comentaríamos un pequeño error tipográfico en la segunda edición de PPC en 1990, a raíz del uso de “J. P.” en lugar de “Jacques Perret” en 1976 y ya dijimos que sólo en esta ocasión Légaut empleó iniciales por razón de discreción: Perret vivía todavía pero Légaut creyó que, para que se comprendiese bien su itinerario, tenía que mencionar lo que supuso para él la marcha del amigo. Como el tema era delicado y Perret había seguido un camino distinto en el plano de las ideas, Légaut optó por el uso de las iniciales: así no decía de quién hablaba pero sí que lo hacía de alguien que sólo los amigos podrían identificar.

¿En qué consistió el error? La primera edición de PPC (de 1976, reeditada en 2000), dice en su p. 40: «*J'ai beaucoup travaillé au début avec J. P. Durant sept ans nous avons collaboré de la façon la plus intime...*». Entre las iniciales hay un espacio en blanco, lo que indica que "J." es inicial de nombre (Jacques) y "P.", inicial de apellido (Perret). Sin embargo, en la segunda edición de PPC, que es de 1990, pero que no se hizo con las mismas planchas porque Légaut revisó todo su texto, se introdujeron dos sutiles variantes en la página 52: a) El copista suprimió el espacio en blanco entre "J." y "P.", con lo que las iniciales

"J.P." pasaron a parecer las de un nombre compuesto y b) esto arrastró al copista a interpretar que el punto de "P." no tenía dos funciones, una de inicial y otra de punto y seguido y, por tanto, creyó que "Durant" era el apellido de "J.P.", y esto, a su vez, debió de llevarlo a c) introducir una coma después, como signo de final de oración, con lo que "Durant" pasó a ser apellido: «*J'ai beaucoup travaillé au début avec J.P. Durant, sept ans nous avons...*» ("Trabajé mucho al comienzo con J.P. Durant, siete años colaboramos etc."). Tal es el error si bien el copista hubiese tenido que hacer dos cosas más para ser coherente: d) sustituir la coma de detrás de "Durant" por un punto y poner "Siete" en mayúscula. Este error de imprenta, como puede verse, no es importante pero confirma que los dos párrafos citados antes son oscuros para quien no conoce la historia del grupo, aparte de, como los copistas y la gente de artes gráficas trabajan a presión por las fechas de entrega y por las correcciones que se les acumulan, errores así son inevitables dado el "factor humano" que, por otra parte, es tan importante para remediar otras cosas que las máquinas no remedian <sup>(78)</sup>.

### 3. *El declive del grupo amplio y la crisis de M. Légaut*

#### 1/ EL GRUPO AMPLIO

Al comienzo del apartado anterior hemos señalado el declive del grupo amplio como uno de los dos elementos que

---

<sup>(78)</sup> A propósito de errores tipográficos, un académico de la RAE, editor avezado, no hace mucho contaba un caso curioso de errores en cadena, debidos al exceso de celo, de la siguiente manera: «un novelista español de nuestros días comparaba una vez la mollera de cierta semióloga con "el arca de Noé". La tinta se corrió un poco en esa línea, y una secretaria, al pasarla a máquina, mecanografió: "el arpa de Noé". El tipógrafo se dijo: "No, 'el arpa' no era de Noé...". De modo que no dudó en imprimir "el arpa de David"...», con lo que la semióloga acabó recibiendo un enigmático elogio (que su mollera era como el arpa de David) de quien había querido dirigirle, más bien, una puya» (Ver: Francisco RICO, *Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, 1990, p. 302).

desencadenaron la crisis subterránea de Légaut en los años 30 (el otro elemento fue la partida de Perret). El grupo amplio era parte esencial de la vida de Légaut pero, aunque externamente se consolidaba y crecía, internamente perdía vigor, sobre todo en su aspecto de búsqueda espiritual e intelectual a la vez y esto desmoralizaba a Légaut porque era un rasgo esencial del proyecto concebido con M. Portal.

Sobre este declive, menos evidente que el final del grupo reducido, hay una frase de Légaut, de 1945 que, al leerla recuerda un párrafo de “La llamada apostólica” que ya hemos citado antes pero que debemos que recordar que es de 1970. La frase de 1945 sobre el grupo es ésta:

Ver cómo, con el tiempo, un bello comienzo se funde en una realización mediocre es una constatación desconsoladora que da mucho que pensar. <sup>(79)</sup>

Y el párrafo de “La llamada apostólica” citado antes es el que empieza:

«No hay grupo joven más rico en esperanzas que el de los seminarios... Sin embargo, hay que reconocer que lo que suele suceder es que estos bellos comienzos, estas excepcionales posibilidades acaban en un relativo fracaso con bastante rapidez...».

La semejanza entre la frase y el párrafo se corresponde con la semejanza entre dos declives que merecen un juicio parecido: juicio declive del grupo amplio emitido en 1945 y juicio del declive de los grupos de jóvenes que comienzan su camino en los seminarios. La semejanza de los textos y de los juicios establece la semejanza entre los grupos y prueba, una vez más, que la reflexión de Légaut sobre lo vivido por él en los años 20 y 30 es el trasfondo del capítulo penúltimo de IIPAC. Légaut, sin haber sido religioso cree que puede hablar de este tema por experiencia. Légaut habla de tiempos de for-

---

<sup>(79)</sup> Ver: «Lettres des Granges», n° 2, § 4 (enero-febrero de 1945) en: *M. L. ou le rêve d'une communauté, Cahier VII*, éd. X. Huot-ACML, sin fecha, pp. 47-8.

mación y de grupos parecidos aunque unos sean expresamente religiosos e institucionales y su grupo sea un grupo de laicos jóvenes que, como católicos, viven en un contexto definido: el mundo de los cuadros de la enseñanza pública francesa.

Para abundar en esta semejanza, recordemos una frase que alude al parecido entre el clima de un seminario y el clima de la ENS. Dice Légaut en la «Historia del grupo» de 1962:

Éramos seres abstractos, que consagrábamos la mayor parte de nuestro tiempo al estudio dado que entonces apenas si se salía de la Escuela. Era casi un monasterio...

Y antes, en 1952, Légaut evoca lo prometedor de aquel tiempo de la siguiente manera:

Pasar por la Escuela Normal Superior deja un recuerdo feliz en la memoria de todo alumno de la misma. Especialmente para nosotros, los cristianos de aquella Escuela, este período continúa siendo una etapa excepcional de nuestra vida religiosa. El grupo Tala, M. Portal, las amistades cristianas anudadas en aquella época dieron a estos pocos años de nuestra juventud lo esencial que hubo que hacer fructificar durante toda la vida de después. <sup>(80)</sup>

Pese a este entorno estimulante, poco a poco vino el declive del grupo sobre todo en lo intelectual, tal como decimos. Una causa de este declive fue el aumento del número <sup>(81)</sup> y

---

<sup>(80)</sup> "Testimonio sobre M. Portal" de 1952 (en este *Cuaderno*, p. 11; ver la referencia más arriba, notas 12 y 15). Gabriel Rosset (de la Normal de maestros) corrobora, en sus memorias, que la Escuela fue para ellos, futuros educadores de la enseñanza pública francesa, como un *seminario laico* en el que vivieron un clima exigente, de estudio y de encuadramiento, que complementaron con la asistencia asidua al grupo que los reforzaba en un cristianismo que tenían que vivir de forma un tanto clandestina.

<sup>(81)</sup> En verano llegaban a reunirse alrededor de ochenta personas en las casas de vacaciones que alquilaban en Auvernia (Chaufaufaud y Scourdois). Pasaban el verano casi completo los más dedicados al grupo, y el resto iba una o varias semanas. Lo mismo sucederá en Les Granges desde 1947 y luego en La Magnerie de Mirmande, desde 1965.

otra causa fue la formación de parejas que, sin embargo, era un hecho bien visto y a integrar. Las jóvenes de la Normal de magisterio se habían incorporado al grupo y, con el tiempo, la gente se fue casando y continuando en el grupo.

Ahora bien, para apreciar esta novedad hay que recordar el contexto: los grupos juveniles católicos de entonces no eran mixtos y tampoco lo eran los centros de formación como las Normales. El grupo amplio de Légaut comenzó a ser mixto muy pronto, en 1927, cosa novedosa para la época y que ellos asumieron gracias a ser eclesiásticamente independientes, tal como M. Portal les había inculcado. Conviene recordar aquí un fragmento de una Encíclica de 1929 para ver lo novedoso que era entonces un grupo católico que fuera mixto:

Igualmente ha de tenerse por erróneo y pernicioso para la educación cristiana aquel método de formación de la juventud que llaman vulgarmente coeducación... Uno y otro sexo han sido constituidos por la sabiduría de Dios para que, en la familia y en la sociedad, se completen mutuamente y formen una conveniente unidad, y eso justamente por su misma diferencia de cuerpo y alma, que los distingue entre sí, diferencia que, por tanto, debe mantenerse en la educación y formación, y hasta favorecerse por la conveniente distinción y separación, adecuada a las edades y condiciones. Y estos preceptos, que dicta la prudencia cristiana, han de guardarse en su tiempo y ocasión, no sólo en todas las escuelas, señaladamente durante los años inquietos de la adolescencia, de los que depende totalmente la marcha de casi toda la vida futura, sino también en los ejercicios de gimnasia y deporte, en los que debe atenderse de modo peculiar a la cristiana modestia de las niñas, de las que gravemente desdice cualquier exhibición y publicidad a los ojos de todos... <sup>(82)</sup>

La razón de continuar las parejas en el grupo era que éste seguía siendo útil dado que los enseñantes católicos se movían

---

<sup>(82)</sup> Fragmento de la Encíclica de Pío XI, *Divini illius magistri*, de diciembre de 1929, sobre la educación de la juventud. Denzinger, 1963, pp. 543-4, n.º 2215. Recuérdese que 1929 es el año de los Pactos de Letrán con Mussolini que merecieron el rechazo de F. G<sup>a</sup> Lorca en su “Grito hacia Roma”.

en un medio laico un tanto hostil. Pero es que, además, la formación de parejas favorecía otro rasgo positivo y querido por el grupo que se concebía a sí mismo como una realidad que debía durar más allá de la época de la juventud de quienes lo comenzaron: era bueno que reuniera gente de diferentes edades y generaciones y que incluyera a familias <sup>(83)</sup>.

## 2/ UN JUICIO CRÍTICO PERO UN JUICIO ABIERTO

1. Légaut, que se había quedado solo como líder de todos, fue teniendo la impresión de quedar cada vez más absorbido por la tarea de atender a un buen grupo “parroquial”, de creciente espesor en número y en variedad de edades y de situaciones pero cada vez menos interesado en la práctica por una búsqueda expresamente intelectual y espiritual, tal como había sido la idea del comienzo. Poco a poco había desaparecido lo que inicialmente había diferenciado al grupo frente a otros en que primaba la acción social, como era el caso de los «Equipos sociales» liderados por Robert Garric, otro laico de los años 20, también influido por M. Portal quien, sin embargo, opinaba que Garric se había precipitado al decidir dedicarse a la acción demasiado joven <sup>(84)</sup>.

Ahora bien, este cambio en la finalidad del grupo no sólo llevó a Légaut a diagnosticar el declive del mismo sino a juzgar que él había fracasado, que había sido incapaz de mantener lo que M. Portal había logrado y le había encomendado continuar. M. Portal había sido centro de una amplia comunidad con unos objetivos y Légaut no pudo serlo y ello se debió, en parte, a su empeño en darle una forma monástica que, sin embargo, fue útil al comienzo:

---

<sup>(83)</sup> Légaut refleja muy bien el clima general del grupo en su escrito sobre Jean Guitton, ver en este *Cuaderno*, p. 19-21 («Dans un siècle ou deux, quand un nouveau Bremond...», *Montalembert*, n° 4-5, París, 1963, pp. 320-322).

<sup>(84)</sup> Sobre la diferencia entre los grupos de Garric y de Légaut, ambos en la estela de M. Portal, ver: LADOUS, 1985, pp. 349-357.

El proyecto [de la comunidad] se fue modificando a lo largo del camino. Yo tenía una visión muy monástica que no se realizó. La dificultad que yo no superé fue, para el grupo, a medida que se desarrollaba, la de mantener el vigor religioso de partida. La experiencia demuestra que hay pocos hombres que sean capaces de reunir y de hacer vivir un grupo que guarde la creatividad de los orígenes, de forma que dure lo suficiente como para arraigarse. Yo no fui digno de ello» <sup>(85)</sup>.

2. Esta impresión suya de fracaso está presente cuando habla en “La llamada apostólica” de una situación de desequilibrio parecida a la suya que se da en bastantes sacerdotes:

... [un] secreto desequilibrio se da en la mayoría de quienes [sacerdotes] no son centro de una reducida comunidad de fieles profundamente religiosos. <sup>(86)</sup>

Como contraste ante este «secreto desequilibrio» y como fruto de sus años posteriores en Les Granges, Légaut habla de una experiencia opuesta en el capítulo siguiente, “La obra espiritual”. En dicho capítulo indica el sentido que confiere, a una vida entregada, el hecho de conocer una auténtica comunicación que, para Légaut, consiste en tener algunas relaciones de paternidad y de filiación ni que sean mínimas y sin importar que se den al margen de cualquier coincidencia confesional:

Cuando se lleva recorrido un largo trecho de la vida, uno no ha de extrañarse de encontrarse solo, ni ello ha de ser motivo de reproche para quienes no han seguido el mismo camino o lo han recorrido a un paso distinto. ¡Dichoso si encuentra un anciano que le haya precedido en el camino y lo sostiene con su paternidad religiosa. Dichoso si, con bastante rapidez, promueve en torno suyo una posteridad espiritual; si se encuentra estar en el origen de algunos grupos, por mínimos que sean, incluso no cristianos, pero que invisiblemente estén en vías de llegar a serlo pues, cuando se está

---

<sup>(85)</sup> Ver *CdDíaspóra* 25 (2013) p. 45; PPC (1990), p. 52.

<sup>(86)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, pp. 55-6; IIPAC, p. 360; CIF 2013, p. 207.

en camino, ya se es. Ojalá todo esto sea sostén de su alegría y confirmación de su misión! <sup>(87)</sup>

Légaut conoció esta comunicación espiritual en Les Granges ya antes de publicar pero luego aún más. Sin embargo, en los años 30 tan sólo intuyó que la escritura podía ser una vía de comunicación más allá del grupo y del desarraigo que él sentía en medio de él. Con todo, de cara a comprender mejor el contenido de “La llamada apostólica”, debemos subrayar dos cosas más. En primer lugar, que, como ya hemos dicho, la semejanza de situaciones (la suya en los años 30 y la de bastantes sacerdotes, de la que habla en 1970) prueba no sólo el trasfondo biográfico desde el que Légaut escribe este capítulo sino que la relación de paternidad y filiación es central en su reflexión. Y, en segundo lugar, que Légaut vivió su «*secreto* desequilibrio» a cuerpo gentil, en puro laico, es decir, sin mandato, sin ministerio, sin profesión pública y sin una comunidad que fuese algo estable gracias a un mínimo de institución.

Ahora bien, si por razón de esta intemperie llegó a su propia situación límite falto de ayudas también es verdad que, por eso mismo, llegó a ella falto de subterfugios y esto le permitió, no sin que la Guerra facilitara las cosas de forma decisiva, no sólo remontar el callejón sin salida en el que se encontraba sino hablar de él como lo hizo, es decir, señalando sin resentimiento que, salvo «raras» y «felices» excepciones, muchas personas se pierden en una situación así, por haber comprometido su vida demasiado pronto, antes de conocerse y de poseerse, lo cual comporta entregarse de forma tan radical y concreta a una obra que, entonces, uno acaba por absolutizar y endiosar dicha obra poco a poco y como sin caer en la cuenta de que lo hace pero de manera que, entonces, la dedicación a ella pasa por delante de la búsqueda espiritual (de sí mismo, de los otros y en definitiva, de Dios), cosa que a la Institución religiosa no le

---

<sup>(87)</sup> Ver CIF 2013, pp. 246-7; IIPAC p. 392.

importa sino que lo admite y bendice pues la endiosa de paso a ella y no cuestiona su propia ceguera respecto de su propio extravío. ¿No es acaso ésta la razón de que Jesús, en el capítulo 23 del evangelio de Mateo, llame a los fariseos “guías de ciegos” e “insensatos y ciegos”, y de que el Prólogo de Juan diga que la luz vino a los suyos y que éstos no la recibieron?

3. Una confusión así no es cosa de dos días sino que sucede poco a poco, tal como decíamos. Légaut, en su caso, ve que se manifiesta en el hecho de haber perdido interés por las matemáticas, la ciencia y la enseñanza, lo cual lo deja en falso, con ganas de abandonarlo todo y de cambiar de actividad. Esta pérdida de interés por su oficio comenzó, según él, no mucho después de su tesis, y se debió, en gran parte, a su dedicación al grupo pero, de fondo, a que aún pervivía en él una idea de otro tiempo acerca de lo que es la dedicación al tema espiritual, que es lo que señala en “La llamada apostólica”. Sólo veinte años después, tras los primeros años de Les Granges, Légaut escribe y habla de su situación de los años 20 y 30 y escoge, para hacerlo, empezar por su actitud ante su profesión, antes de continuar por su actitud ante el grupo. Primero examina la pérdida del gusto por su profesión y luego examina la absolutización del grupo.

Ambos análisis son, a nuestro modo de ver, fragmentos decisivos de su escritura. Por eso vamos a citar algunos fragmentos aunque éstos quedaron inéditos por estar en la segunda carta de las cinco escritas «desde Les Granges», que Légaut envió al grupo en enero-febrero de 1945, cuando terminó la Guerra, la gente volvió a viajar y los amigos planearon volver a reunirse y volver a empezar tras celebrar, primero, un breve retiro en Montmartre.

4. El primer fragmento es una síntesis de cinco párrafos en que Légaut habla de su crisis ante la universidad: la institución civil ante la que se planteó unos conflictos que otros pueden experimentar de modo parecido, ante una institución religiosa o un grupo confesional, pues éste implica una cierta confusión

entre tres realidades que conviene distinguir aunque no se puedan separar: vocación, función y misión. Recordemos, a favor del parecido que indicamos, que los interrogantes ante la dedicación universitaria fueron, como ya dijimos, lo único que le llegó al lector, a través de la «Confesión de un intelectual», escrito que, por esta razón, pudo inducir a apreciaciones si no equivocadas sí incompletas dado que el lado católico de la vida de Légaut quedó sin ser contado hasta que los libros-entrevista y los otros documentos lo hicieron <sup>(88)</sup>.

Con veinte años yo era un estudiante apasionado por el estudio de las matemáticas [...]. A decir verdad, si al principio fui un profesor aceptable, enseguida me volví un investigador estéril y, lo que es peor, pronto perdí el interés por mi ciencia [...], lo cual era absolutamente necesario para hacer bien mi trabajo y encontrar en él los elementos de estabilidad, armonía y plenitud que, en el plano natural, son tan necesarios para el edificio sobrenatural [...]. [...] No se trata sólo de la observancia moral del deber de estado. Me refiero a la interdependencia casi física entre el oficio y la vida espiritual, entre el don de sí que el hombre hace en el trabajo y el don de sí a Dios. Reducir el oficio a un simple medio de sustento es un grave error. Reducirlo a ser el medio por el que uno adquiere la libertad de hacer otra cosa, aunque sea la mejor, es también un grave error. Si el hombre no recibe de su trabajo, a lo largo de su vida, [...] un apoyo para toda clase de virtudes naturales, le falta la consistencia sin la que la obra sobrenatural siempre será vaga y ambigua. [...] A decir verdad, yo no tenía oficio ni tampoco la gracia de estado de un hombre consagrado a Dios. [...] En estas condiciones, perseverar en un oficio cuyo sentido humano se ha perdido [...] no es digno de un hombre y es, además, pecar en el orden del espíritu. [...] Para curar esta herida por la que mi alma cristiana se agotaba, tenía que encontrar un trabajo que fuese verdadero para mí, en el que pudiese creer y entregarme a fondo [...] (§ 5-9)

---

<sup>(88)</sup> Entre los amigos circulaban copias de las “Cartas desde les Granges” de 1945. Th. De Scott publicó algunos fragmentos en OS 1984, junto con otros fragmentos de cartas inéditas que luego Xavier Huot recopiló en: *M. L. ou le rêve d'une communauté*, Cahier VII. La AML, tras publicar la Hª del grupo en los *Boletines de la Diáspora* de 2021, va a publicar estas cartas en 2022.

Los párrafos posteriores no son menos notables. Légaut va más a fondo en su crisis y, aunque no menciona la cuestión de Perret ni la de su vida afectiva, aborda el punto ideológico que ya hemos enunciado: su «idolatría» del grupo.

Pero vayamos más lejos. A nuestro grupo, yo lo he querido en exceso, con un amor exclusivo [...]. Obra de mi vida, se convirtió en el centro de la misma. Creció hasta ser el apoyo de mi vida. Dios quiere ser, él solo, el apoyo y el centro de la vida de los suyos. La obra que se hace por Dios, aunque se haga por estar llamado [...] a hacerla, debe permanecer en segundo plano. Es una desviación terrible sustituir, poco a poco, en el alma, a Dios por la obra de Dios. [...] De este modo se acumula un débito tanto más gravoso y abocado a la quiebra cuanto más valor se tiene para demorar la fecha de su vencimiento. Al final hay que ceder. Y, si no llega a faltar el valor para consentir en un nuevo sacrificio de repente, es el mismo suceso de actuar y de vivir el que se ve afectado. El escepticismo sucede a la idolatría. No es pequeño el vértigo que le coge a uno a los cuarenta años cuando se ve sin familia, sin nadie verdaderamente cercano, sin entorno de veras consistente, en medio de un grupo al que todo dispersa y al que mil encuentros sumergen, mientras, durante quince años, [...] se ha hecho de él la familia de uno, la comunidad fraterna que debe permanecer toda la vida unida, completa, densa, religiosa; donde es bueno vivir porque uno se siente en ella comprendido, querido, rodeado y ayudado, sin separación posible y para siempre [...]. [...] Nunca hubiera tenido el valor de dejar esta obra [...] si la guerra no hubiese venido a arrancarme de ella. Cuando miro al pasado, veo que hubiera tenido que partir en varias ocasiones antes [...]. (§ 10-11)

A nuestro modo de ver, este momento y esta toma de conciencia son capitales en su itinerario y de cara a su obra. La distinción cortante, urgente, exigente, que Légaut establecerá, no como intelectual sino como espiritual, es decir, no como hombre de doctrina sino de itinerario, entre creencias y fe, entre ideas sobre Dios y Dios mismo, y entre pertenencia indispensable a un cuerpo social religioso, y fidelidad a sí mismo y a Dios, remite a este momento que no es tal pues es todo un camino recorrido en los años 30 y concienciado y for-

mulado en los primeros años 40. De este “momento” de años, surgirán sus análisis sobre las ideologías y sobre la etapa ideológica de toda vida humana. Tal como Légaut había dicho: «ver cómo, con el tiempo, un bello comienzo se funde en una realización mediocre es una constatación desconsoladora que da mucho que pensar». Sin embargo, el tiempo no siempre lleva en todo al deterioro. El tiempo da cabida al ejercicio de «pensar» (y «mucho») y esto lo que le permitió a Légaut poder dar un giro a su «constatación desconsoladora» de una «mediocridad» en que había terminado un «bello comienzo». Por eso las cartas desde les Granges terminan de forma abierta y su juicio de cara al futuro queda en suspenso:

Las rupturas, las faltas, los sufrimientos del corazón, todo debe unificarse en el presente. Vejez es voluntad de renegar del propio pasado [...]. Juventud es tomarlo y unificarlo sin vacilación ni rechazo [...]. Yo fui un suscitador de almas. Ahora ya no me creo necesario. Pero puedo estar cerca y ayudaros a retomar las cosas y unir el pasado al presente. [...] El grupo no es sólo un bello recuerdo, es una realidad en potencia. <sup>(89)</sup>

### 3/ ELEMENTOS DE ESTE JUICIO CRÍTICO PERO ABIERTO

Légaut entreveía por dónde podía apuntar el cambio de su vida antes de estos párrafos que incluyen su confesión de haber absolutizado el grupo y su juicio abierto sobre las posibilidades del mismo. Hay ahí tres elementos (trabajo manual, escritura y mundo de los afectos) y nos extenderemos en el tercero por ser el más crucial para él en aquellas fechas.

#### *1- El trabajo manual y la vida comunitaria*

La idea de que el grupo incorporase el trabajo manual ya había surgido y ya se había comenzado a practicar en los últi-

---

<sup>(89)</sup> Del final de la intervención de Légaut en Montmartre. Ver: *M. L. ou le rêve d'une communauté*, Cahier VII, edición de Xavier Huot-ACML, sin fecha, p. 70.

mos veranos de antes de la Guerra. En 1976, el propio Légaut recordará:

Si en 1940 compré Les Granges, no fue sólo porque quería retomar personalmente un trabajo manual sino porque también pensaba que este tipo de trabajo, hecho en grupo, era indispensable para que una comunidad viviese su equilibrio, encontrase un segundo aliento y redescubriese el fervor del comienzo, convenientemente adaptado a las condiciones nuevas. <sup>(90)</sup>

Estas líneas confirman lo escrito treinta y seis años antes, en una carta de 1940, donde sigue presente el ideal de una comunidad laica y de familias:

En cuanto a mí [...], si, dentro de algunos años, se instalan, de una forma u otra, algunas familias, aunque sólo sean jubilados, en una comunidad cristiana y campesina, esto me compensará... <sup>(91)</sup>

## 2- *Escribir y publicar*

Por otra parte, su actividad como escritor, que había continuado sin Perret, comienza a decirle más que su papel en el grupo. En un párrafo que citaremos en el siguiente punto (primeros fragmentos), encontramos esta frase esclarecedora:

Sólo escribiendo encuentro una especie de compañía. Pensando en un público, encuentro la paternidad que necesito.

## 3- *El mundo de los afectos, el amor humano y el seguimiento*

En las dos líneas recién citadas, la escritura va unida al mundo de las relaciones y afectos que están en lento movimiento en Légaut por esas fechas. Es algo muy personal que, sin embargo, Légaut creía que, cualquiera que fuera la salida que le diese a su vida, iba a repercutir en el futuro del grupo

<sup>(90)</sup> Ver *CdDiaspora* 25 (2013), p. 48; PPC (1990), p. 55.

<sup>(91)</sup> Tomamos esta cita, sin fecha, de: OS 1984, p. 84. Ver la carta completa a Marie-Anne Fevre en: *M. Légaut., sa pensée et ses "camarades"*, Tome I, éd. X. Huot, 2017, p. 106.

pues éste tenía una idea muy establecida de su papel de líder célibe en medio de ellos. Sin embargo, él estaba empezando a cambiar al sentir que, a través de la escritura, encontraba «una especie de compañía» y una «paternidad» que reconocía necesitar y que ni se planteaba sacrificar. Por consiguiente, nos detendremos en este punto por su importancia en el cambio que Légaut estaba viviendo y porque afrontarlo y vivirlo fue la base desde la que pudo escribir su obra y, en concreto, “La llamada apostólica”.

*4. Fragmentos sobre el mundo de los afectos, el amor humano y el seguimiento de Jesús*

Antes de presentar las citas de Légaut que nos parecen más relevantes, la importancia del tema justifica que comencemos insertándolo dentro de una consideración amplia de lo que ha sido el cristianismo. En este sentido, así como algunos caracterizan el cristianismo de nuestro tiempo como el fin de la era constantiniana o de cristiandad y con ello se refieren al final de la unión de lo religioso y de lo político de un modo que ha durado demasiados siglos, así también nosotros, a partir de la conocida expresión de Erasmo «*monachatus non est pietas*» y de nuestra reflexión sobre Légaut insistimos en que el cambio actual del cristianismo, al menos del católico, es en cierto modo hacia adentro, guarda relación con lo que atañe a la vida espiritual de todos y consiste en el fin del predominio del modelo monástico o regular o clerical de concretar el discipulado y el seguimiento. En este sentido, la aportación de Légaut es capital porque no se queda en adaptaciones y va a fondo. Si critica los efectos del predominio del modelo monástico, religioso o regular es, sobre todo, porque insiste en que el seguimiento y el discipulado son una llamada personal, de fondo, dirigida a todos y cada uno de los cristianos, por razón de su bautismo, que ellos son los que deben decidir cómo concretar. Légaut enfatiza, además, que la base de este predominio es una concepción de Dios que está cesando del

mismo modo que podría cesar la confusión entre fe y creencia en unas creencias cuya distinción potencialmente ya está presente en muchos.

### 1. *Primeros fragmentos*

Hay una carta, fechada en noviembre de 1936 y dirigida al P. Charles Racine (un joven jesuita matemático que el P. d'Ouince le presentó y que partió poco después hacia la India), en la que Légaut habla de los cambios que entrevé para sí. No es fácil que alguien pueda explicar lo que le pasa mientras lo vive, sobre todo si esto le exige replantearse aquello en lo que ha centrado su vida hasta entonces. Sin embargo, Légaut se esfuerza. Por eso es notable lo que dice pese a que necesitará de la guerra y de un período de bastantes años para consolidar su nueva forma de ser <sup>(92)</sup>. He aquí un primer párrafo donde reencuentramos lo que supuso superar su forma de estar unido a Perret y el lugar de la escritura en relación con sus afectos:

Una segunda realización que cuenta mucho para mí es acabar mi segundo libro, *La condición cristiana*. [...] Por ahí, más que por el grupo, me siento llamado a dar fruto. El grupo ya no es para mí lo que era: una comunidad que me ayuda a vivir, una colaboración intelectual. Desde la marcha de quien usted ya sabe, y debido a la formación de parejas por otra parte estupendas, pero que tienen su ritmo propio, me siento llamado a superar el grupo, igual como he tenido que superar el afecto que sentía por mi amigo, de manera que llegue a no apoyarme ya más ni en uno ni en otro para vivir. Ésta es una de las partes más dolorosas de mi vida. Sólo escribiendo encuentro una especie de compañía. Pensando en un público, encuentro la paternidad que necesito [...]. <sup>(93)</sup>

El Légaut maduro comienza a despuntar. Pese a estar más lejos de lo que él se cree de su paternidad a través de la escritura, el horizonte está más claro: se trata de asumir las propias

<sup>(92)</sup> Ver: EML, pp. 46-7; QR, pp. 39-40.

<sup>(93)</sup> Carta al P. Racine, 4 de noviembre 1936, Th. De Scott (1984) pp. 75-77.

cuestiones, de resolver sus propios problemas o de intentarlo haciéndose cada vez menos trampas y yendo más al fondo. Tal es la condición de una "paternidad espiritual" según Légaut mismo declara en dos fragmentos, de 1974 y de 1980:

Para ser padre espiritual en el sentido fuerte de la expresión, uno tiene que haber resuelto sus propios problemas y haberse planteado las preguntas básicas tal como se plantean en su tiempo y no como se planteaban antes. Dicho de otro modo, hay que haber hecho un camino que no coincide exactamente con el de ninguna otra persona pero que, sin embargo, está en la dirección que conviene para que uno pueda encontrarse a sí mismo. El padre espiritual no busca discípulos. Es padre espiritual por ser lo que él es. Sin saberlo, hace que nazcan discípulos a su paso. Es como lo que hace el sembrador. Uno (...) es padre espiritual ... [si es] ... un hombre que ha asumido sus propias cuestiones y que ni hace trampa ni se hace trampa. <sup>(94)</sup>

En la sociedad de los espirituales no hay rangos: cada uno es único y nadie es comparable con nadie. Paternidad y filiación espirituales son relaciones que no se fundan en una jerarquía. El hombre necesariamente ha de conocer personalmente la filiación y la paternidad para alcanzar a lo largo de su vida la plenitud que le es propia. <sup>(95)</sup>

## 2. Segundo grupo de fragmentos

Retomemos la carta de 1936 al P. Racine en el punto en que Légaut describe su situación y el fin de la larga etapa que él intuye que va a llegar aunque no sabe cuál va a ser:

Un peligro para mí: el endurecimiento. Lo siento con fuerza. Durante estas vacaciones en Chadefaud, he conocido, por primera vez, una lasitud que rebasaba lo psicológico, un deseo de huir, de seguir un camino solitario, en contacto inmediato con la naturaleza salvaje. Ignoro por completo lo que esto presagia. Literalmente, mi vida es demasiado independiente respecto de los marcos sociales como para conocer estabilidades impuestas desde fuera. Me siento

---

<sup>(94)</sup> EML, pp. 46-7; QR, pp. 40-41.

<sup>(95)</sup> DS (2012), p. 86; DS fr, p. 88.

menos disponible interiormente que capaz de vagabundeo y de viaje espiritual, pues hay en mí una atracción poderosa, que creo ser mi vocación; pero, en el exterior, bien pocas cosas hay que me lleven a tal o tal forma de vida salvo mi propia cobardía. ¿Quién me impedirá endurecerme? ¿Quién me ayudará a permanecer en el grupo de corazón, sin que se me considere un hombre “superior e impenetrable” sino un hermano? Un no sé qué quizá aparece en el horizonte, la gracia que sería mi salvación. Demasiado impreciso aún, demasiado improbable para que se lo diga.

Como ve, emerjo de un largo período de mi vida que comenzó al ingresar en la Normal. Salgo de estos quince años profundamente marcado, hasta el punto de sentirme extranjero por completo ante mis camaradas de promociones vecinas, y también ante mis colegas y amigos. Delante de mí –lo noto– hay una tarea que cumplir, que supone esta preparación, este desprendimiento de la vida moderna después de haberla atravesado. Literalmente, siento miedo ante esta hora. Y cuando miro alrededor para rehacer una vida más normal, el hiato entre el ideal y la realización me parece que llegaría hasta socavar la noción del deber. Para que esto fuera posible sin repugnancia por mi parte, tendría que volver a nacer y hacerme niño, o tendría que entrar en un retiro en el que nada del pasado me hubiese seguido.

Mi vida consiste, a decir verdad, en una tensión hacia alguna cosa que ignoro, que me parece honestamente la “obra de Dios” con tal de cercenar de esta expresión todo lo que implica fatalmente de extrínseco, de relativo y de semejante a otras obras. Cuando capto esto directamente, conozco la presencia de Cristo en mí. Nunca me ha faltado luz salvo en las horas en que, por lo que parecía, mis tinieblas tenían que estallar en fracaso y en desastre para cuartearse. He conocido horas de emoción en que, literalmente, no comprendo lo que pasó en mí; pero el resto del tiempo he sabido lo que tenía que hacer y el tiempo confirma estas perspectivas. Siempre he tenido suficiente fuerza para dirigir el timón hacia al término escogido. Ésta es mi situación. Se lo escribo, padre, porque sé que me comprende; por eso se lo puedo escribir, lo cual no deja de ser un fruto inestimable de lo que nos une. Adiós. Le he hablado mucho de mí, pero creo que, sin mencionarlo, también le he hablado mucho de usted. <sup>(96)</sup>

---

<sup>(96)</sup> Carta del 4 de noviembre de 1936, citada en De Scott, 1984, p. 75-77.

La pregunta de «quién» le impedirá endurecerse y el adelanto de un «no sé qué» que quizá despunta quedan en suspenso. Estos dos elementos, igual que su constatación de una «repugnancia» y de la necesidad de «entrar en un retiro» que corte con su pasado, nos llevan a releer, puestos a fijarnos en el mundo de los afectos y de la relación, lo que Légaut escribió acerca del poder sanador del amor humano en el capítulo segundo de HBH. Y esta relectura nos lleva a ponderar lo que debió de suponer para Légaut, tras la década de los 30, vivir en Les Granges, junto con su mujer, en el medio que ambos escogieron. Légaut termina su intervención en el retiro de Montmartre de 1945 con un fragmento dirigido a sí mismo donde menciona su nueva misión, su distancia del grupo, cuánto lo había llegado a querer pero, sobre todo, cuánto estima su nueva situación:

Si por hipótesis has tenido respecto de tus hermanos, durante quince, veinte años, una misión, ahora tienes otra cosa que hacer, otra misión. Cierto, nos reencontraremos siempre con igual fraternidad, pero, actualmente, tengo otra cosa que hacer, mientras que antes no tenía nada más. Las pasiones del corazón pueden ser tenaces; las de este género no proceden de nosotros y no pueden extinguirse. Hace seis años, no hubiera podido hablar así. La herida estaba demasiado fresca. Hubiera podido morirme... Pero no, este término es demasiado dramático, aunque sí que hubiera podido pinchar en serio. Tras seis años de exilio, puedo hablar de ello. Estoy en un mundo nuevo que es benéfico en todo para mí... <sup>(97)</sup>

¿Qué significa «estoy en un mundo nuevo que es en todo benéfico para mí»? Aparte de la novedad del trabajo manual y de la vida campesina, y aparte del contacto con sus vecinos montañeses, podemos pensar, globalmente, en la vida empezada de nuevo, es decir, en un segundo comienzo. ¿No lo dijo en síntesis en 1976?:

---

<sup>(97)</sup> Ver: *Marcel Légaut ou le rêve d'une communauté*. Cahier VII, edición de X. Huot-ACML, sin fecha, p. 69-70.

Sin haberlo proyectado, sin ni siquiera tener conciencia de ello, se trataba, esta vez, de una segunda implantación. Había vivido suficientemente una primera experiencia y era todavía lo bastante joven como para emprender otra. De hecho, un segundo comienzo es particularmente fecundo en la vida si la madurez alcanzada en el asentamiento anterior es la que lo prepara. También en nuestra vida debemos trasplantar las lechugas para que sus raíces sean más vigorosas. A veces, un desarraigo y una deportación (*dépaysement*) nos permite descubrir nuestra condición humana con una profundidad renovada. Mi marcha de la Universidad sorprendió a todos mis camaradas. A muchos de los más cercanos, los escandalizó... <sup>(98)</sup>

### 3. *Tercer grupo de fragmentos*

La vida de pareja entra, obviamente, en este mundo nuevo, «benéfico en todo», y también entra que los Légaut tuvieran el primer hijo en 1945. Por eso debemos recordar un fragmento del capítulo segundo de HBH, de 1971, donde Légaut habla, como decíamos, del efecto curativo del amor humano que disipa, alivia e incluso sana el interior dañado por una moral ideológica (recordemos el «temo el endurecimiento»):

En adelante, los tabús indiscutidos, autoritariamente establecidos por una colectividad sana para defenderse y proteger a sus miembros de su propio infantilismo y mediocridad, se quebrantan y pierden su carácter absoluto. No son ya más que barreras que no conviene derribar sino a sabiendas, a la luz de lo noblemente humano, observando las disciplinas socialmente indispensables. Las aversiones y repugnancias juveniles, e incluso perversiones, causadas, casi necesariamente, por las lagunas de una educación incapaz de responder, exacta y oportunamente, a las más íntimas necesidades individuales, o causadas también por las ataduras de la vida común y los escándalos que la sociedad no escatima, la vida conyugal las empieza a disipar. Algunas heridas, ignoradas o mal interpretadas incluso por los mismos que las padecen, a partir de ahora van a poder ser aliviadas si no verdaderamente curadas. ¡Larga y delicada convalecencia! Tan difícil es para el hombre asumir con la ligereza

---

<sup>(98)</sup> Ver: «La vida», *CdDíaspóra* 25 (2013), p. 56; PPC (1990), p. 63.

de lo natural su animalidad sin causarle el más pequeño quebranto, como espiritualizarla. Uno y otro esfuerzo se respaldan y se autentifican mutuamente en una vida conyugal auténtica. A pesar de las apariencias, no es fácil, ni para el hombre ni para la mujer, aun amándose con verdadero amor, llegar a ser una sola carne. <sup>(99)</sup>

Légaut formula un par de asertos fundamentales al final. En ellos asienta la vida espiritual que se sentía llamado a retomar desde la base. Primer aserto: «Tan difícil es para el hombre asumir con la ligereza de lo natural su animalidad sin causarle el más pequeño quebranto, como espiritualizarla». Segundo: «A pesar de las apariencias, no es fácil, ni para el hombre ni para la mujer, aun amándose con verdadero amor, llegar a ser una sola carne». El primer aserto señala dos dificultades: asumir y espiritualizar, y el segundo constata otra dificultad: llegar a ser una sola carne. Asumir y espiritualizar la propia animalidad y llegar a ser una sola carne forman parte de la misión de cada uno que Légaut sintetiza en el título del tomo I: «el hombre en busca de su humanidad» <sup>(100)</sup>. Otros fragmentos de «El amor humano» insisten en la necesidad de asumir la base instintiva y humana de las relaciones. Veamos sólo tres párrafos:

... Como si no pudiese palpar su esencia si no tomase contacto con la base animal común a todos a través de otro distinto de sí, el hombre parece que necesita romper las fronteras ordinariamente infranqueables que lo separan de los otros y hacen a éstos más extranjeros de lo que uno podría imaginar. A partir de esta unión de los cuerpos, ayer mismo aún prohibida, desconocida o desdeñada, donde se unen más las raíces que las cumbres, a la que temía como a una caída en el abismo y al mismo tiempo deseaba como a una ascensión a una cima, su existencia se le muestra, en las horas de claridad, como algo sencillo, natural, armonioso, consistente...

---

<sup>(99)</sup> En: HBH, pp. 42-4; HRH, pp. 34-5.

<sup>(100)</sup> ¿No es en el marco de este camino donde cabe como una excepción la persona que no está llamada a vivir el camino común y natural: «*Dichoso pero cuán excepcional es el hombre que no necesita abrirse y apoyarse en el amor humano y en la paternidad para darse auténticamente, etc.*»? Ver nota 59.

... Este conocimiento, único en su género fuera de algunos casos particulares, queda reservado al amor, y sólo en sus momentos culminantes. No es únicamente algo precioso para la maduración humana, también es algo estrictamente *necesario*. Sin una captación de esta clase, en profundidad y como en directo, no existe, para el hombre, un prójimo real en el sentido riguroso del término; sólo hay vecinos, compañeros de camino, por más que se los quiera... Por lo común, el amor humano permite acercarse a un prójimo verdadero sin requerir disposiciones ni encuentros excepcionales. De ordinario, es la primera vez que el hombre tiene uno. A menudo es también la única. Así, la unión carnal experimenta, por la fe de los esposos, una mutación de su fin inicial, un cumplimiento que la seguiría justificando incluso si el amor humano hubiera alcanzado su perfección...

Cuando el hombre tiene la pretensión de ser espiritual según una idea a priori y cae en esa tentación que, para seducirlo, adopta aires de nobleza, no da a la naturaleza la oportunidad de manifestarse plenamente y, además, al huir de ella, la esteriliza. Renuncia a usarla sin poder remplazarla, y ésta le faltará sin remedio. Su amor se verá casi fatalmente condenado a vivir del pasado; a amortiguarse en una intimidad hecha de rutinas... <sup>(101)</sup>

Estos tres párrafos sugieren, como el fragmento citado antes, que el contrapunto a lo positivo natural es el trasfondo jansenista examinado en “La llamada apostólica” que, como dijimos, fue uno de los atolladeros mayores del camino de aquellos jóvenes en los años 20 y 30. Por eso estos tres fragmentos se comprenden mejor a la luz de las reflexiones de Légaut en sus inéditos de aquellos años y de la década de los 40.

---

<sup>(101)</sup> Ver: HBH, pp. 44, 50, 51 (HRH, pp. 36, 41-2). Légaut descubre los límites a los que conduce una espiritualidad ideológica. Por eso sus fragmentos recuerdan a Pascal: «El hombre no es ni ángel ni animal y el infortunio hace que el que quiere hacer el ángel hace el animal» (*L'homme n'est ni ange ni bête, et le malheur veut que qui veut faire l'ange fait la bête. Pensées*, Ed. Lafuma, 678). El magistral pensamiento describe el desequilibrio del hombre que, situado en la escala de los seres entre el ángel y la bestia, no avanza ni hacia Dios ni hacia su propia naturaleza y condición cuando no asume su deseo más real y su lado más a pie de tierra.

Sólo desde la mirada que estos párrafos sugieren y que él ya tenía en 1962, pudo Légaut contar a sus amigos, dentro de su “Historia del grupo”, la crisis que le causó la marcha de Perret y en la que se encontró inmerso y un tanto desconcertado dada su impreparación en lo afectivo y en el trato con las personas del otro sexo y dada, además, su ignorancia en materia de sexualidad, algo que, por otra parte, era muy común en los jóvenes de aquella época, cristianos o no, y que era en cierto modo parangonable con la no menor ignorancia que tenían en materia de doctrina y de creencias como las debatidas en la crisis modernista <sup>(102)</sup>. Légaut se explicaba, en 1976, con una franqueza que es de agradecer y que es signo de su honestidad intelectual:

Por mi parte, nacido en un régimen de cristiandad, sufrí, no sin graves consecuencias, el clima todavía fuertemente jansenista de comienzos de siglo XX, en el que todas las cuestiones que atañen a la sexualidad se resolvían silenciándolas y suprimiéndolas. Ninguna formación al respecto salvo la desconfianza que culminaba en algunas prohibiciones y tabús sacralizados. Ninguna alusión a estas cuestiones en las conversaciones con los padres, lo cual conducía, hasta una edad avanzada, a una ignorancia increíble sobre estas cuestiones. Recuerdo una lectura reciente que ejemplifica bien lo que digo. En una carta dirigida a Bremond, Blondel relata una reflexión de su hijo: “No deseo casarme con una mujer que

---

<sup>(102)</sup> Acerca de la ignorancia doctrinal, ver la nota 35. Pero observemos que esta ignorancia se prolonga, en la práctica, hasta tiempos muy cercanos. El obispo anglicano de Newark, J. S. Spong, observaba recientemente, con razón, que la teología cristiana todavía no ha asimilado con sentido los descubrimientos de la ciencia. Por ejemplo, aún no ha extraído las consecuencias que el descubrimiento del óvulo en 1724 debería comportar para dar a la idea de la encarnación su lugar pero no otro. A partir de dicho descubrimiento, la representación agrícola de la semilla depositada en la tierra sólo vale como metáfora pues ir más allá sugiere un Dios exterior que se encarna como el que se entierra pero la “semilla” masculina sabemos ahora que sólo es la mitad del futuro ser (ver: *Why Christianity must change or die*, Nueva York, Harper Collins, 1998, p. 12).

esté siempre enferma pero, si el Buen Dios me da hijos, me casaría para que mi mujer me ayudase a educarlos”.

Tengo setenta y seis años. Me casé a los cuarenta en condiciones particulares que nos permitieron, a mi mujer y a mí, iniciar una etapa radicalmente nueva en nuestras vidas, a pesar de nuestras edades relativamente avanzadas y de nuestros pasados diferentes. Se trata de algo que hemos conseguido juntos. Con fe y con energía, ambos nos consagramos a volver a dar vida a esta tierra de Les Granges, adormecida y sin cultivar desde hacía veinte años. Este empeño común, con sus iniciativas, sus riesgos y sus fatigas, ha dado a nuestro amor una solidez humana, una fuerza que, apoyada totalmente en el afecto mutuo, ha permitido a cada uno ser él mismo en fidelidad a lo que debíamos buscar, pensar y llegar a ser. No hay dos amores iguales. Son tan diversos como las vidas individuales. Y, sin embargo, todos tienen ciertos rasgos comunes que parecen proceder de un orden propio, que se distingue del de la amistad y del amor pasión... <sup>(103)</sup>

#### 4. *Un último fragmento*

Por último, hay otra carta de 1940, es decir, cuatro años posterior a la dirigida al P. Racine, en la que también vemos a Légaut buscando su camino. La carta es de julio, es decir, de los días previos a la desmovilización. Salvo la escritura, menciona el resto de los factores que habían intervenido en sus reflexiones de aquel período, incluido el mundo de los afectos, y todo ello en busca de un nuevo cauce que él concretará tres meses después con su boda y la compra de Les Granges.

Para mí se planteaba desde entonces el tema de ir a vivir al campo. Mi vida continuamente viajera entre París y Rennes me cansaba cada vez más, me disipaba. La obra de París perdía paulatinamente cohesión, igual que la de Auvernia. [...] Ante mí, varias soluciones: o bien continuar, siendo consciente, sin embargo, de que esta perseverancia era la contrapartida de un pasado desaparecido más que una exigencia del presente, o bien

---

<sup>(103)</sup> Ver *CdDiáspora* 13, pp. 15-16; PPC (1990), pp. 126-127.

marchar del grupo yendo a vivir bajo la forma eclesiástica o monástica. A decir verdad, conozco demasiado estos ambientes como para creer que algo verdaderamente nuevo, verdaderamente vivo pueda salir de ahí a no ser que se les siembre desde fuera. Son *los laicos* los que harán vivir a la Iglesia; los clérigos no hacen más que mantenerla. Y, si bien me sentía capaz de jubilar-me en alguno de estos ambientes, todavía no me encontraba maduro para hacerlo. O bien tentar vigorosamente esta vida campesina apoyándome al máximo en mis posibilidades pasadas, en el grupo de ayer, pero comprometiéndome físicamente en una vida literalmente enterrada en mi rincón, a fin de ser el principio (*amorce*) vivo de la comunidad que siempre he soñado [...]. Todavía quedaba entonces una elección que hacer en lo que a mí se refería: permanecer célibe o fundar un hogar. La primera dirección tenía la ventaja de no chocar con lo que muchos pensaban sobre mí pues encontraban natural que yo tuviese “ese carácter sacerdotal” sin, por otra parte, ni mencionarlo siquiera. Tenía, en cambio, el inconveniente de hacer más difícil todavía este nuevo comienzo; y, caso de que yo lo hubiese llegado a emprender así, hubiera hecho de mí rápidamente un ermitaño desconectado del Mundo. Ser, era posible; pero pensé que esto no salvaría lo que podía aún salvarse del grupo. De modo que opté por la segunda dirección... <sup>(104)</sup>

Lo primero que destaca en este fragmento son las tres salidas que Légaut considera: seguir como hasta entonces, entrar en la forma de vida religiosa convencional (eclesiástica o monástica), partir a vivir al campo. Casarse –o no– es una cuestión diferente que, para él, viene después y que, aparentemente, no es principa tal como ve su situación.

Lo segundo que destaca en el fragmento es que, en medio del párrafo, Légaut formula un juicio importante: no cree «que algo verdaderamente nuevo, verdaderamente vivo pueda salir de ahí [de los medios eclesiásticos] a no ser que se

---

<sup>(104)</sup> Hay fragmentos de esta carta, citados sin referencias, en OS 1984, pp. 72 y pp. 82-84. Pero esta carta a Marie-Anne Febvre el 19 de julio de 1940 puede leerse entera en: *M. L., sa pensée et ses “camarades”*, Tome I, éd. X. Huot, 2017, pp. 106-107.

les siembre desde fuera» pues «son los laicos los que harán vivir a la Iglesia; los clérigos no hacen más que mantenerla». Tal es la razón por la que Légaut descarta la segunda opción y continúa fiel a la perspectiva laica que le abrió Portal cuando la llamada científica.

Por último, lo tercero que destaca en la carta es que el grupo sigue contando para él. Pese a que Légaut lo juzga en declive, no lo abandona y por eso siente la tensión entre, por un lado, el grupo real que lo retiene prisionero en un papel sin salida y, por otro lado, el ideal de «la comunidad que siempre he soñado». Légaut continúa en conexión con su tradición en esto. Frente a quienes comentan con frecuencia que la idea de la vida espiritual de Légaut es exageradamente individual y elitista, Légaut mantiene la polaridad entre lo singular y lo comunitario. No hay salvación individual, el «reino» o es común o no es tal, y la razón es que hay un horizonte último que es comunitario: la *urbs* o la *polis*, la *civitas* de Dios. Por eso para él pensar para sí y expresar y comunicar son uno; la expresión forma parte de la experiencia y nuestra conciencia se consume en la comunicación.

Sin embargo, si volvemos a la situación de Légaut en julio de 1940, no deja de sorprender lo remota que era, para el grupo, la posibilidad de que Légaut dejase de ser célibe y se casase. Légaut recordará, en el topo sobre la “historia del grupo” de 1962, que hubo gente que no podía dar crédito cuando lo supo y que hubo incluso quien se lo tomó a mal cuando se enteró de que se había casado con Marguerite Rossignol el 10 de octubre de 1940 en St. Chamond, y que la pareja, al poco tiempo, se había ido a vivir a Les Granges.

Por eso destaca más en esta carta que, aunque el propio Légaut no se plantee la opción de casarse o no como un elemento primario entre los que elegir, dicha opción, en el fondo, comprendemos que tuvo que ver con un “segundo comienzo” y no sólo personal. Al casarse, Légaut zanjó que lo cristiano de su misión pudiera cambiar, otra vez, hacia una

forma ambigüamente colectiva o ideológica. Con el tiempo, lo singular y mejor, tanto de su trayectoria como de su obra, surgirá en gran parte de este límite.

El fragmento nos deja, en este sentido, a las puertas de la vida privada de Légaut. Quizá por eso esta carta nos da la impresión de ser excesivamente cerebral: Légaut parece dar a entender que primero escoge casarse y luego con quién. Su texto no incluye una expresión ni un punto romántica y no recoge el aspecto interpersonal de la pareja. Pero quizá sea esto así no sólo por su sobriedad o por su capacidad de argumentación sino por escribir su carta a una mujer y quizás, además, es por otra cosa: porque Légaut se reserva; su vida privada no es tema de la carta; le sale trazar una línea y marcar un mundo aparte, que sólo indirectamente tendrá que ver con lo que los otros reciban de él. Su intimidad a dos y luego familiar ya no será directamente del resto <sup>(105)</sup>.

---

<sup>(105)</sup> Desde esta perspectiva, resulta útil releer, a modo de confirmación: Denis PELLETIER, «L'installation de Marcel et Marguerite Légaut aux Granges de Lesches» en: *Quand renaît le spirituel. Actes du Colloque International Marcel Légaut*, Lyon, Université, 2000, p. 99-114. También es interesante releer: Thérèse DE SCOTT, *En voie de devenir disciple. Lecture des premières oeuvres de M. Légaut (1933-45)*, Bruselas, edición privada, 1993, p. 111-41.

## III

## FINAL

El lector juzgará si los datos que hemos aportado, si las citas que hemos ofrecido, si las interpretaciones que hemos hecho y las reflexiones que hemos expuesto son pertinentes para comprender mejor desde dónde escribe Légaut «La llamada apostólica»; por qué coloca este capítulo justo antes de «La obra espiritual», al final de su obra mayor; y si ha merecido la pena recuperarlo a pesar de que unos avatares editoriales lo convirtieron en un capítulo “cenicienta”, junto con veinte páginas del capítulo anterior: «Haced esto en mi memoria». Esperamos que, con lo expuesto, el lector haya podido apreciar mejor desde qué espesor, desde qué recuerdos y desde qué reflexiones discurre Légaut acerca del «don total» y acerca de la forma convencional de concretarlo, que aún predomina en el catolicismo. Desde nuestro punto de vista (de lector temprano y de filólogo curioso), esperamos haber ayudado al lector a captar mejor la relación existente entre la obra y la vida de Légaut, es decir, entre lo vivido y la voluntad de repensar y de retomar, desde la base, la vida espiritual cristiana, sus etapas y sus formas.

Esperamos, en este sentido, que el lector haya captado que una de las aportaciones más importantes de Légaut es haber diferenciado el seguimiento y el discipulado de la forma de concretarlo que ha sido predominante desde el siglo III hasta ahora, es decir, la forma que hemos denominado “monástica”. Entendemos por tal aquella que cree que la forma mejor de llegar a “Dios” es eliminar el objeto mundano del deseo (no riqueza, no sexualidad, no libertad) y sacralizar su contrario (pobreza, castidad y obediencia). Esta forma monástica de entender la relación del hombre y

Dios (es decir, esta forma de suprimir el objeto proporcionado y pasar así al objeto saciativo como si ambos fuesen del mismo plano) es un universal humano pues el monaquismo (negación del mundo para llegar a Dios) se da en todas las culturas y puede ser, sin duda, un camino legítimo para algunos de por vida y para muchos una etapa útil por un tiempo. Sin embargo, frente a esta forma, resaltamos otra que llamamos “laica” en el sentido de que es personal y que consiste en vivir en el mundo sin ser del mundo, lo cual vale para todos (pues también hay “mundo” en los monasterios y en los pasillos del mundo clerical). En este sentido, el cristiano siempre es laico (siempre es pueblo) si elige personalmente y no doctrinalmente, es decir, sin importar antes la concreción (pues cabe, en un segundo momento, la de ser monje o clérigo o la de permanecer laico). Légaut avanzó por este camino como pocos y su diferenciación (entre don total y concreción habitual), junto con la liberación que comporta (correlativa de una mayor responsabilidad personal), es una de sus aportaciones mayores; siendo otra gran aportación suya, por ejemplo, su forma de diferenciar fe y creencia; la fe, entendida como actitud fundamental de la persona ante la vida, los bienes y los seres, y la creencia entendida como la adhesión a una doctrina o a unas determinadas creencias <sup>(106)</sup>.

### *1. Segundo nacimiento*

Desde el punto de vista de la vida de Légaut, esperamos que haya sido útil mostrar cómo Légaut fue descubriendo tanto la fidelidad que va más allá de la obediencia como la perseverancia y la tenacidad que incluyen cambios que parecen huidas y abandonos. Ambas (fidelidad y tenacidad) lo llevaron, entre otras cosas, a descubrir que el grupo religioso

---

<sup>(106)</sup> Desarrollamos la diferencia entre fe y creencia en Légaut en otros ensayos. Ver, sobre todo: «Reflexiones sobre la fe» (referencias en nota 26).

nunca debe ser un absoluto para quien lo lidera o se dedica a él, de forma que no tiene sentido sacrificar todo lo que surge en uno a lo largo del tiempo del propio crecimiento y considerarlo (esto que surge) como algo negativo y contrario al ideal sin mayor examen, simplemente porque, en un primer momento, parece conllevar un obstáculo y una mengua de la disponibilidad, no de tiempo sino interior, para dicha dedicación o liderazgo, cosa que es muy discutible y que, en todo caso, hay que examinar.

Los legendarios quince minutos que san Ignacio dijo que necesitaría para aceptar de corazón la disolución de la Compañía por parte del Papa tras años de empeño en fundarla, se dan la mano con el largo período que Légaut atravesó hasta escribir su obra: cuarenta años si sumamos la década de los 30 y sus pruebas, la década de los 40 y sus reflexiones, incluidas las Cartas desde Les Granges de 1945, donde ya apunta el discurso que aún tenía que madurar durante veinte años más en las bodegas de su alma. Porque un día es como mil años y mil años son como un día cuando de lo que se trata es de descubrir esto: la forma de vivir el seguimiento y de fundamentarlo conforme a lo que demanda el tiempo en el que el hombre está viviendo. Légaut vivió esta búsqueda con la misma “santidad” con la que san Ignacio vivió sus legendarios quince minutos.

La vida no transcurre tal como se anuncia en el alba de la juventud. Lo esencial –cosa que no se descubre sino paulatinamente– consiste en mantenerse firme, incluso en las circunstancias más desfavorables, incluso en los tiempos de crisis –¡y cuantos conocí de éstos!–. Lo esencial es permanecer fiel, cueste lo que cueste, a la propia misión; es superar las contingencias aceptándolas, e incluso utilizándolas mediante el coraje tenaz de adaptarse a las condiciones de la existencia cualesquiera que sean. <sup>(107)</sup>

---

<sup>(107)</sup> Ver: «La vida», *CdDiáspora* 25 (2013), p. 46; PPC (1990), p. 52-53.

Tal es el modo como fermentó en Légaut el gran cambio que luego él supo proponer: una vida espiritual y un acceso a Dios concebido éste como no separado del hombre ni hostil a él. La reflexión sobre su vida fue la base de sus firmes distinciones entre fe y creencias; entre grupo ideológico y comunidad de base humana; entre vida de fe y fidelidad, y vida de adhesión y de simple obediencia; entre descubrimiento de la carencia de ser y práctica de la pobreza por ascética o por dedicación a quienes padecen la pobreza real; entre ser limpio de corazón y ser célibe en función de una mayor disponibilidad para la acción o para una contemplación quizá cerebral o sentimental; entre la decisión de llegar a ser discípulo y la forma como concretar el intentarlo. Tras su mirada inquisitiva y comprensiva sobre sí durante años, fue su tenacidad a favor de que la “llamada apostólica” siguiese adelante en él aunque fuera de una forma transformada, lo que lo abrió a entrever, junto al recuerdo y la presencia de M. Portal, la gran paciencia de Dios que obraba lenta e insistente en él como en cualquiera, a modo de presencia. En un tiempo de cambio cultural profundo, este sentido espiritual de la tenacidad y de la paciencia, cuya clave es la relación con un mayor que va delante, es lo esencial, lo más sólido que puede haber, la roca de una verdadera tradición que perdura “por la fe” de uno y de otro.

Si queremos destilar y concentrar lo que hemos extraído del estudio del penúltimo capítulo de IIPAC (sin separarlo del último y relacionándolo con el conjunto de la obra y de la vida de su autor), podemos decir que hemos podido comprender mejor lo que es un segundo nacimiento.

La entrada en la propia vía es ocasión de una promoción capital para el hombre. A menudo lo renueva físicamente y provoca en él un florecimiento psíquico, auténtica primavera de la vida. Este segundo nacimiento se produce en todas las edades. En algunos principia en la juventud, justo antes de las turbulencias de la adolescencia, como ayudada por las potencias que en ellos se anuncian. En otros ocurre en la madurez, de ordinario tras algunas experiencias decepcionantes que destruyen las ilusiones en que

hasta entonces se habían complacido. Por un auténtico sobresalto, se alcanzan a sí mismos entonces. Y también hay nacimientos de la hora undécima, cuando cae el día y el horizonte se estrecha. Vía nueva, intensa, todavía a ciegas pese a la luz que la guía, y no sin múltiples tanteos aunque conozca la estabilidad en medio de las crisis pues incesantemente se recobra. Cerca del final... <sup>(108)</sup>

Hay tres tiempos para este segundo nacimiento, dice Légaut. De los tres, él pudo conocer el primero a los doce y diecinueve años, y seguro que conoció el segundo cuando su ida a Les Granges. Légaut reflexionó sobre su vida y pudo reconocer en ella una «segunda conversión» o una «segunda llamada» al relacionar su camino con el de santa Teresa y con la doctrina del P. Lallemand acerca de la «segunda conversión», que Bremond recogió <sup>(109)</sup>.

## 2. *Unos párrafos de «Haced esto en mi memoria»*

1. Terminaremos este estudio con un par de lecturas. Ellas nos confirmarán que los dos capítulos contiguos al penúltimo tienen iguales perspectivas. Dos párrafos del capítulo anterior («Haced esto en mi memoria») guardan relación, por ejem-

---

<sup>(108)</sup> Ver, en este *Cuaderno*, p. 28; IIPAC, 335-6; CIF 2013, 180-1).

<sup>(109)</sup> Légaut pudo saber del P. Lallemand (1578-1635) a través de Henri Bremond y de su *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis les Guerres de religion jusqu'à nos jours*. El P. Lallemand habló de una «segunda conversión» en la edad adulta, a partir (a) de la vida de Santa Teresa que, resumiendo, entró en el convento con veinte años y se convirtió de veras a los cuarenta, y (b) a partir de su experiencia como instructor de “tercera probación”. Los jesuitas hacen un tercer año de noviciado y el mes de Ejercicios por segunda vez antes de dar por terminada la formación. La formación duraba unos doce años más algunos años de ministerio tras la ordenación, antes de hacer la tercera probación. Para Légaut, la segunda llamada o conversión, o el segundo nacimiento y partida, como todo lo espiritual, no era tanto algo fijo que procede de sistematizar, de programar o de temporalizar una iniciación, un método, una técnica o una especialización. Si sólo contara esto, estaríamos en la mera ascética. La expresión, en cambio nombra algo que, sobre todo, si es real, se puede concienciar sobre todo a posteriori, al reflexionar sobre lo vivido.

plo, con los de «La llamada apostólica» cuyos epígrafes con: «En torno a estos discípulos nacen pequeñas fraternidades cristianas» y «Conformidad secreta y eficaz de estos hombres con su tiempo». Los dos párrafos en cuestión son éstos:

La vitalidad del cristianismo se mide tanto por los múltiples grupos de este tipo que surgen, diversos en extremo, cuanto por la discreción y la rapidez de su desaparición cuando conviene. La Iglesia sólo puede vivir verdaderamente a la altura de su misión renaciendo sin cesar a partir de comunidades que la engendran después de que ellas mismas han nacido de ella; comunidades que después, tras de haberla servido, se eclipsan y desaparecen. Esta *maravillosa inseguridad*, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, se asemeja a aquella otra de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento. Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes, es la ineluctable consecuencia de la esencia de la Iglesia; son necesarias para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen.

Estas fraternidades son, sin embargo, raras y poco frecuentes, porque los seres ya de por sí poco numerosos que podrían ser su primera piedra tienen ante sí un camino difícil de seguir en el que muchos tropiezan y fracasan. Es preciso que sean fuertes y sobre todo tenaces a pesar de sus debilidades, y que se mantengan firmes frente a una sociedad que unas veces los combate y otras los tienta y seduce. Es muy frecuente que acaben absorbidos o convertidos en sus satélites por las organizaciones religiosas existentes, con frecuencia más sólidamente estructuradas que verdaderamente espirituales, y que son grandes *devoradoras* de hombres, sobre todo de los mejores. En concreto, con demasiada frecuencia, estos seres confunden, como llamada al estado sacerdotal o monástico, la atracción e irradiación espiritual que experimentan ante los sacerdotes o religiosos que conocen y que lo son de forma original y vigorosa. Esta confusión los lleva así a entrar en unos estados que les impiden llegar a ser los pioneros de los nuevos tiempos que precisamente ellos podrían llegar a ser en la Iglesia. De este modo, el pueblo cristiano se ve privado de gran número de sus miembros más vigorosamente espirituales, que serían de lo más necesarios para que nacieran en su seno este tipo de comunidades. <sup>(110)</sup>

---

<sup>(110)</sup> CIF 2013, p. 161; IIPAC, 321.

No hace falta comentario. Tan sólo recordemos que estos párrafos reflejan la mutación de la llamada apostólica que M. Portal alentó a su alrededor y que Légaut plantea al diferenciar el don total y la forma habitual de concretarlo; diferencia que él, a medida que escribía, supo descubrir cómo había ido operando en su vida gracias a la «manducación del pasado» que ya había hecho durante los primeros años en Les Granges <sup>(111)</sup>.

También esta manducación del pasado fue la que le permitió poder proponer, años después, con autoridad: que la fe no es la creencia en unas creencias sino la actitud fundamental del hombre ante la vida, y que su contrario no es la increencia sino el miedo radical, el escepticismo y el fatalismo; que la fe es vivir una “delicada emancipación” respecto de lo recibido; una “paulatina sustitución” de una idea clara sobre Dios por una presencia intuida y tanteante, aunque firme; hasta desembocar así en una “vigorosa independencia” y en vivir la «maravillosa inseguridad» de la fe que no lleva a fundar sino a sembrar y pasar, no sin sentir un “sufrimiento dominado” propio de quien mira, sin autodefensas, lo precario de lo real <sup>(112)</sup>.

2. Como complemento de estos párrafos de «Haced esto en mi memoria», recordemos que en 1945, esto es, veinticinco años antes de ellos, Légaut planteó al grupo, en la carta 4ª desde Les Granges, que el matrimonio cristiano (distinto del civil) era algo tan serio y relacionado con la vida espiritual cris-

<sup>(111)</sup> Ver: p. 16 de este *Cuaderno*; M. Légaut, «*Testimonio sobre M. Portal*», 1952, penúltimo párrafo (ver referencias en nota 15).

<sup>(112)</sup> Ver, más arriba, Nota 41. Ver la «delicada emancipación» en: HBH, 2001, pp. 265-269 (HRH, 225-6). La «paulatina sustitución», en: Pd'h, 2017, pp. 16-17 (Pd'h, 1978, pp. 10-11). La «vigorosa independencia», en: «Llegar a ser discípulo», *CdDiaspora* 2, 1994, p. 74 (MECP, pp. 210-11). La «maravillosa inseguridad», en: CIF 2013, p. 161 (IIPAC, 320; CEA, 137); y el «sufrimiento dominado» en CIF 2013, p. 247; IIPAC, p. 392. Sobre este sufrimiento, ver también: «La vida», *CdDiaspora* 25 (2013), pp. 65-6; PPC (1976), p. 63 y PPC (1990), p. 73.

tiana como los votos, de suerte que el discipulado puede darse en la vida ordinaria y el seguimiento, en la vida familiar.

Los consejos evangélicos y las bienaventuranzas eran, a su modo de ver, caminos que también las familias se pueden plantear y que éstas, de suyo, ya conocen a través de una llamada que no se limita al simple deber de estado y a la vida de simple moralidad, que es lo que la doctrina eclesial, más ascética que mística, reserva a los laicos como si éstos fueran de segunda división:

En nuestra época de búsqueda, en la que la familia se esfuerza por encontrar sus propias vías evangélicas (...), hasta ahora los consejos evangélicos se dirigían sobre todo a los célibes, o al menos a los individuos prescindiendo de su situación familiar. Incluso se intentaron transponer, un poco literalmente sin duda, las reglas monásticas, y se llegó a aconsejar a determinadas parejas el matrimonio blanco. ¿No habría que pensar que una familia, que abandona su situación social para hacerse campesina u obrera con el fin de renovar este medio [...] por su presencia, descubrirá para sí, de esta forma, un camino evangélico que no lesiona en nada su propia vocación familiar [...]?

<sup>(113)</sup>

3. Treinta y pocos años después, Légaut escribe, fiel a la misma perspectiva y en dos libros distintos:

Es relativamente fácil concebir una vida totalmente entregada a Dios en el celibato. Es más difícil concebir una vida totalmente entregada a Dios en el matrimonio. Es menos corriente y se comprende. Sin embargo, es necesario porque sólo así la Iglesia estará presente en todas partes en el mundo y cumplirá su misión.

Ojalá los más jóvenes puedan sucedernos. Sin embargo, ¡qué más da! Lo fundamental no es que las empresas espirituales se perpetúen, sino que nazcan sin cesar. Y yo creo que, en nuestra época en que tantas cosas se hunden, hay también nacimientos verdaderos.

<sup>(114)</sup>

---

<sup>(113)</sup> Ver: Carta 4ª desde Les Granges, párrafo 11, *Cahier VII, X*. Huot-ACML, sin fecha, p. 58.

<sup>(114)</sup> *Entrevista ML*, p. 85; *QR*, p. 82. Ver también: «La vida», *CdDiaspora* 25 (2013), p. 65; *PPC* (1976), p. 62.

4. Sin embargo, para que surjan iniciativas como éstas que imaginaba Légaut (en lugar de que se prolonguen muchas de tipo más convencional), hace falta que algunos tomen la iniciativa y, para ello, hace falta que dichos algunos no se dejen absorber por las instituciones antiguas que son «grandes devoradoras de hombres». En este sentido, es muy ilustrativo el uso que hace Légaut de la imagen de la piedra o de la roca:

Para que se forme una isla en medio de un río, hace falta una roca a fin de que los aluviones puedan aferrarse a ella. No creo que una comunidad pueda nacer y vivir sin la estabilidad y la presencia tenaz de uno o varios elementos de base. Ninguna organización ni estructura puede remplazar o dispensar una presencia permanente y estimulante, sin cesar disponible, y disponible por completo en la medida de lo posible. Por eso doy tanta importancia a la paternidad espiritual y a toda forma de irradiación espiritual estable y discreta...<sup>(115)</sup>

Légaut utiliza una imagen clásica (del siglo I por lo menos) pero según su experiencia y la perspectiva recibida de M. Portal. Recuerda la historia del grupo y que él creyó haber fracasado en relación con él por haber sido demasiado joven y no haber estado a la altura de una «paternidad espiritual» y de una «irradiación estable y discreta».

Sin embargo, de fondo, Légaut no descarta (por razón de los «segundos nacimientos» que hemos indicado antes) que, tras venir la riada que se lleva por delante el pequeño islote, luego, más abajo, de nuevo, una roca y un tronco puedan formar una mínima presa donde unas piedras más y algo de aluvión y de ramas se detengan y formen de nuevo otra isla por un tiempo, etcétera. Porque todo grupo se forma en torno a alguien que siempre está en relación con otros:

Toda comunidad de fe requiere para nacer que un hombre de fe sea su origen. A veces lo es sin saberlo y sin haberlo pretendido. Este creyente no puede ser causa de esta comunidad más que por su

---

<sup>(115)</sup> *Entrevista ML*, p. 88; *QR*, pp. 85-86.

encuentro con otros seres que, a su vez, lo hayan ayudado a llegar a ser lo que él debe ser, igual que él les ayuda a ser, gracias a su fidelidad, los compañeros necesarios de su acción. Las condiciones que estas comunidades requieren para su aparición son bastante excepcionales y ello explica, en cierto modo, su escasez. La perseverancia de estas comunidades exige también una tenacidad que sólo puede conseguirse gracias a una vida espiritual auténtica... <sup>(116)</sup>

5. La experiencia de Légaut junto a M. Portal y el resto de compañeros en los años 20, y luego su experiencia como líder en los años 30, cuando su “fracaso” pero también más tarde, con el nuevo comienzo después de 1945, todo ello le ayudó a entrar en el conocimiento interno de lo que vivieron Jesús y sus discípulos. Y aquí tenemos otra de las claves biográficas centrales del paso del tomo I al tomo II:

Cuando el hombre ha sido no el espectador sino el testigo y por consiguiente el artesano de una renovación espiritual –cristiana o no– de un grupo, aunque sólo sea de unos pocos, tiene experiencia del clima denso, ahondante y propiamente creador; de un grupo fraterno, origen de un movimiento naciente. Por eso él, mejor que nadie, puede percibir en las Escrituras el eco singular de ese otro comienzo que al principio fue del todo semejante –salvadas las debidas proporciones– al que él ha conocido, aunque este comienzo fuese secretamente el inicio de transformaciones tan grandes que aún se desconoce adónde puedan llegar. Por eso está especialmente preparado para concebir y comprender por dentro lo que los discípulos vivieron junto a Jesús y, de ese modo, acercarse a ello. Sin embargo, este camino permanece oculto para los científicos y para aquellos que no han vivido con suficiente intensidad su propia humanidad. Por esta razón, la historia del cristianismo, en sus momentos capitales, es la historia de los continuos reinicios... <sup>(117)</sup>

### 3. *Unos párrafos de «La obra espiritual»*

1. La fidelidad y la tenacidad no excluyen los cambios hechos a ciegas, incluso con error y daño a terceros. Por la fe y por

<sup>(116)</sup> «La Iglesia», *CdDíaspóra* 28, 2016, p. 34; PPC (1976), p. 189.

<sup>(117)</sup> RPPC, p. 43; IIPAC, pp. 28-9.

ser efecto de un darse a fondo, estos cambios conducen siempre a puerto: siempre se les puede descubrir y atribuir un sentido al final sin que hacerlo sea un engaño, tal como veremos en el ejemplo que sigue.

Con casi ochenta y cinco años, Légaut —ya lo dijimos— se puso a revisar los últimos capítulos de IIPAC para formar con ellos un “nuevo” libro (CIF) pero excluyendo el penúltimo («La llamada apostólica») y un tercio del anterior («Haced esto en mi memoria») por razón de espacio. Su revisión consistió en meros retoques salvo en alguna ocasión. Mencionaremos una de ellas que, cuando la descubrimos, recibimos como una nueva lección por su parte.

Hay un añadido importante, que detectamos hace años, en el capítulo final, «La obra espiritual». Légaut, al releer y corregir la sección III<sup>a</sup>, se encontró con su narración de 1970, acerca de lo que supusieron para él los primeros años de Les Granges así como su vida de campesino de alta montaña en medio de una región y de unos pueblos que se despoblaban, y a cuyas iglesias ya no acudía ningún sacerdote <sup>(118)</sup>.

Quien relea esta sección encontrará en ella diversos elementos biográficos suyos de aquel período <sup>(119)</sup> y además verá que el texto de 1970 daba por hecho que él continuaría igual hasta el final de su vida. Sin embargo, el caso fue que Légaut, al revisar este texto en 1985, ya no estaba en aquella etapa y

---

<sup>(118)</sup> CIF 2013, pp. 236-48; IIPAC, pp. 384-93; CEA, pp. 168-181.

<sup>(119)</sup> Por ejemplo, cómo Légaut da cuenta de lo que le dieron que pensar las parroquias sin sacerdote en los pueblos de la región adonde fue a vivir. Esto también subyace en el final de capítulo penúltimo (“La llamada apostólica”) cuando propone que sería bueno separar la función sacerdotal del carisma apostólico a fin de que hubiese celebración de la Cena en los pueblos. Y también el lector encontrará cómo Légaut propone la práctica del retiro anual, de una semana por lo menos; práctica esencial para todo cristiano adulto y una costumbre suya de joven que retomó a los sesenta años, en cuanto sus hijos, ya mayores, lo liberaron del trabajo agrícola. Sobre el retiro anual, ver el comienzo de «La plegaria», *CdDíaspóra* 7, pp. 71-76 y en francés: IE, 1977, pp. 73-4.

había pasado a otra. El relativo éxito de sus libros lo había llevado a salir de su retiro campesino, de su entierro en aquellas montañas. Lo que le pudo parecer definitivo hacía relativamente poco, había cambiado y él había vuelto a una vida itinerante, de conferencias y de encuentros con grupos de lectores y esto le recordaba su vida de los años 30. ¿Qué hace Légaut entonces? Incorporar esta etapa nueva, añadir unas líneas que hablen de este cambio, pero manteniendo, sin embargo, su valoración de fondo de la vida retirada anterior. Enseguida lo veremos pero antes, para apreciar mejor este añadido, recordemos el largo camino de Légaut hacia la escritura.

2. Aparte de los fragmentos de la carta de 1936 al P. Racine, en los que pudimos ver cómo nacía en él esta actividad tras el aprendizaje junto a J. Perret, hay un fragmento de 1949, en que Légaut cuenta sus dificultades para escribir en Les Granges:

Pero no tengo tiempo de escribir [...]. Cuando termino cada jornada de trabajo, estoy cansado, me caigo de sueño. Cuando, después de pasar todo el día fuera, al aire libre, a la intemperie, con frío, en medio de la bruma o bajo la umbría penetrante de las estrechas cañadas de nuestras montañas, regreso junto al calor del hogar, el cuerpo se distiende y permanece quieto allí donde se ha sentado, y son la vista de la llama o dar calor a mis manos las únicas ocupaciones a las que aún me puedo abandonar. ¿Dónde están los tiempos de mis *ocios* de antaño? ¿Acaso no necesito de ellos, de tiempo libre, de fuerzas intactas, para escribir y pensar? No; para escribir y pensar, para pensar bien y para escribir palabras de vida que se graben en el alma como con un buril ni el tiempo libre ni los ocios son necesarios, y ni tan siquiera son útiles. ¡Cuántas veces, por el contrario, favorecieron el parloteo y la delectación morbosa! Una de las más profundas y pertinaces causas de la degradación humana actual es que los clérigos no son obreros; unos hacen y otros dicen; unos trabajan con sus manos y otros se especializan en la especulación; unos llevan pesadamente el duro fardo de la fatiga humana y otros, sin ignorar las malsanas extenuaciones del espíritu, desconocen que el sudor en el rostro, el sufrimiento en las manos, los riesgos de accidente y las amenazas de la miseria, son las altivas compañeras de un

pensamiento auténtico y de una búsqueda verdadera que no sea el eterno machaqueo y la sempiterna cantinela de las proposiciones de moda, ni que sea en tonos diferentes. <sup>(120)</sup>

Este fragmento es de unos meses antes de comenzar los primeros textos que luego formarían TF. No obstante, pese a estar volviendo a la escritura, cuatro años más tarde, con cincuenta y tres años, Légaut, no tan mayor, se pregunta todavía de forma un tanto a ciegas:

En cuanto a mí, sigo frágil de los nervios y viejo [...] ¿Va a germinar algo de esta soledad en la que estoy hundido, o simplemente es para ejercicio y fecundidad de mi propia fidelidad? Es inmensa la obra religiosa por hacer. Mi destino, ¿es ver de lejos la “tierra prometida” o acaso entrar un poco en ella? Durante las largas horas que paso solo en la montaña, ¿soy un fruto que madura o un hombre que se entierra [...] para una cosecha que harán otros? <sup>(121)</sup>

Contrasta su incertidumbre con el hecho de que justo entonces empezaba Légaut a escribir de nuevo. Porque de los

---

<sup>(120)</sup> Texto de 1949, citado sin referencia en OS 1984, p. 99. Recuérdese la "experiencia" de los sacerdotes-obreros, que Roma prohibió en 1952. — El juicio de Légaut contra al ocio de los liberados («los clérigos no son obreros») refleja un fallo de siempre y recuerda el fragmento de Machado citado antes; y también, en cierta manera, a Plutarco cuando afirma que la condición idónea para la filosofía no es la cátedra sino la vida común:

La mayoría imagina que la filosofía consiste en discutir desde lo alto de una cátedra y profesar cursos sobre textos. Pero lo que no llega a comprender esta gente es la filosofía ininterrumpida que vemos ejercer cada día de manera perfectamente igual a sí misma (...). Sócrates no hacía disponer gradas para los auditores, no se sentaba en una cátedra profesoral; no tenía horario fijo para discutir o pasearse con sus discípulos. Pero, a veces, bromeando con ellos o bebiendo o yendo a la guerra o al Ágora con ellos, y, por último, yendo a la prisión y bebiendo el veneno, filosofó. Fue el primero en mostrar que, en todo tiempo y en todo lugar, en todo lo que nos sucede y en todo lo que hacemos, la vida cotidiana es la que da la posibilidad de filosofar (PLUTARCO: *Si la política es asunto de los ancianos*, 26, 796, d, citado en: Pierre HADOT, *¿Qué es la filosofía clásica?*, Madrid, 1998, p. 51).

<sup>(121)</sup> Texto de 1953, citado sin referencia en OS 1984, p. 100.

primeros años 50 son, en efecto, la «Confesión de un intelectual», el «Testimonio del adulto» y el «Testimonio sobre Portal» y con ellos algo empezaba a tomar cuerpo.

3. No obstante, tal como decíamos, lo interesante es que, treinta años después, con lo fundamental de su obra hecho y con un número suficiente de lectores, Légaut, con ochenta y cinco años, relea el relato del capítulo último, escrito en 1970, y siente que debe añadir unas líneas que den cuenta del cambio que ha sido salir de les Granges por el éxito relativo de sus libros. Para ver cómo lo hace, citaremos tres párrafos previos. Así apreciaremos mejor la inserción, que son unas líneas finales que pondremos en cursiva:

... Sólo de esta manera, al final, después de demoras siempre considerables, uno puede ser adoptado realmente incluso por los más humildes y los más pobres. Entonces, éstos pueden ser ellos mismos ante él con simplicidad suficiente como para poder compartir con él, sin saberlo, su propia riqueza humana –que ni sospechan– y su propia nobleza –que también ignoran. Entonces, sin forzar las maneras de decir y de comportarse, de una forma natural, sin tener siquiera conciencia de ello, también ellos reciben y crecen en su propia humanidad.

¡Qué exigente es la perseverancia en esta vía, sobre todo cuando, por fidelidad a la llamada, se ha tenido que abandonar un tipo de vida para el que se estaba más preparado por los propios atavismos, los estudios y el medio espiritual! Lo que se ha abandonado nutre sin cesar sueños y angustias y pesa en cualquier actividad bajo forma de complejos y de malestares que ningún éxito puede borrar por completo y que, en cambio, los fracasos –que son numerosos–, las fatigas –que con la edad se multiplican–, y a veces las aprensiones ante el futuro y los reproches que suben del pasado, no hacen más que amplificar!

¡Qué difícil es todo esto cuando, por el propio origen familiar y por la propia condición, uno no procede de ambientes en los que se es humilde sin haberlo buscado por virtud, y pobre sin haber hablado nunca de pobreza! Imposible exagerar la importancia de este obstáculo puesto que superarlo es tan difícil –si no imposible– como cambiar de clase social sin convertirse en un desarraigado,

tránsfuga para unos y extranjero para otros. Este obstáculo limitará por largo tiempo la acción espiritual del discípulo más generoso y fiel. A menudo, a la larga, podrá más que él e insensiblemente lo devolverá, si no a los sentimientos y a las actitudes, sí, al menos, a la forma de vivir de su medio de origen. ¿Cómo podría ser de otro modo, sobre todo cuando las fuerzas decaen y no encuentra uno en sí la resistencia orgánica y la resignación propias de quienes se sienten forjados a lo largo de los siglos, gracias a las vidas durísimas de sus antepasados? [Inicio del añadido:] *Pero además, esta vuelta a una forma de vida que recuerda la que se tenía antaño, ¿acaso no viene dictada a veces con objeto de dar un fruto que, de otro modo, sin haber pasado por otros climas y otros lugares, no hubiera podido concluir su maduración, ni tampoco ser cogido porque hubiese quedado demasiado lejos de las manos que podrían y de hecho tenían que cogerlo? ¿Misterio del propio destino que se despliega más allá de las zonas que pueden ser juzgadas y valoradas! Misterio que no impide poder pensar que la vía que lleva a una vida oculta y enterrada, que es y será ignorada de todos, aunque lo sea de un modo definitivo, es, secretamente, la más fecunda para el futuro, el cual, a través de todas las potencialidades escondidas del presente, acaba por desbordarlo...* <sup>(122)</sup>

Légaut ha salido de su granja pero mantiene su afirmación fundamental: «una vida oculta y enterrada [...] es, secretamente, la más fecunda para el futuro». Estamos lejos de sus dificultades y de su confidencia a Martel en 1927. La idea es la misma pero Légaut ha cambiado <sup>(123)</sup>. Pese a su nuevo cambio de vida, él se mantiene de igual a igual ante sus lectores. Habla todavía de enterrado a enterrado. Comparte con ellos el «pequeño y último lugar del laico», la idea de que «son los laicos los que harán vivir a la Iglesia» <sup>(123bis)</sup> así como la fraternidad que la Introducción de *El hombre en busca de su humanidad* afirmaba y que *Llegar a ser uno mismo* vuelve a afirmar: no hay rangos en la sociedad de los espirituales, cada uno es único, nadie es comparable con nadie y las relaciones de paternidad

---

<sup>(122)</sup> CIF 213, pp. 240-41; CEA, pp. 173-4 (no existe en IIPAC). Ver lo que indicamos en la nota 5.

<sup>(123)</sup> Ver, más arriba, nota 46.

<sup>(123bis)</sup> Ver la frase en el texto de la nota 104.

y filiación espirituales no se fundan en una jerarquía sino en la comunión que él descubrió junto a M. Portal <sup>(124)</sup>.

Tal es, pues, la tesis de este ensayo: Légaut escribió este capítulo penúltimo desde una percepción, una experiencia y una perspectiva laica, en el sentido de libre y personal, que descubrió por el camino de llegar a concretar el seguimiento de forma no convencional sino común, de pueblo, de gente que procura «ser ella misma, modesta y valientemente, tal como exige el cristianismo de llamada» <sup>(125)</sup>.

\* \* \*

### *Anexo sobre las secularizaciones*

1. Légaut habló de la crisis y de la falta de vocaciones en este capítulo penúltimo pero, como ya dijimos, sólo mencionó el fenómeno de las secularizaciones al final de la sección IV<sup>a</sup>, cuando alude a «la quiebra de muchas vocaciones» <sup>(126)</sup>. No obstante, en otros textos suyos posteriores que luego indicaremos, Légaut trató por extenso de las «reducciones al estado laical», de las «deserciones» o «dimisiones» cuyo número llevó a hablar, por entonces, de una «hemorragia clerical», metáfora que implicaba, casi automáticamente, un juicio negativo de un fenómeno que, sin

---

<sup>(124)</sup> Ver, en la nota 95, la cita de DS (2013), p. 86; DS fr., p. 88. La fraternidad no es una utopía sino una percepción, conforme a su vida, de la “escatología ya realizada” (por emplear términos de los teólogos). El P. de Lubac juzgo que la obra de Légaut era, en parte, una utopía; ver una carta de 1972 citada en: *CdDiaspora* 30, 2018, p. 69-74; *Quelques Nouvelles* (QN) n° 319 (2018).

<sup>(125)</sup> Ver el texto de la nota 42.

<sup>(126)</sup> Ver lo que dijimos en la nota 7.

embargo, por aquellos años, unos pocos consideraron que podía ser un hecho positivo: un signo de los tiempos cuyos vientos soplaban a favor de un cristianismo menos institucional y jerárquico, y más laico.

2. Mencionemos dos de las pocas personas que juzgaron positivo este fenómeno. Unos años después de que Légaut escribiera ECH, el historiador Jean Delumeau comenzaba su libro *Le christianisme, va-t-il mourir?* (1977) con unas estadísticas «desalentadoras» acerca de la decreciente vigencia del cristianismo (y del catolicismo) en Occidente. La primera estadística era acerca de la menor práctica dominical, parecida a la menor adhesión a las creencias. La segunda estadística era sobre la crisis de vocaciones y la “hemorragia clerical”:

La crisis de vocaciones es parcialmente alarmante. Según los censos de Francia, en 1901, 49 varones de más de 25 años sobre 10.000 eran sacerdotes, pastores o rabinos, y sólo 34 en 1968, siendo el descenso de un 57 % en la franja de edad de 25 a 34 años. También en Francia, en 1965, hubo 646 ordenaciones y sólo 170 en 1974. Durante los veinte años próximos se prevé que la cifra se estabilizará en unos 100 cuando, en 1955, era de 850. Francia contaba, en 1967, con 40.994 sacerdotes y con menos de 31.000 en 1975. Evolución acorde con la de Italia [...] y Estados Unidos [...]. A lo que se añade la hemorragia clerical.

Sólo durante 1973 la Iglesia perdió 3.000 sacerdotes por fallecimiento o por salidas. Pablo VI, en enero de 1973, en una audiencia semanal, deploró la "infidelidad" de los que hubieran tenido que estar "más comprometidos en una vida cristiana... ejemplar". El Vaticano precisó en esta ocasión que, entre 1964 y 1970, 13.440 sacerdotes habían dejado el ministerio, es decir, a razón de 2.000 por año. Otra estadística del mismo signo: la Compañía de Jesús tenía 2.004 novicios en 1960 y 672 en 1972. Además, durante los años 1967-1972, perdió 5.000 miembros [...]. Se dirá: ¿qué valor conceder a estas contabilidades?

Mgr. Riobé no está lejos de pensar que el descalabro en el número de ordenaciones es un bien: "Me pregunto –escribe en 1974– si la

disminución del número de sacerdotes no es un camino por el que el Espíritu nos lleva a fin de que reencontremos el sentido de la Iglesia-comunión [...]" . Yo también hago la apuesta, acerca del porvenir, en el mismo sentido que el obispo de Orléans [...].<sup>(127)</sup>

Delumeau, como Mgr. Riobé, reconoce en su libro una vigencia decreciente del cristianismo pero precisa: no del cristianismo en sí sino de un determinado cristianismo, que podríamos calificar de tridentino por el lado católico<sup>(128)</sup>. Como contraste, el juicio de las secularizaciones por parte de Pablo VI, ¿no fue excesivamente negativo al declarar públicamente que los sacerdotes que se secularizaban eran “desgraciados”<sup>(129)</sup>? Mal pastor es el que juzga así a tantas personas pues, entre sacerdotes y religiosos de ambos sexos, se calculan unos cien mil casos entre los años 70 y los 90, que, no hay que olvidarlo, antes había sido examinados y juzgados aptos por sus superiores y por los obispos.

Pablo VI emitió este juicio recién terminado el Concilio, en una Encíclica pocos años anterior a la *Humanae vitae*, ante la cual también se pudo constatar una especie de desobediencia moral numerosa por parte de muchos matrimonios que discreparon de la disciplina católica anticonceptiva. Era también el

---

<sup>(127)</sup> Jean DELUMEAU, *Le Christianisme va-t-il mourir?*, Hachette, 1977, p. 14-16. Para centrar la discusión sobre la “descristianización”, ver: *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, Labor, 1973, pp. 251-81.

<sup>(128)</sup> Para más información sobre estos años, sus estadísticas y sus debates, así como sobre el "aislamiento" paulatino de Mgr. Riobé y de su actitud abierta (él que era resistente a las innovaciones pero que no tuvo miedo de escuchar y de modificar sus posiciones), ver: Denis PELLETIER, *La crise catholique (1965-1978)*, París, 2002, pp. 49-59 y 219-229.

<sup>(129)</sup> En el n° 83 de la Encíclica "*Sacerdotalis caelibatus*" (1967), podemos leer, por ejemplo : «En este punto, nuestro corazón se vuelve con paterno amor, con gran estremecimiento y dolor hacia aquellos *desgraciados*, mas siempre amadísimos y queridísimos hermanos nuestros en el sacerdocio, que manteniendo impreso en su alma el sagrado carácter conferido en la ordenación sacerdotal, *fuieron o son desgraciadamente infieles* a las obligaciones contraídas al tiempo de su consagración. Su *lamentable estado* y las consecuencias privadas y públicas que de él se derivan...”.

tiempo anterior al freno impuesto a la iglesia de Holanda y su *Catecismo*, y era el tiempo también del Sínodo de 1971 en que, según algunos, volvió a dominar otra vez el miedo <sup>(130)</sup>.

Frente a esta reacción nacida ya en tiempos de Pablo VI, cabía, como hemos visto, una interpretación de la “hemorragia” que fuera abierta e incluso positiva: podía ser la reacción sana del cuerpo que busca descongestionarse y bajar la tensión excesiva, igual que las sangrías que se practicaban antaño. De hecho, el exceso religioso y clerical, al absorber a tanta gente, ¿no había provocado una anemia de siglos en la parte laica del cuerpo católico? ¿No podría interpretarse incluso que el énfasis en lo sacerdotal y célibe, que había podido ser bueno en el tiempo de Trento y durante el siglo XVII, había supuesto, en los siglos posteriores, una hipertrofia que había llevado a una anemia grave del conjunto, puestos a emplear comparaciones médicas?

3. Légaut, como fruto de su itinerario y pese a ser discípulo de un discípulo de san Vicente de Paul, gran renovador de

---

<sup>(130)</sup> Desde entonces, han trascurrido cincuenta años y, por tanto, es tiempo de preguntar si, junto al “*desgraciados*” del fragmento citado en la nota anterior, ha habido alguna palabra o gesto de reencuentro, por parte de Roma, acorde con la expresión siguiente “*siempre amadísimos y queridísimos hermanos nuestros*” porque, si no, nos sonaría un tanto falsa no sólo por su estilo sino porque “hechos son amores...”. En este sentido, podemos recordar lamentablemente dos cosas. En primer lugar, tal como Légaut comentaba, que Roma, en los años 80, seguía sin abordar el tema del celibato opcional mientras aceptaba, dentro de la institución y desde hacía tiempo, el hecho de que hubiera sacerdotes casados pertenecientes a otros ritos que no fueran el latino, así como admitir sacerdotes anglicanos casados que “regresaban” a la Iglesia de Roma a título individual, descontentos de la suya. Y en segundo lugar, podemos recordar que, pese a haber habido escritos de acercamiento por parte de las asociaciones de sacerdotes secularizados, nunca Roma parece haber tenido un gesto de reconciliación con dicho colectivo, ni tampoco ha intentado reincorporar a quienes quisieran volver a ejercer el ministerio de entre ellos, siendo así que la falta de sacerdotes es un problema grave ante el que sólo se plantean “parches”, es decir, medidas que no comportan modificar el régimen sacramental actual de la Iglesia.

los seminarios y de la formación del clero en el siglo XVII, creyó, ya bien mediado el siglo XX, que debía salir al paso de esta interpretación negativa de las defecciones sacerdotales. El grupo de los secularizados era una minoría importante, reducida al silencio, anatematizada moralmente, que no podía defenderse y que había que defender. Las secularizaciones, en lugar de llevar a un examen colectivo, llevaban, más bien, a un juicio condenatorio que zanjaba todo auto-examen por parte de la Institución. Légaut, más que interpretar las secularizaciones como un efecto más del espíritu materialista, recordó lo precario y discutible que había sido tanto el reclutamiento como la formación y la vida concreta de aquellos cristianos entre los mejores y los más generosos, tal como también los calificaba el obispo de Orléans, Mgr. Riobé.

Légaut habló extensamente de las secularizaciones en dos ocasiones <sup>(131)</sup>. Pero además, en ambos textos, habló también de los católicos divorciados. Si la Institución, a los sacerdotes que se secularizaban y que ella reducía al estado laical, les retiraba la licencia (que no el don, pues éste es imborrable) de administrar los sacramentos, a los casados que se divorciaban por lo civil, sobre todo si constituían una nueva familia, la Institución los apartaba de la Iglesia pues les negaba el acceso a los sacramentos (por ejemplo, comulgar, ya que estaban en pecado) o los conminaba a pasar por un tribunal eclesiástico para que éste examinase si el matrimonio había sido nulo, es decir, si no había sido aunque hubiera habido descendencia. Con todo, lo notable era que, al lado de estas medidas disciplinarias, la Institución, incluso en el caso de conceder la nulidad matrimonial (ya no digamos en el caso de conceder las secularizaciones), no abría ninguna investigación para examinar si había habido o no negligencia por parte de los eclesiásticos que habían dado

---

<sup>(131)</sup> Ver «Perseverancia en el compromiso y fidelidad fundamental» en el *CdDiáspora* 3, pp. 32-45; MECP, 1975, pp. 285-306; y ver: «La espiritualidad», segunda parte de *Paciencia y pasión de un creyente* en el *CdDiáspora* 12, p. 25-32; PPC, 1990, pp. 126-145.

por buenas aquellas uniones y también aquellas ordenaciones y profesiones religiosas. El problema estaba siempre en los sujetos que tomaban un camino de excepción fuera de la regla, no en la misma regla ni en los que gobernaban según ésta.

Ya simplemente por este añadido de los divorciados, Légaut debió de pensar, en 1985, a la hora de decidir reeditar o no este capítulo sobre «la llamada apostólica» en su nuevo libro (*Creer en la iglesia del futuro*), que incluir, en dicho capítulo, lo que decía en los dos artículos antes mencionados hubiera requerido hacer una revisión del mismo para la que no disponía de tiempo aparte de que quizá, en aquella fecha, el fenómeno de las secularizaciones le debía de parecer que no hacía más que confirmar que el futuro del cristianismo no debía seguir por donde había ido durante siglos, excepción hecha del «reclutamiento» por parte de los grupos de tendencia restauradora, aún considerable por aquellos años, y a excepción siempre –claro está– de los raros y felices casos de aquellos para quienes su vía es el compromiso de los votos o del sacerdocio célibe porque lo han visto claro siendo ya adultos y porque lo viven con tanta normalidad y naturalidad como si no hubieran formalizado nada, tal como comenta Légaut, en alguna ocasión, que debería ser.

4. Ahora bien, estos dos textos posteriores de Légaut, ¿en qué complementan al capítulo penúltimo de IIPAC? En primer lugar, en estos textos, Légaut desarrolla algo más la breve defensa pública que, ya en este capítulo de 1970, había hecho de aquellos que «se ven así vencidos» y en «quiebra». En segundo lugar, en estos dos textos, igual que en el capítulo que presentamos, Légaut relaciona la mayor parte de las defecciones sacerdotales y religiosas con tres causas: el celibato prematuramente escogido; la ausencia de una espiritualidad auténtica; el desencanto efecto de una actividad de tipo ideológico y colectivo. Pero en tercer lugar y por último, estos textos posteriores complementan a este capítulo porque Légaut, en ellos, critica la falta de una verdadera actitud evangélica en la jerar-

quía ante tres grupos de personas: quienes dejan el sacerdocio o la vida religiosa; quienes sucumben ante el fracaso en el amor humano y la paternidad, y, por último, quienes dejan el catolicismo de puntillas y silenciosamente. Y es importante que Légaut mencione aquí este tercer grupo de personas.

En efecto, Légaut asocia las defecciones sacerdotales y religiosas con la defección de mucha gente que deja la Iglesia por dos razones: o bien por no poder obedecer sin dañar su humanidad, las normas morales que aún se mantienen vigentes como la interpretación indiscutida de algunos de los mandamientos; o bien por no poder asentir sin dañar su inteligencia, a la doctrina habitual acerca de Dios, del hombre y del mundo, tal como ésta todavía se suele exponer oficialmente.

Según Légaut, no está clara la interpretación que dicen los eclesiásticos, de que el abandono de puntillas de mucha gente sea efecto, sobre todo, del "espíritu del mundo" y no efecto, en cambio —al menos en gran parte—, del daño a la libertad y a la inteligencia hecho por el "espíritu del mundo" que reina en una institución como la eclesiástica que entonces es tan mundana que escandaliza. En este sentido, ¿quién sería capaz de probar que los "siglos medios" estaban menos imbuidos del "espíritu del mundo" que los nuestros por ser aquellos —según el tópico— los siglos llamados "cristianos" o de "cristiandad"?

Por otra parte, Légaut añade en sus artículos (y esto sería un cuarto complemento al capítulo de 1970) que muchas de las personas secularizadas así como muchos de los divorciados alejados de la iglesia viven «la guarda de un retiro silencioso» semejante al de la minoría intelectual que o fue reducida a un silencio parecido durante la represión de la llamada crisis modernista de comienzos del siglo XX, o abandonó la Iglesia al ver la virulencia de semejante represión <sup>(132)</sup>.

---

<sup>(132)</sup> En la sección IIIª de "La llamada apostólica", Légaut se refiere a «la guarda de un retiro silencioso» y piensa en M. Portal, el P. Laberthonnière,

Légaut relacionó, en efecto, «la guarda de un retiro silencioso» por parte de unos pocos antaño, con la vida de fidelidad en el plano personal; algo que también se da, incluso bajo capa de distancia y de indiferencia, en muchas salidas de la Iglesia, silenciosas y de puntillas, de quienes, pese a todo, en estos tiempos revueltos, no dejan de interrogarse acerca de su vida y su sentido, y acerca de en qué va a quedar el asunto de Jesús y la tradición que éste inició. Este exilio laico es también semejante para él, al exilio interior de los eclesiásticos como M. Portal que siguieron, al final del siglo XIX y comienzos del XX, la máxima de san Juan de la Cruz para tiempos confusos, como cuando éste fue objeto de sospecha: «obrar y callar»; pero callar ante quienes no quieren escuchar, se entiende; tal como también enseñó Jesús al fin pues también calló; pero no sin antes haber salido en defensa de quienes estaban fuera de la Ley según las leyes y costumbres de aquellos tiempos.

5. En este sentido, Légaut, al comienzo de IIPAC, asocia la situación de los discípulos ante Israel hace veinte siglos cuando ya éstos habían conocido a Jesús y sentido que él “era de Dios”, con la situación de los laicos y de los sacerdotes que, en nuestro tiempo, se alejan de la Iglesia o abandonan el ministerio por desacuerdos con las creencias, con la disciplina o con las costumbres establecidas, entre las que destacan las que atañen a la vida afectiva y a la sexualidad. Pese a indicar diferencias y grados, veamos lo que dice Légaut:

El drama interior que estos hombres [los discípulos] vivieron puede tener alguna semejanza, aunque sin duda es de una dimensión muy superior, con las vicisitudes, sentimentales u otras, de un cristiano del siglo XX cuando éste, ante unas dificultades y objeciones que le son más intrínsecas que las razones para

---

los abates Henri Bremond y Alfred Loisy, el P. Teilhard y tantos otros cristianos del tiempo de la crisis modernista y de después, que fueron sancionados por la jerarquía local o romana (ver, en este *Cuaderno*, p. 48; CIF 2013, 200; IIPAC, pp. 353-4).

creer que le han enseñado, poco seguro de su fe, abandona furtivamente, sin tampoco mayores procesos, la religión de su infancia, y deja, por ejemplo, una parroquia que, por otra parte, apenas si se da cuenta de su partida. Sin embargo, el drama interior de los primeros discípulos se aproxima mucho más a la intensidad del conflicto que vive un cristiano (por ejemplo, un sacerdote) cuando, por el vigor limitado de una vida espiritual que aún no ha penetrado con suficiente realismo en la comprensión interior del drama vivido por Jesús en Israel, se ve llevado a desesperar de la Iglesia de su tiempo. Para responder a lo mejor de sí mismo, la abandona, sin comprender que un adulto, cuanto más religioso y discípulo de Jesús es, tanto más se ve empujado a soportar el trágico destino, oculto para muchos, de una sociedad religiosa siempre inferior a lo que debería ser e infiel (...). Este sacerdote abandona el fervor de su infancia, si no toda fe, y el medio cerrado pero tan fraterno que conoció en la juventud, de donde siguen procediendo sus mejores recuerdos... <sup>(133)</sup>

6. ¿A partir de qué experiencia personal Légaut llegó a esta forma de ver la cosas, es decir, a pensar y expresarse de esta manera? Sin duda fue gracias la actitud abierta y en busca de unidad que vio en M. Portal en todo momento y ante todo tipo de interlocutores. Pero también fue a partir de lo que él fue descubriendo por sí mismo, tal como se ha intentado mostrar en este trabajo. Una vez alcanzada la firmeza y solidez que le faltaba en la década de los 30, es decir, una vez que fue capaz de ser jefe o roca en el plano humano y espiritual a través de los años de Les Granges, Légaut, en los escritos que comenzó a gestar en los años 50, supo abrir un espacio donde se encontrasen a gusto, entre otros, quienes, aunque se hubiesen distanciados de la Institución, habían seguido caminando, tenaz y fielmente (que no dócilmente), por una senda útil no sólo para ellos sino potencialmente para otros. Légaut llegó así, a través del camino que hemos visto que tuvo que recorrer hasta poder llegar a escribir «La llamada apostólica» y «La obra espiritual», a ser

---

<sup>(133)</sup> RPPC, pp. 57-8; IIPAC, pp. 40-1.

capaz de comprender, es decir, de ponerse en el lugar del otro. Ponerse en el lugar de sí mismo y comprenderse es el camino de acercarse, a partir de la propia singularidad, a ser universal de suerte que llega a ser verdad, para uno, el adagio clásico de que «el alma es en cierto modo todas las cosas»<sup>(134)</sup>. A partir de esta perspectiva pudo Légaut escribir lo que escribió y del modo como lo hizo, en sus libros de 1970-71, de los que el capítulo penúltimo es un buen ejemplo.

---

<sup>(134)</sup> Ver el uso de este aserto de santo Tomás (y de Aristóteles), *Anima est quodammodo omnia*, en: Jaume BOFILL, *Obra filosòfica*, Barcelona, Ariel, 1967, pp. 215, 232 y 226.

